

UNIVERSIDAD DE SONORA
DIVISIÓN DE HUMANIDADES Y BELLAS ARTES
DEPARTAMENTO DE LETRAS Y LINGÜÍSTICA

LA INOCENCIA Y LA ROMANTIZACIÓN DEL INSTINTO DE LAURA EN
“SOMBRA ENTRE SOMBRAS” DE INÉS ARREDONDO

TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIATURA EN LITERATURAS HISPÁNICAS
PRESENTA

NATALIE NAVALLEZ YANEZ

DIRECTOR: DR. GABRIEL OSUNA OSUNA

HERMOSILLO, SONORA

OCTUBRE 2019

Universidad de Sonora

Repositorio Institucional UNISON



**"El saber de mis hijos
hará mi grandeza"**



Excepto si se señala otra cosa, la licencia del ítem se describe como openAccess

AGRADECIMIENTOS

Al Gran Padre

A la Gran Madre

A mi Padre, el literato, José Luis Navallez Trujillo

A mi Madre, la nutricia, Beatriz Yanez Molina

A todos mis familiares y amigos que de alguna manera han estado conmigo y me han traído o acompañado hasta aquí. Gracias

PARTICULARMENTE

A Miguel Ángel Aispuro, queridísimo amigo, fuente inagotable de libros y un gran apoyo en la realización de este proyecto.

A Priscila Valenzuela, mi Befá, solo por existir. Mi bello ángel de luz, de fe inquebrantable, cándida y ciega.

A Carlos Iván Córdova, la copa prístina y prismática en la que me vierto líquida. La voz de Dios en mi cabeza. Padre. Hermano. Amigo.

A Roberto Algarra Agraz, mi fuerza vital, espíritu inmanente, mi vínculo sagrado con lo mundano y lo divino. Para ti todo, siempre.

Les pido perdón a todos ustedes por no dedicar a ninguno esta tesis. Pero, como Antoine de Saint-Exupéry, yo también tengo una excusa: Uno escribe cuando tiene algo que decir, pero te conviertes en escritor cuando alguien disfruta leerte. Es por eso que, junto a mi más profundo agradecimiento, dedico la presente tesis...

A mi primer lector y queridísimo maestro:
mi Director de tesis, Gabriel Osuna.

ÍNDICE

Palabras preliminares.....	6
----------------------------	---

INTRODUCCIÓN

Sobre Inés Arredondo y la crítica literaria feminista.....	18
Dos perspectivas de lectura, un solo cuento.....	21
Objetivos.....	26

PRIMERA PARTE:

De la Naturaleza a la Cultura y de lo Individual a lo Social.

MARCO TEÓRICO I

La Naturaleza y la Cultura ¿Somos deconstruibles hasta los cimientos?.....	29
El Patriarcado.....	34
La supuesta alianza entre el Patriarcado y la Heterosexualidad.....	37
Corrección política: La más pura forma de puritanismo.....	38
Crítica a la crítica literaria que nace del feminismo cultural.....	40

ANÁLISIS – La Inocencia

El semáforo moral del contexto cultural y el primer desengaño de Laura.....	48
Laura y su Madre.....	54
Laura y Ermilo.....	61
El castigo social por la transgresión de la norma.....	73
El conflicto ontológico de ser mujer.....	78

SEGUNDA PARTE:

De la elaboración de sentido a lo trascendental.

MARCO TEÓRICO II

El dominio de la forma: El Rito como agente significador..... 82
El dominio del fondo: Orden y Caos..... 87

ANÁLISIS – La Romantización del Instinto

El Rito en el presente histórico..... 89
La Fiesta liminal de Laura, Ermilo y Samuel..... 91
Laura y Samuel..... 100
La Inocencia, la Pureza, el Instinto, la Culpa, el Pecado, la Maldad y la Divinidad..... 104

TERCERA PARTE: CONCLUSIONES

La Literatura como herramienta hermenéutica para el estudio de la sexualidad desde
la óptica del feminismo disidente..... 114
El misterio no es Dios. El misterio es la Naturaleza..... 116
Mientras tanto en el equipo de Rousseau..... 124
Bueno y, ¿qué tiene que ver todo esto con el feminismo?..... 130

Bibliografía..... 141

“The right to identify with certain ideas had to be earned”

-J.B. Peterson

Asistimos a una época de extremas polarizaciones. Aunque agruparnos es una condición que nos es inevitable, dado el carácter gregario de nuestra naturaleza; la globalización y la inmediatez de la información están favoreciendo campos de batalla que hasta hace unas décadas no existían: Las redes sociales.

Hoy es posible formarte una opinión, elegir un bando y defender una posición desde tu computador o tu *smartphone*, sin salir de tu casa u oficina. Tener y defender una postura ideológica se ha convertido en parte cotidiana de la vida, se hace por *hobby* y produce *lobbys*. Ganar el argumento es más importante a veces –las más- que entender la idea misma que se defiende. No sé qué tanto de esto es nuevo a nivel individual o social, pero sí sé que hoy corre como pólvora y que hoy la maquinaria crece a una velocidad exponencial.

No hay tiempo ni cabida para el silencio o la reflexión, para dejar caer y reposar un pensamiento antes de convertirlo en idea. Hoy, las ideas se producen en serie y se compran en masa. “Hoy, el opio del pueblo, son el opio y el pueblo”, dice el *rockstar* de la filosofía contemporánea, Slavoj Žižek.

Estamos en presencia de una batalla cultural. En muchos sentidos pareciera que vivimos al centro de un diagrama de Venn, conformado por las grandes distopías de la literatura: La dictadura totalitaria ejercida sobre el pensamiento –y sobre el lenguaje- de

1984 a veces se siente a la vuelta de la esquina. La tecnología desplazando al conocimiento como en *Fahrenheit 451*, o deshumanizando al ser humano como en *Brave New World*.

“La vida no es lo que ocurre en redes sociales”, escuché de alguna feminista en algún panel de discusión (“Jordan Peterson Destroys Q&a” 2019). Difiero. La vida es lo que ocurre en el lugar donde más te guste estar. Sí existe un peligro latente en que las ideologías de justicia reivindicativa lleguen a las masas y las movilicen. Eso lo sabemos de cierto. Con una herramienta tan poderosa como el internet en nuestras manos, deberíamos estar cultivando espacios de reflexión y no de batalla. Como dato curioso, esa misma feminista se declara también cristiana-marxista. Se adscribe a tres ideologías de un plumazo. Dos de ellas, más que contradictorias, son mutuamente excluyentes. ¿Qué nos dice eso sobre cómo se movilizan las ideas hoy en día? A mí me dice que no existe ni siquiera el interés por entender las ideas que se compran y se predicán. Todo lo que importa es alimentar los sesgos de confirmación. Como en el caso de Agustín Laje también, que sostiene que es conservador en lo social y liberal en lo económico (DEBATE: Laje + Brandolino 2019). Pues bueno, es cuestión de asegurarse de que no sepa tu ideología izquierda lo que hace la derecha.

En fin, no tengo espíritu alarmista, más bien, pretendo posicionarme y contribuir a llamar la atención sobre este fenómeno antes de que el hecho mismo de pronunciarse sobre una idea se convierta en motivo de linchamiento y persecución real y no virtual. Ya vemos esas manifestaciones.

El profesor de Toronto University, Jordan B. Peterson, es un ejemplo vivo e icónico de ello. Haberse pronunciado en contra de la corrección política y de la coacción ejercida

por el Estado canadiense sobre la facultad individual de -y el derecho colectivo a- la Libertad de Expresión (la cual debe ser entendida tanto en acto como en omisión), se convirtió en el motivo de una crucifixión mediática que amenazó incluso su carrera. Hubiera perdido su trabajo de no ser porque, a pesar de sus detractores, la audiencia en general ha recibido con gran aceptación todo lo que ha tenido que decir, y ha convertido su último libro, *12 Rules for Life*, en un *Best Seller*, además de abarrotar los espacios donde ofrece conferencias. Es, sencillamente absurdo, que sea un personaje tan polémico cuando ni siquiera es político. Media una enorme distancia entre ser tradicional o conservador, y ser un transfóbico, misógino, machonazi, privilegiado opresor blanco, gurú del Patriarcado.

Un *tuitazo* pidiendo la cabeza, por el crimen de transfobia, de la profesora de Philadelphia's University of the Arts, Camille Paglia; ganó relevancia y generó movilización. Lo irónico de esto es que Paglia ha declarado que ella misma -a su poco convencional y más flexible manera- se considera transgénero. Es, efectivamente, una mujer muy masculina, además de ser lesbiana, atea y liberal. Polémicas declaraciones como que no existe tal cosa como un discurso de odio o un actual patriarcado occidental, la mantienen constantemente en el ojo del huracán. Se asume también como feminista liberal y ha estado luchando en contra de la corrección política desde la publicación de su polémico primer libro *Sexual Personae*. Es la feminista incómoda, por crítica y subversiva, con fuertes opiniones y posicionamientos políticos. Ha estado presente en la historia actual del feminismo, observando activamente la formación y desenvolvimiento del post-estructuralista y posmoderno (sus palabras) feminismo de cuarta generación, del cual es crítica asertiva y acérrima detractora.

Otros han corrido con menos suerte.

Mientras tanto, se le llama *neurosexismo* al solo estudio las diferencias biológicas entre los sexos, a pesar de que es más útil para determinar los espectros de enfermedades mentales, que para descartar selectivamente a las mujeres de campos laborales. Como contrapeso al argumento del sexismo, el psicólogo experimental, científico cognitivo y profesor de Harvard College, Steven Pinker, recorre en su libro *The Blank Slate*, una larga lista de mujeres científicas en los campos de la neurociencia, la sociobiología, la psicología evolucionista; así como en el campo del feminismo teórico, que refutan la idea del sexismo en la ciencia. La refutan con su trabajo y con su ejemplo.

Neurosexismo, sexismo, transfobia, homofobia, misoginia, discurso de odio, patriarcado opresor, abuso verbal, fascismo, racismo, *mansplaining*, *manspreading*, *gaslighting*, masculinidad tóxica, masculinidad frágil, privilegio blanco, inconciencia del privilegio... Son algunos de los acuses y los moteles que pululan sin distinción como armas arrojadas contra aquel que demuestre el más mínimo sentido de juicio crítico, de divergencia o de disidencia.

La contraparte, ni tarda ni perezosa, aprovecha sin remilgos y no se queda atrás. Policía de lo correcto, *mangina*, *femiloca*, *feminazi*, *femichaira*, *feminhistérica*, *lesboterrorista*... Los clásicos: *puto*, *marica*, *travestido*... Se clama desde el conservadurismo más rancio: “con mis hijos no te metas”, “cierra las patas, asesina”.

Aunque es innegable que desde ambos polos del espectro se ejerce violencia en el discurso, lo cierto es que sí existe alto grado de disonancia entre adscribirse a “la izquierda” o a los “liberales” (feminismo, teoría Queer, multiculturalismo) y ser los principales agentes hoy en día de la corrección política. Eso era de conservadores y al parecer ha

cambiado de bando. No sobra hacer la acotación, porque impacta directamente con censura en el arte.

Pero el campo de batalla más peligroso en el terreno ideológico, es la política. Se crea descomposición donde no la había. Se crean leyes discriminatorias. Se crean más problemas de los que se resuelven y colateralmente, la intransigencia irreflexiva de parte de la izquierda, empuja a votar a los Trump y a los Bolsonaro, en el más puro espíritu reaccionario. En el quehacer colectivo del ser humano hoy en día, se atiende menos al juicio crítico y más a estos discursos polarizados, algunos de ellos anticientíficos y contrarios a toda evidencia, y algunos otros recalcitrantemente conservadores. Nadie parece notar que hacer política –y hacer cultura- de esta manera es a corto, mediano o largo plazo, un balazo en el propio pie.

Si sostienes que lo personal es político, ¿Qué va a evitar que tus detractores te tomen la palabra y empujen su propia agenda de valores personales por el camino de la imposición? Toda política promovida debe entenderse como un camino de dos direcciones antes de intentar su implementación.

Por ejemplo, en México aún existen las terapias de conversión en el erróneo entendido de que la homosexualidad es una enfermedad. En Canadá, la recientemente aprobada Bill C-16, sostiene que la preferencia sexual y el género -tanto en expresión como en identidad- son constructos socioculturales que no mantienen relación alguna con el sexo biológico. Tanto la idea de que la homosexualidad se puede “curar”, como la idea de que el entero espectro de la sexualidad humana se puede “construir”; están basadas en la misma premisa falsa negacionista de una verdad científica. El presumiblemente sexista y

transhomofóbico, Jordan Peterson, se apersonó en el Senado canadiense durante la discusión de la ley para decirles, ya pasamos por aquí. Ya se tuvo esta discusión en el pasado y llegamos a la conclusión de que la homosexualidad no es una conducta aprendida y que por lo tanto no se puede desaprender (por ende, tampoco modelar). El Senado hizo caso omiso y oídos sordos, y la ley que tiene potencial de sustentar acciones tales como las terapias de conversión, bajo un posible régimen conservador en el futuro canadiense, fue aprobada. (“JP ante la comisión de DDHH” 2018)

En otro lugar del mundo, la polémica desatada por el movimiento #MeToo, destapó la cloaca de una problemática, en un medio laboral específico, que requería de atención urgente y que permanecía invisibilizada. Sin embargo, se diseminó como pólvora a todas las áreas de la vida pública y privada, y dio luz y plataforma al puritanismo más recalcitrante reproducido por mujeres desde tiempos inmemoriales. Y ambas cosas son igualmente ciertas. En un escenario como el movimiento #MeToo, donde predomina la escala de grises, es donde no puedes permitirte el lujo de las polarizaciones y es precisamente ahí donde más se hace.

En respuesta a ello, cien intelectuales francesas, encabezadas por la actriz Catherine Deneuve, firmaron un manifiesto a favor de la expresión libre de la sexualidad tanto de hombres como de mujeres. A favor de la necesidad de separar el grano de la paja, y no confundir el acoso y la violencia sexual (que sí son una amenaza), con la torpeza, la falta de habilidad seductora, incluso el coqueteo insistente, de algunos hombres. “La libertad de decir no a una propuesta sexual no existe sin la libertad de importunar”, reza la premisa del manifiesto. (“El manifiesto completo de las intelectuales francesas contra el #MeToo” 2018)

Mientras tanto en México, la joven columnista y feminista Catalina Ruiz-Navarro, y la antropóloga, profesora investigadora de la UNAM, Dra. Marta Lamas; fueron invitadas por Carlos Loret de Mola, a sostener un debate televisado por Noticieros Televisa, sobre el tema en boga. Del lado del manifiesto de las francesas, Marta Lamas; del lado del movimiento #MeToo, Catalina Ruiz-Navarro. Para mí, fue particularmente impactante ver en Catalina, a una mujer joven llamarse feminista y reproducir nítidamente un discurso conservador sobre las dinámicas sexuales entabladas entre hombres y mujeres. Tan conservador que yo solo lo había escuchado de mi madre, cuando me advertía en mis años mozos, sobre la -presumiblemente intrínseca- perversidad de los hombres. Todo parece indicar que este conservadurismo no es generacional, como yo creía, sino cíclico como me demuestra Catalina Ruiz-Navarro. (“ML y CR-N discuten sobre feminismo” 2018)

Aparentemente, fue impactante también para Lamas, puesto que ese debate fue el detonante que la hizo iniciar una investigación sobre la historia del acoso -en diversas dimensiones- que culminó en 2018 con la publicación del libro *ACOSO: ¿Denuncia legítima o victimización?*. Es increíble la cantidad de ronchas que levantó ese libro. Sin embargo, no es algo que a Lamas le extrañara o que la tomara desprevenida. En los agradecimientos que extiende a quienes le colaboraron, hace la firme aclaración de que es ella y solo ella, la única responsable por sus palabras. Dicho de otra manera, el recibimiento que iba a tener por parte de ciertos sectores, es algo que veía venir.

En relación a una entrada que escribió Lamas para la revista *Nexos* sobre el poder político de la cúpula eclesiástica en México (Lamas “Masoquista y sin jardín”), la Licenciada en Ciencias Cinematográficas y Audiovisuales, Pilar Aguilar, publicó desde España en el espacio *Tribuna Feminista*, una réplica a aquellas a las que asignó el mote de

“Aliadas del Patriarcado” (2018), y donde recoge como ejemplo a la mexicana Marta Lamas. Extrayendo fragmentos quirúrgicamente seleccionados para favorecer la descontextualización, tergiversando y caricaturizando tanto el argumento como el sentido del texto en su unidad, y utilizando las cifras de violencia de género extraídas (obviamente por internet) del INEGI; la señora Aguilar toma una postura bélica y contestataria que es, en primer lugar, innecesaria (porque el *Quid* de su crítica se lo inventó ella misma) y en segundo lugar, enormemente grosera e irrespetuosa con una mujer a la que debería entender como su colega y no como su enemiga. Su llamado al orden a Marta Lamas y a las “mujeres como ella”, no es más que una retahíla ampulosa y reaccionaria, que lo único que evidencia es que la reflexión y el dialogo no aparecen en el espectro de sus prioridades ni de sus intenciones.

Hablemos de inconsciencia del privilegio. España es uno de los países más seguros del mundo. Sin embargo, en el año 2004 se promulgó una ley en contra de la violencia de género (LIVG) que actualmente es sexista y discriminatoria en perjuicio de los hombres. Tratándose de este tema, el gobierno español ha elevado a estado de ley el “Yo te creo, hermana” y ha suspendido -a causa de género- una de las garantías más fundamentales de la justicia y la democracia: La presunción de inocencia. El hecho de que una feminista española, le arroje con cifras de violencia a una feminista de la envergadura de Marta Lamas, quien tiene una amplia trayectoria en el activismo de este país y que convive cotidianamente con la realidad de las mujeres de México; pues... me paraliza hasta la indignación. Usar la realidad dolorosa de las mujeres mexicanas para atacar a Lamas y promover y empujar una agenda victimista disfrazada de justicia social, es mi idea de

inconsciencia. No solo de su privilegio, también de la causa que dice defender. Con feministas así ¿para qué queremos misoginia?

Eso desde Europa, pero acá en el rancho no hacemos malos los quesos. Cuando el movimiento #MeToo llega a México en 2019, es arropado y validado por la periodista y conductora de televisión, Paty Chapoy, quien solo representa lo más rancio del conservadurismo mexicano, y que vive y se alimenta –en más de un sentido- de la crítica misógina, incisiva y mordaz; así como de la tiranía que ejerce en lo privado sobre la vida de sus colaboradores -sobre todo mujeres-, cosa que es un asunto de dominio público y que no es ajeno a nadie. Lo que sí es para irse de bruces, y que pone la cereza sobre este pastel, es que la comunidad *tuitera* del feminismo mexicano (no olvidemos que esta batalla se libra en Twitter), extendiera su absoluta aprobación a la señora Chapoy. Y ojalá hubiera quedado ahí, pero no. Rayando en el colmo del absurdo y evidenciando que la congruencia no es una prioridad, la validaron comparándola con –precisamente- Marta Lamas, en el más puro espíritu de “tú muy bien”, “tú muy mal”. Lo irónico –y lo bonito-, es que involuntariamente evidenciaron con el ejemplo la postura de Lamas, que defiende que los mexicanos compramos ideológicamente lo que nos viene del norte. Por mi parte, no me cabe duda que Dios las cría y el puritanismo las junta.

El constante martilleo de que la sociedad está dividida estructuralmente en dos grupos, donde uno de ellos es exclusivamente opresor y el otro exclusivamente oprimido, donde toda dinámica entre grupos o individuos es una relación de poder, y donde la ciencia es solo una mentira diseñada por el hombre para oprimir minorías; francamente no convence a nadie. Amén de que toda acción ejercida desde ese discurso pareciera indicar que no pretenden -como afirman- derribar eso que ellas llaman *estructura patriarcal*, sino

más bien ocuparla. Este feminismo beligerante es la causa de la paradoja en la que muchas mujeres no se consideran feministas, pero están de acuerdo con todas las premisas fundamentales del feminismo.

No representan ni a todo el feminismo, ni a todas las mujeres, sencillamente porque basta tener contacto con la realidad y un par de dedos de frente para saber que eso no es así. También es absurdo para quien entienda que en una estructura, la opresión ocurre en virtud de las coordenadas que se ocupan dentro del plano social, y no en virtud de categorías tan superficiales y arbitrarias como el sexo, el género, la raza, etc. Para quien entienda que el poder es consustancial al ser humano y que hoy en día la única agenda de la ciencia es el progreso, que dicho sea de paso, ha favorecido enormemente a la mujer.

Sin embargo, este feminismo de cuarta generación es en la actualidad el feminismo militante, el de la agenda política y mediática, y el que sí impacta negativamente –dada la polarización- en su militancia, la cual crece exponencialmente a fuerza medios de comunicación, de redes sociales, de sesgos de confirmación y de políticas públicas e identitarias que, como siempre, favorecen a un sector determinado que no es necesariamente aquel que dicen defender.

Tanto Camille Paglia, como -desde España- la también académica María del Prado Esteban (“La destrucción de la feminidad”), coinciden en que este feminismo de cuarta generación, lejos de ofrecer soluciones, solo contribuye a generar un ambiente hostil entre los sexos y pretende orillar a las mujeres a la soledad, a la insatisfacción crónica, y a la infelicidad. ¿Conviene realmente decirles a las mujeres que no son responsables de sus propias decisiones ni agentes activos de su propio destino? ¿Decirles que la mejor manera

de vivir la vida es autoperibirse como víctimas, presentes e históricas, de los hombres y demandar el proteccionismo del Estado, que dicho sea de paso, es la más pura forma de Patriarcado? ¿Puede alguien ser feliz cuando ama, desea o duerme con el enemigo?

Para Prado Esteban, este feminismo no es más que el activismo de un selecto grupo de mujeres cada vez más poderosas que capitalizan y monetizan la causa cabalgando a lomo de la mujer *de a pie*. Un brazo del hipercapitalismo que insiste en que no exista actividad humana que no esté regida por las leyes del capital y que hace de la mujer un ser arrancado, convertida solo en cuerpo. Para Paglia, el proteccionismo junto a la infantilización de la mujer representan una traición a los principios del feminismo. No puedo más que estar de acuerdo con ellas. (“Tiempos Modernos: Camille Paglia & Jordan B Peterson” 2017)

Este discurso y estas ideas tan destructivas han permeado en todos los ámbitos. Dolorosamente para mí, su gestación misma ocurrió en mi propio campo de formación profesional: El Arte (que en mi caso específico es la Literatura). Con la inyección que recibió de posmodernismo –uno de los padres del feminismo de cuarta generación-, la única interpretación posible de un texto literario es la identificación de los órdenes de poder que median, tanto entre los personajes de un texto, como en los respectivos contextos de autor y lector. El arte está sufriendo censura desde posiciones políticas, so pretexto de reconstruir la cultura y erradicar la violencia, en el más puro espíritu de la ingeniería social. Eso no se debe permitir en ningún sentido. Lo peligroso de ello, además de confundir causas con efectos, es lo aparentemente noble de esas intenciones. Pero la cultura no es la principal generadora de violencia, la naturaleza humana tiene mucho que decir al respecto.

Dice la sexóloga y feminista disidente Leyre Khyal: “Feminismo es todo aquel acto y discurso que construye marcos perceptivos que permiten a las mujeres tomar decisiones propias. Por eso las mujeres que se enfrentan a los imperativos colectivos desenmascarando las falsedades desde su propia experiencia . . . hicieron feminismo de la misma manera que las académicas al incidir directamente sobre los discursos. (192)”

Le tomo la palabra en ambas direcciones. Debido a que, para mí, el discurso es mi mejor talento y mi propia experiencia se constituye tanto de la vida como de las letras, me surge la necesidad de llevar mi posicionamiento al espacio académico, que es donde puedo sumar mis esfuerzos para exorcizar al fantasma de un tipo de feminismo –reaccionario, hegemónico y misándrico- al que rechazo en principio, y de la crítica literaria a la que da origen. En mi caso, incidir sobre el discurso desde mis coordenadas, es también un acto que tiene la intención de enfrentar a los imperativos colectivos y desenmascarar las falsedades que predominan en aquel discurso, más dominante que el mío, sin embargo, más beligerante y polarizado también. Me adscribo para ello, al feminismo de la disidencia.

“Sex cannot be understood because nature cannot be understood”

-Camille Paglia

INTRODUCCIÓN

Sobre Inés y la crítica literaria feminista

Inés Arredondo fue una escritora mexicana de exquisita pluma y de voz inconfundiblemente femenina. Con femenina, no me refiero al género de sus personajes, ni a la cosmovisión de los mismos. Me refiero, de hecho, a la voz narrativa que subyace en sus cuentos y que emerge de ellos. Inés narra con voz de mujer y hace de ello un arte. Es – porque vive en sus letras- una maestra de la reticencia, del misterio de decir callando, de ser ambigua de palabra pero precisa en la intención. Supo dejar testimonio, como la gran artista que fue, de los demonios que atormentan al alma humana, de la necesidad de verdad y de la búsqueda de sentido en la existencia, dominando el arte de ocultar en lo cotidiano todo cuanto la vida tiene de trascendental. Desde la crítica literaria feminista se dice de Arredondo:

Aclamada por la crítica, la obra de Inés Arredondo está marcada profundamente . . . por la preponderancia de una visión femenina. Sin embargo, pocos estudios literarios han abordado específicamente los temas de la violencia y la dominación masculina que sufren los personajes femeninos en los textos de esta autora. No obstante . . . la violencia contra las mujeres, real o simbólica, ejercida por los hombres o incluso, a mayor escala, por una cultura falocéntrica, es un tema recurrente en los relatos de Arredondo, en los que es posible constatar, de manera lúcida y pesimista, las realidades de la condición femenina y, en mayor medida, de

nuestra relación con el Otro, al mismo tiempo que ponen de manifiesto el “orden” falocéntrico que estructura y regula los universos en los que evolucionan los personajes de esta autora. Esperamos, pues, que identificar dicho ‘orden’ de forma crítica nos ayude a ofrecer nuevos elementos para poder analizar más detalladamente los relatos de Arredondo en investigaciones futuras. (Machillot 234)

Menos mal que han sido pocos. Dichos elementos de análisis son, sencillamente, una lectura corta. Es así para la vida y es así para las letras. Es una lectura que no observa ni lo femenino, ni lo masculino; ni la otredad, ni la identidad; ni la maldad, ni el poder; como fuerzas que interactúan en sus diversas dimensiones, donde el ser humano (hombre o mujer) es el epicentro. Sostener que las realidades de la (entera) condición femenina, operan solo bajo un orden falocéntrico que estructura y regula los universos en los que evolucionan los personajes (femeninos) de esta autora; es anularlas como individuos, como mujeres y como personajes.

La mismísima Inés Arredondo estaría en desacuerdo con la aproximación maniquea hacia su obra. Habiendo logrado su propio objetivo, comparte –con reconocimiento o sin él- un lugar entre los grandes narradores mexicanos. Así lo dijo ella, en una entrevista con Miguel Ángel Quemain, hablando de sí misma en masculino gramatical, ante la pregunta:

Inés ¿hay escritoras y escritores?:

Hay escritores, las mujeres estamos haciendo muy mal en decir: “la mejor escritora”, “es de las mejores escritoras”. Yo no soy escritora, yo no quiero ser una de las mejores escritoras. Quiero ser uno de los mejores narradores de México junto con los hombres, yo creo que las mujeres nos estamos discriminando solas. A mí me

interesa mucho saber qué piensa un hombre y si les suceden las mismas cosas que les suceden a las mujeres, pero esto a las mujeres parece interesarles poco o no lo dan a conocer. A mí las escritoras que me importan no me importan porque laven platos, lo que me interesa saber es qué les sucede cuando los lavan.

En mi análisis pretendo, en la medida de mis posibilidades, reivindicar la literatura de Arredondo ante la crítica literaria que pretende encasillarla en -y reducirla a- “una voz femenina que da testimonio de la opresión patriarcal sufrida por la mujer”. Sí, tiene una voz femenina, pero no en esos términos. Si sus personajes son víctimas, lo son también de sus propios demonios. Como ella misma afirma: “No creo en determinismos” (Quemain), y no cabe duda de que el “orden falocéntrico” (Machillot 234) lo sea en tanto que, desde su conceptualización misma, es imposible escapar de él.

Efectivamente, la cultura y el entorno como contexto de sus personajes, son importantes en la obra de Arredondo, fundamentales diría; pero lejos del determinismo, son el caldo de cultivo y el muro de contención en donde los instintos convergen y colapsan a un mismo tiempo. El “orden falocéntrico”—si tal cosa existiese- sería meramente incidental. “Sexuality and eroticism are the intricate intersection of nature and culture”, dice Camille Paglia, y continúa: “Feminism grossly oversimplifies the problem of sex when they reduce it to a matter of social convention” (4).

Así pues, el principal error de la lectura feminista es adjudicar a la cultura la causa y el efecto de todo fenómeno, olvidando que los seres humanos somos, primariamente, animales. Es decir, también somos regulados por la dimensión biólogo-evolutiva de nuestra naturaleza. Camille Paglia le llama feminismo *a secas* a este movimiento político-militante

por ser hoy en día el que domina el discurso –y el arte-, pero tiene nítidamente identificados sus orígenes, los cuales ubica en el posmodernismo y el post-estructuralismo (Foucault, Derrida, Lacan), que recibieron anuencia de la academia estadounidense en los años 60, a pesar de adolecer seriamente la ausencia de bases fácticas.

Por su lado, Leyre Khyal, clasifica a este mismo movimiento como heredero del feminismo de la pureza social y que hoy lleva por nombre feminismo cultural, que es la nomenclatura que recojo en esta investigación para darle especificidad, pero hago la acotación de que ambas autoras críticas –entre otras- se refieren al mismo movimiento. Es también Khyal de quien recojo el término de feminismo de la disidencia o disidente, que es la postura feminista crítica que surge ante la necesidad de alzar la voz en contra de las arbitrariedades cometidas por el feminismo cultural en nombre de todas las mujeres.

Dos perspectivas de lectura, un solo cuento.

Una grave consecuencia del posmodernismo, en su rechazo a las estructuras, es que los conceptos no permanezcan dentro del dominio de su significado sino en el dominio de la experiencia individual, aun cuando ello no exija o implique un consenso colectivo. Eso genera una disrupción en la comunicación, así como la severa malformación de conceptos claves tales como el de Patriarcado. La idea misma del presumible orden falocéntrico da cuenta de ello, puesto que el Patriarcado es eminentemente ginocéntrico, como explicaré más adelante. El feminismo cultural conceptualiza al Patriarcado como una suerte de entidad omnipresente y omnipotente, conceptualmente inaprensible, pero útil como arma arrojadiza.

Pues bien, partiendo de los malentendidos del feminismo cultural y con la intención de llegar a mi propia propuesta, la presente tesis se divide en tres partes: La primera y la segunda se constituyen formalmente -cada una y por igual-, de un marco teórico y la aplicación del mismo a un respectivo análisis del cuento “Sombra entre sombras”. La tercera parte son las conclusiones. La utilidad de esta estructura es facilitar al lector el seguimiento y la progresión de ideas aquí vertidas. La información expuesta en cada marco teórico es de muy distinta naturaleza temática, pero es el segundo de ellos el que tiende el puente que llevará mi análisis de la crítica a la propuesta.

En la primera parte, voy de lo individual a lo social y viceversa, intentando poner orden en dos grandes yerros del feminismo cultural (ignorar la naturaleza humana y la importancia de las estructuras normativas y lingüísticas). También pretendo explicar qué es, cómo surge y en qué consiste el Patriarcado; su impacto normativo producto de la restricción a la sexualidad tanto del hombre como de la mujer; y de cómo el feminismo cultural es en realidad tan reaccionario que reproduce fielmente los valores patriarcales. Para ello me voy a servir de la explicación de Leyre Khyal, que extrae el concepto del padre del estructuralismo Claude Lévi-Strauss.

Asimismo, elegí desarrollar dos temas afines a la crítica del feminismo cultural, tales como el puritanismo y el heteropatriarcado, que afectan directamente en relación al arte (con la censura) y a la sexualidad tanto femenina como masculina (con sus marcos conceptuales).

Por último, en el marco teórico de la primera parte, voy a dirigir una crítica a la crítica literaria que se hace desde el –posmoderno- feminismo cultural, tomando el artículo

de Didier Machillot –ya referenciado arriba- que lleva por título: “Dominación y violencia masculina en la obra cuentística de Inés Arredondo: un acercamiento”. Esta crítica me sirve para establecer la serie de presuposiciones falsas a partir de las cuales el feminismo cultural enarbola sus análisis literarios. Así mismo, empieza a prepararme el terreno para ofrecer mi propia lectura literaria desde la perspectiva del feminismo disidente.

Mi análisis y propuesta de lectura que parte de dicho marco teórico, pretende dimensionar las fuerzas que pugnan en Laura, la protagonista de “Sombra entre sombras”, que van desde el instinto hasta el contexto sociocultural. Cómo se fusionan en la construcción de la identidad, así como en las relaciones e interacciones con los otros. La función y utilidad de las normativas socioculturales que dan estructura a la sociedad. El concepto de moral y su función como vigía de la sexualidad humana que es, como dice Paglia, la intersección con la naturaleza. Todo ello explicado, por una parte, desde la individualidad de Laura, y su interacción con los otros personajes; y por otra, desde las consecuencias sociales de su trasgresión a las normativas.

Todo esto constituye un nivel de análisis que hasta aquí se puede considerar completo. Sin embargo, es el análisis que le sigue donde centro mi mayor interés. En la segunda parte, después de haber abordado el tema de la sexualidad desde diversas manifestaciones del contexto socio-cultural (mayormente), voy a adentrarme en el terreno simbólico de la existencia. Lo cual es, por cierto, el gran vacío del feminismo cultural. La naturaleza humana también se manifiesta en un sentido existencial y no solo material. Pretendo abordar esas dimensiones que van desde el instinto hasta la libertad. La lucha contra la naturaleza es también una lucha interior. Esta es la temática que abarca el segundo marco teórico y por lo tanto el análisis literario que le corresponde.

Los seres humanos somos, a saber, los únicos animales con capacidad para la representación simbólica. La mala noticia para Jaques Lacan, pero buena noticia para la humanidad, es que el lenguaje no es el único elaborador y organizador de significados. Los ritos, por ejemplo, cumplen también una función similar. Somos seres rituales y esto se debe a la necesidad humana de sentido. Retomando el valor de las estructuras descartado por el posmodernismo, en el segundo marco teórico voy a explicar cómo una estructura formal puede dotar al ser humano de significado.

Paralelamente, en el análisis, voy a tomar un aspecto formal del texto para explicar cómo la forma, al igual que las estructuras, también impacta en los significados. El aspecto formal que voy a desarrollar, es el uso del presente histórico como esqueleto de una unidad de significación, que en el caso de Laura es también un rito, con lo cual pretendo reivindicar el tipo de análisis literario que considera la forma igualmente importante que el contenido.

El análisis del texto incluye el significado de la existencia, y por lo tanto parte de categorías más abstractas y simbólicas, por lo mismo, más existenciales. El orden y el caos, la feminidad y la maternidad, el amor y el deseo, la romantización del instinto y Dios.

En ambos análisis voy a entablar un diálogo con la crítica. Particularmente, la que Angélica Tornero presenta en su libro: “El mal en la narrativa de Inés Arredondo”. Tornero y yo partimos de la misma premisa, entendemos el Mal como algo consustancial al Ser. Sin embargo, daré a su análisis puntos de inflexión que van a derivar en conclusiones completamente opuestas, sobre todo en el tema de la sexualidad y de lo que se considera o

no perverso en función de los interdictos morales operantes, así como en función del deseo sexual y del instinto que emerge desde la naturaleza.

Tornero, a pesar de que no parte del marco conceptual del feminismo cultural, encuentra el Mal en la sexualidad masculina que percibe como monstruosa; y considera que la sexualidad femenina se circunscribe solo al amor. Es en esta dimensión –de la sexualidad- donde Tornero y Machillot, el feminismo cultural y el conservadurismo, se tocan. Es por eso que me es útil la lectura conservadora de Tornero. Por mi parte, pretendo demostrar que el conflicto de Laura se gesta de adentro hacia afuera y que va mucho más allá de estas percepciones morales sobre la sexualidad. Mi punto de partida, además del Mal consustancial al Ser, es la inocencia -entendida como ingenuidad-, que lleva a Laura a interpretar la pasión insensata como amor -lo cual es la romantización del instinto-, y las consecuencias que se derivan de su ceguera.

La literatura de Arredondo, que es un excelente ejemplo de narrativa erótica, ha sido ampliamente abordada desde categorías tales como la maldad, la pureza, la perversidad, el deseo pulsional y hasta la dominación masculina. Pero algunos análisis de esas categorías parten de presuposiciones morales que asumimos como ciertas y que podrían no serlo enteramente observadas desde otras perspectivas. Al suspender o subvertir dichas categorías, podríamos obtener lecturas completamente distintas de la misma obra y, sin embargo, igualmente sustentables.

Así, pretendo abordar a Laura con una sola presuposición por delante: que la sexualidad humana, en general, es ampliamente diversa en sus manifestaciones; y la femenina, en particular, no está confinada exclusivamente al amor. Mi objetivo consiste en

que al final, mi lectura –sin importar cuan divergente-, pueda ser igualmente sostenida por el texto que tengo en mis manos, y que ello contribuya a un entendimiento más integral y completo de la sexualidad humana.

Objetivos

El hilo conductor y la amalgama de toda esta investigación es la sexualidad femenina en todas las dimensiones que me sea posible abarcar: políticas, sociales, culturales, morales; pero sobre todo, trascendentales, lo cual es la gran deuda del feminismo cultural. La inocencia y la romantización del instinto están estrechamente ligadas a la percepción actual del ejercicio de la sexualidad para la mujer. Hay que ampliar ese panorama.

El profesor universitario Jesús G. Maestro, hace una crítica en su canal de YouTube al libro *Prohibir la manzana y encontrar la serpiente*, de los autores Leyre Khyal y UTBH, en la que dice algo que llamó poderosamente mi atención y que avalo como cierto dada mi propia experiencia personal: ningún sistema filosófico ha construido una teoría sobre la sexualidad (él distingue y separa entre el filósofo y el hermeneuta de la filosofía), mientras que la Literatura lo ha hecho de forma más frecuente e inteligente que muchas otras de las disciplinas humanas. Dice Maestro: “La Literatura está saturada de sexualidad. El arsenal sexual que ofrece la Literatura es incluso mayor al que ofrece la vida, y el déficit sexual de la filosofía es inconmensurable”.

Mi interés, literario y feminista, se dirige en esa dirección. Percibo que existe un vacío conceptual sobre la percepción de la sexualidad humana, un vacío que –me parece, propongo- es más semántico y cultural, que natural: la mística de la sexualidad masculina

está confinada a lo pulsional, a lo brutal; mientras que la femenina lo está al amor. Así pues, siendo la Literatura fuente de teorización sobre la sexualidad, es una excelente herramienta para la formación y el análisis de nuevas formas de percepción.

De lograrse el objetivo, me parece que puede contribuir a la formación de marcos conceptuales propios de los estudios de género sobre el tema, utilizando la Literatura como ejemplo y como herramienta hermenéutica para identificar algunos de los intrincados e inexplorados caminos de la sexualidad humana.

La estructura y el significado en el arte. La estructura y el significado en la vida. Demostrar que la dimensión material y la dimensión simbólica del arte, son una unidad. Esta unidad a su vez, es un fractal de una unidad mayor que es el ser humano, y mayor que eso, la sociedad y la cultura. Si esto es cierto, hace del arte un umbral al significado de la existencia. Lo que encuentras en un cuento, tiene su representación en la cultura y en la naturaleza. Lo que encuentras en la cultura y en la naturaleza, tiene su representación en un cuento.

Así pues, este trabajo de investigación –poco ortodoxo, reconozco, pero muy comprometido-, no es enteramente un análisis literario y tampoco un estudio de género. Es las dos cosas y es ninguna. Es como comida fusión. *Enjoy.*

PRIMERA PARTE:

De la Naturaleza a la Cultura y de lo Individual a lo Social

“En lo que concierne a las cosas humanas, ni reír, ni llorar, ni indignarse, solo comprender”

-Spinoza

I

MARCO TEÓRICO

La naturaleza y la cultura. ¿Somos deconstruibles hasta los cimientos?

In the beginning was nature. The background from which and against which our ideas of God were formed; **nature remains the supreme moral problem** [este énfasis en negritas y los consecuentes son míos]. We cannot hope to understand sex and gender until we clarify our attitude toward nature. Sex is a subset to nature. Sex is the natural in man.

Society is an artificial construction, a defense against nature’s power. Without society, we would be storm-tossed on the barbarous sea that is nature. Society is a system of inherited forms reducing our humiliating passivity to nature. We may alter these forms, slowly or suddenly, but no change in society will change nature. (Paglia 1)

Los temas más espinosos a la hora de abordar la dimensión de la naturaleza humana, son el sexo y la violencia, y lo son con harta razón. Son el nexos más próximo a los instintos más primigenios encontrados en toda especie existente sobre la tierra, sobre todo en una especie tan exitosa –en términos de evolución– como la humana: El instinto de supervivencia y el instinto de reproducción. Lo que plantea Paglia en la cita que abre este

apartado, es que la violencia y la lujuria son precondiciones del ser y no construcciones exclusivamente socio-culturales, como se plantea desde el constructivismo social. Mientras que en la naturaleza impera la ley del más fuerte, los seres humanos hemos construido sociedades paliativas que nos permitan sortear nuestras debilidades. En la era de la modernidad, la teoría de la evolución de las especies se enfrentó al paradigma dogmático del diseño inteligente (el hombre creado por Dios); en la posmodernidad, se enfrenta al dogma del constructivismo cultural.

La obra obligada para introducirse en el tema es *The Blank Slate* (La Tabla Rasa) del psicólogo experimental y profesor de Harvard College Steven Pinker, una obra ensayística de divulgación científica que dedica a explicar detalladamente para el lector común las dimensiones biológicas, genéticas y evolutivas del ser humano; así como a despejar los temores más recurrentes que oscilan sobre la concepción de predisposiciones genético-evolutivas, tales como la noción de un determinismo biológico, la desigualdad, la imperfectibilidad y el nihilismo.

La hipótesis posmoderna del constructivismo social está basada en el mito de la tabla rasa. Sostiene que todos los seres humanos nacen cual hojas en blanco, sin ninguna característica previa que les determine y que, por lo tanto, es la cultura la que modela y condiciona todas las dimensiones de su vida, incluyendo –pero no limitado a- las categorías de sexo y género (que son las que nos ocupan en esta investigación). Pinker explica a través del estudio de la psicología evolucionista, la biología, la neurociencia, la genética, entre otras, cuan errónea es dicha concepción. Existen, en los seres humanos, categorías preexistentes derivadas de millones de años de evolución que se traducen en instintos y

emociones universales y transversales en la especie, que también influyen y condicionan nuestro comportamiento.

Sobre la fenomenología de la sexualidad humana, la sexóloga y feminista disidente Leyre Khyal, explica en el recién publicado libro del que es coautora *Prohibir la manzana y encontrar la serpiente*, que mientras que el concepto de “género” aún se encuentra en plena revisión teórica, el concepto de “sexo” sí cuenta con una razonable definición estandarizada. Sexo es el concepto que refiere a la dimensión biológica de la sexualidad. Como tal, no es un constructo socio-cultural y, por lo tanto, no se puede deconstruir. En su más minimalista definición, género es el concepto que refiere a las manifestaciones culturales de la identidad sexual humana. Lo importante a rescatar de estos dos conceptos, es que la afirmación constructivista de que el sexo y el género no están íntimamente ligados entre sí; así como la creencia en una aséptica utopía cultural basada en el derrocamiento de la estructura de género, son sencillamente falsas.

Sobre la selectividad sexual en la especie humana, el texto obligado es “Parental investment and sexual selection” de Robert Trivers. Rescatado y traducido al español por la feminista divulgadora de material científico, la argentina Roxana Kreimer. Según sus propias palabras:

Se trata de un texto crucial para comprender las diferencias sexuales en todas las especies en las que la hembra invierte más que el macho en la reproducción. El texto de Trivers es un clásico, el estudio más relevante sobre la sexualidad luego de la teoría de la selección de Darwin, básicamente porque permitió predecir una mayor selectividad de la hembra allí donde, como ocurre en la mayoría de las

especies, es la que más invierte en la reproducción. Esto implica altos niveles de competencia en los machos por acceder a las hembras, y la imposibilidad de gran cantidad de machos para aparearse, puesto que los dominantes monopolizan el acceso a las hembras. Si bien entre humanos hay una selección mutua, en estrategias sexuales de corto plazo hay una mayor selectividad femenina. (www.feminismocientific)

El otro mito del que se sirve el constructivismo social es el mito de “El Buen Salvaje”, el cual echa sus raíces en las cavilaciones filosóficas de Jean Jacques Rousseau. En esta afirmación coinciden tanto Steven Pinker, como los también profesores universitarios Jordan B. Peterson y Camille Paglia. Este mito plantea que el hombre es “bueno” en la naturaleza y que la cultura es su agente corruptor. Esto es lo mismo -o muy parecido- a lo que se conoce como falacia naturalista, que igualmente consiste en sostener que todo aquello que nos es natural es también moralmente correcto. A decir verdad la naturaleza no entiende de categorías morales. La moral es una forma de normatividad cultural, precisamente es una reguladora de la conducta del hombre en sociedad que le es exclusiva al hombre como especie. En otras palabras, la moral es parte del ordenamiento cultural que mantiene al animal a raya.

En este sentido, Camille Paglia hace un planteamiento muy interesante relacionado con la violencia. Sostiene que el Marqués de Sade dirige una acertada crítica satírica hacia Rousseau, “una década después del primer experimento fallido de este: La Revolución Francesa, que no terminó en un paraíso político, sino en el reinado del terror” (5). Para Paglia, Sade es el intelectual menos leído y más desestimado de la literatura occidental. En el conflicto del Hombre vs Naturaleza, Rousseau consideraba que debíamos volver a ella

porque en ella el hombre nace libre; Sade puso una fuerte advertencia sobre los riesgos de hacerlo: El hombre no nace libre, nace atado a su instinto. En su instinto yacen la lujuria y la violencia. La ciencia –y el empirismo- ha demostrado que es Sade quien tenía razón, la lujuria y la violencia atienden a las pulsiones más primigenias de la especie. La cultura y la moral son las que ponen orden.

En cuanto a la cultura, La UNESCO propone la siguiente definición comunalmente construida:

La cultura puede considerarse actualmente como el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o un grupo social. Ella engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias y que la cultura da al hombre la capacidad de reflexionar sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. A través de ella discernimos los valores y efectuamos opciones. A través de ella el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevas significaciones, y crea obras que lo trascienden. (unesco.org)

La identidad del individuo se constituye de la pugna entre todas estas fuerzas, tanto de su naturaleza como de su cultura. La invitación a la deconstrucción es un *sueño guajiro*. Nadie estará dispuesto a deconstruir su identidad en favor de ninguna ideología que no sea propia. La identidad es lo que nos da gravedad, sentido y pertenencia. No es posible

deconstruirse “a petición”, sobre todo cuando solo existe una propuesta válida de reconstrucción.

El Patriarcado

Patriarcado (o su primo interseccional, el heteropatriarcado) es un concepto que el feminismo cultural define –palabras más, palabras menos- como una tiránica y sistemática estructura social, política y económica; basada eminentemente en dinámicas de poder y diseñada por los hombres blancos heterosexuales para someter y oprimir a las mujeres y todas las minorías a razón de sexo, género, raza, orientación y una gran lista de etcéteras.

Eso es en teoría. Pero cabe señalar una contradicción insalvable en esta conceptualización: no es posible ser al mismo tiempo estructural y “opresor” a razón de género (etc). Las relaciones de poder en un sistema estructural se establecen con base en las coordenadas que se ocupan dentro de la estructura, no con base en categorías arbitrarias ni identitarias como las mencionadas antes.

Pues bien, en la práctica lo que se hace es utilizar el concepto de patriarcado a gusto y a modo –junto a toda una jerga misándrica- contra cada manifestación de la cultura (o de la naturaleza misma) que produzca descontento personal o supuesta descomposición social. Ante este escenario, la feminista disidente Leyre Khyal, señala: “Contra las tentaciones, defiende que conviene no entregar tan pronto la bandera del feminismo ni desechar la palabra ‘patriarcado’. Así que en el convencimiento voy a intentar recuperar su significado original” (48).

El creador del concepto “patriarcado”, Claude Lévi-Strauss, conocido como el padre del estructuralismo, señala: “El terreno de la vida sexual, con preferencia a ningún otro, es donde puede y debe operarse, forzosamente, el tránsito entre el orden de la naturaleza y el orden de la cultura” (Citado en Khyal, 49). A partir de esto, Khyal desarrolla la siguiente explicación:

En su búsqueda de los indicios de la cultura universales, Lévi-Strauss encontró que la restricción sexual constituye el principio cultural de toda sociedad. Esto quiere decir, por un lado, que hablar de cultura es hablar de orden, y por otro, que el orden de la cultura se levanta sobre una normativa, una restricción sexual. **Y este hecho es compartido por todas las culturas de todos los tiempos, es decir, es una regla universal.** (50)

Así pues, de acuerdo con la explicación enarbolada por Khyal sobre Lévi-Strauss, el Patriarcado surge ante la necesidad de la justa competencia entre hombres por el acceso a mujeres, y se instituye con la ley de exogamia y la prohibición del incesto como esa normativa cultural de orden universal, que restringe el orden sexual o natural. La entrega en matrimonio que hace el padre de su hija –la novia virgen-, al miembro de otra tribu o clan, es una legitimación de su honor patriarcal y de su solidaridad masculina. Eso es el Patriarcado en su verdadera acepción: El entendimiento de la mujer como una niña sin autonomía sobre su propia sexualidad, así como la restricción sexual masculina en favor de la solidaridad y el honor. La virginidad de la hija se constituye como un valor cultural que otorga honor al padre. Así pues, el Patriarcado es en realidad ginocéntrico.

Khyal no lo menciona, pero me parece una consecuencia solo lógica, que el honor patriarcal corra en ambas direcciones. Tanto brinda honor al padre, como se espera honor del hombre que recibe la mano en matrimonio de la hija y con ella el privilegio de tomar su virginidad. El honor del novio debe ser directamente proporcional al “tesoro” que recibe. Así, el ritual del matrimonio también se consolida como el pacto cultural que permite el ejercicio de la sexualidad con buenos ojos y con aceptación social.

Sin embargo, con o sin feminismo, la mujer ha sido poderosa desde siempre. Lo sostiene Khyal y no puedo más que estar de acuerdo con ella. Gran parte de ese poder radica –o se explica- específicamente desde la sexualidad. A causa de la restricción cultural impuesta sobre el Padre, la sexualidad de la mujer sufrió un proceso colateral de erotización. Khyal retoma al antropólogo Marcel Mauss y su obra *Ensayo sobre el don*, para explicar el mecanismo que opera en dicho proceso:

[Mauss] descubre una regla mediante la cual la restricción a un bien hace que dicho bien quede valorizado. Un claro ejemplo de la regla que explica Mauss son los artículos de lujo, cuyo valor nunca corresponde a su valor material, y que se ve incrementado debido a su escasez, y esta, precisamente, es la clave de este particular valor. Este valor adquirido a partir de la censura es erótico . . . [Mediante] La restricción en el acceso por parte del padre a las mujeres de su propio clan . . . La hija queda erotizada por el cumplimiento de la ley patriarcal, la restricción de su padre a ella. (55)

Así pues, este extraordinario potencial del capital erótico femenino solo es posible gracias a la restricción misma que le dio origen, pero el costo es alto: una mujer

sexualmente empoderada enfrenta el escarnio y el rechazo social, incluyendo –y yo diría que con mucha más contundencia- el que ejercen sobre ella otras mujeres. De esta manera se explica que el feminismo cultural reproduzca valores patriarcales, en un intento – consciente o no- de perpetuar la infantilización de la mujer, al solicitar del Estado el proteccionismo que anteriormente correspondía al Padre.

La supuesta alianza entre el Patriarcado y la Heterosexualidad.

Para entender el conflicto social de la mujer en general es fundamental dimensionar que, si bien es cierto que el Patriarcado es la norma general y universal de orden cultural, también es cierto que no existe sociedad sin normatividad. Algunas reglas (normas) están hechas para romperse, pero no debe hacerse sin antes haber evaluado su función y su utilidad, puesto que la intención debe ser mejorar la convivencia social, no eliminarla. Lo que caracteriza la regla es precisamente su dificultad para romperla. La misma sociedad –y eso incluye a hombres y mujeres- la protege a través de paradigmas. Sin el entendimiento de estos principios fundamentales, es imposible encontrar los mecanismos para romper paradigmas y mejorar normatividades, lo cual se supone que es –o debería ser-, la intención del feminismo. “Para poder transformar la norma, lograrla mejor, se necesita tratar la norma como norma y no como verdad” (Khyal 218).

Los paradigmas asociados a todo el espectro de la sexualidad humana son de los más difíciles de romper porque están regulados por la moral, y la moral define la identidad del grupo. Por ejemplo, nos explica Khyal, que el concepto de heterosexualidad surge ante la necesidad de definir lo que constituye o no, una sexualidad sana. La heterosexualidad era

entendida como una patología que indica deseo sexual –de hombre a mujer y de mujer a hombre- sin fines reproductivos. Luego entonces, se concibe por primera vez –aunque de forma represiva- la idea de que la mujer siente deseo, algo que se consideraba –normativa y paradigmáticamente- privativo de la masculinidad.

El surgimiento de la mujer heterosexual es fundamental para la lucha feminista, según nos explica Khyal. No existirían ni la liberación sexual ni su movimiento, sin la previa conceptualización y asimilación de la existencia del deseo sexual femenino. Más aún, la alianza con el Patriarcado es inexistente, porque el deseo sexual es –precisamente- el agente disruptor de los modelos patriarcales de decencia o dignidad femenina. De hija a esposa, de esposa a madre; son las únicas concepciones de mujer socialmente decente entendida desde el Patriarcado.

Corrección política: La más pura forma de puritanismo

Otro de los conceptos mal entendidos hoy en día es el de puritanismo. Se confunde con recato y eso no es necesariamente así. Parafraseando al artista y crítico cultural Jorge de los Santos, el fenómeno social del puritanismo se enmarca en un primer momento como una corriente de pensamiento concreta insertada dentro del protestantismo. Esto genera un rigor moral excesivo con relación a la exaltación de ciertas virtudes. La moral y la virtud son las ideas subyacentes hoy en día en las manifestaciones culturales neopuritanas. No se presenta tanto como un retorno de orden religioso, sino más bien enmascarado, trayendo lo mismo con un nuevo aspecto. Hoy se presenta como progresismo, cuando en realidad hay una

involución. El tabú se reintroduce como garante del orden social. Lo vemos en el humor, por ejemplo, o en el arte; cuando se producen procesos claros de censura.

En otras palabras, todo es cuestión de re-barajear los valores sociales y darles un nuevo orden, para preservar los mecanismos del orden anterior. El neopuritanismo no es la moral victoriana de la que habla Natalie Portman en cierto *speech* (); es lo que una sociedad valora hoy como moralmente correcto y que en función de determinadas virtudes morales da origen al tabú como regulador de las dinámicas sociales. Eso es puritanismo.

Entre el puritanismo y el constructivismo social en conjunto, han parido la forma más recalcitrante de corrección política. Por un lado, el puritanismo con la rigidez de sus valores morales da origen al tabú, pero como hemos visto, los tabúes no son necesariamente los mismos a través del tiempo y del espacio. Las cosas que son moralmente aceptables y las que no, pueden variar conforme a la época y a la cultura. Sin embargo, las características del tabú permanecen inamovibles, aunque los tabúes cambien. Decidir desde una postura de superioridad moral los temas o las formas correctas de expresar una opinión pública, es una expresión de conservadurismo puritano.

Por otro lado, desde el constructivismo social, se inserta la idea de que la cultura es causa y efecto de sí misma. Por lo tanto, la censura ejercida sobre el discurso público y el arte, se convierte en un mal completamente “necesario” como parte de un proceso de higienización (puritanismo) de la cultura, que presumiblemente llegaría a construir una aséptica utopía sociocultural de paz y amor. Esta idea se deriva de confundir las causas con los efectos y tiene más potencial de destruir al arte que de destruir a la perversidad intrínseca en la naturaleza humana.

Cuando el feminismo cultural pretende una liberación del deseo sexual femenino, mientras que a su vez restringe las manifestaciones del deseo sexual masculino, está siendo puritano, solo cambia el tabú de lado. Cuando la feminista dice “quiero andar libremente *topless* por la playa, sin tener que soportar las lujuriosas miradas masculinas”, lo que pretende es deserotizar el cuerpo de la mujer aún en su absoluta desnudez, higienizarlo. El puritanismo no se encuentra en lo que se esconde o en lo que se muestra, se encuentra en lo que se restringe. Restringir el deseo masculino, incluso frente al motivo expuesto de su deseo, es todavía más puritano que el erotismo del misterio.

Crítica a la Crítica Literaria que nace del feminismo cultural

Una de las dudas que ha resobado, agotado y vuelto a resobar la filosofía –entre otras disciplinas humanas- es la identidad. Qué es aquello que nos constituye como individuos y como seres sociales. Es la duda que persiste subyacente en el feminismo cultural y para darle resolución apostaron al heredero de Sigmund Freud, el psicoanalista Jacques Lacan. Para responder a esta pregunta fundamental, Lacan recoge a su maestro Freud, al antropólogo Levi-Strauss, y al lingüista Ferdinand de Saussure; y llega a la conclusión de que todo lo que hay, individual y colectivamente, es lenguaje. Es a Lacan a quien recoge Didier Machillot en su crítica literaria de Arredondo:

Basta recordar el Levítico y su condena del incesto para comprender la estructura profundamente religiosa del pensamiento occidental. Se comprenden mejor, entonces, la omnipresencia en el discurso psicoanalítico de la palabra “ley”, término que nos recuerda las tablas y los mandamientos del Antiguo Testamento, e incluso

la referencia explícita al Credo católico que se hace con la expresión “en el nombre del padre”. En este sentido, según Lacan (1978), la ley paterna estructura todos los significados del lenguaje, lo que la convierte en un principio organizador de la cultura . . . el orden simbólico es en esencia androcéntrico (1978). Dicho “orden”, llamado “simbólico” y claramente falocéntrico, consiste, como lo precisa Judith Butler (2005) en *El género en disputa*, en un conjunto de leyes que regulan el parentesco y el significado, así como las diferenciaciones sexuales. (Machillot 236)

Confundir causas con efectos. Como he señalado anteriormente con base en Khyal, todas las culturas en el mundo se levantaron sobre una restricción sexual, una normatividad que es ley universal. Asimismo, todas las culturas y sociedades que han prosperado han sido profundamente religiosas. Sin embargo, el desarrollo y evolución del lenguaje no corre paralelamente a dicho principio. El Patriarcado se irguió también en las culturas que tienen un lenguaje neutro en género, que tienen 3 géneros (masculino, femenino y neutro) y en las que el femenino es cognitivamente más relevante que el masculino. De esto último, el español es un ejemplo:

Es evidente que al hablar, en nuestro cerebro se establecen oposiciones significativas en diferentes grados de abstracción. Mi hipótesis es que en un nivel de abstracción superior a aquel en que se produce la necesidad de diferenciación de identidad sexual, en un plano de significación más allá del uso de los sujetos particulares, e incluso de la acción, está dispuesto desde tiempos inmemoriales que aquello que corresponde al establecimiento de la máxima categoría, al concepto global, tendría el género femenino como norma, en tanto que lo particular, lo concreto, lo específico (el espécimen) de cualquiera de estas categorías se expresaría

de forma aún indefinida en género masculino. Algo así como la distinción que podríamos percibir entre la línea/el trazo, la acción/el gesto, la facción/el rasgo.

No sé si esta ley (que planteo como hipótesis) puede ser aplicada a otros idiomas, o incluso, en sus orígenes, al lenguaje hablado en general (el problema me supera y me produce vértigo), pero en español se puede observar en un altamente significativo número de casos. Es muy visible con respecto al femenino como asunción de la categoría abstracta superior. (Mendo)

En otras palabras, y tratándose de lenguaje, para la significación humana es cognitivamente más relevante la categoría abstracta superior, global; que en el caso del español es el femenino gramatical. Mientras que la categoría de agente operante, concreto, es cognitivamente menos relevante y en el caso del español, es el masculino gramatical. Así pues, el Patriarcado es el mismo en todas las culturas, no así el lenguaje.

En cuanto a la afirmación de Butler (Citada en Machillot), las diferenciaciones sexuales no se adscriben únicamente al orden simbólico, son *facts*. El ser humano precisa de significado, pero es fundamentalmente animal. Ese es un punto de partida insoslayable, que es anterior a la cultura y por supuesto al lenguaje mismo. Millones de años de evolución como especie preceden a las ordenanzas sociales y a las significaciones culturales. Y como dice Khyal, no existe cultura que no esté organizada sobre un sistema de género. Machillot continúa: “Inspirado en los escritos de Freud y Lévi-Strauss, Lacan afirma además que el origen de este orden es la Ley paterna que prohíbe el incesto entre la madre y su hijo. De ese modo, las bases de la construcción del individuo están condicionadas por una prohibición paterna” (236).

Los intérpretes de Lacan perdieron la marca otra vez. La prohibición del incesto planteada por Lévi-Strauss es, como nos explica Khyal, una ley paterna, sí; pero esta ley impone una restricción sexual hacia sí mismo, restringiendo su propio acceso hacia sus hijas. No existe un ritual que dote de significado la prohibición de acceso sexual del hijo hacia la madre. En cambio, el matrimonio es el ritual que dota de significado la prohibición del incesto paterno. Esta prohibición a su vez, establece la virginidad de la hija (de la mujer) como un valor cultural y el significado agregado es el honor del padre. Así pues, el Patriarcado es ginocéntrico.

Según las observaciones de Octavio Paz, el padre nunca es “paternal”, sino que, por el contrario, personifica la fuerza bruta. Un “no del padre” que es también, como destaca muy bien Judith Butler (2005), una instancia normativa en extremo heterosexual y homofóbica . . . Y es que el padre se siente el garante del orden y de la moral. Él es el representante del derecho divino y él es quien impone el castigo que debe caer sobre los que se desvían de la norma. (Machillot 237)

¡Qué difícil! El problema es el uso de los “nuncas”. Es aquí donde empezamos a adentrarnos en el terreno del determinismo cultural, es aquí donde la ideología adquiere dimensiones dogmáticas e intransigentes. Donde la masculinidad se entiende únicamente desde el relato esencialista de la brutalidad supuestamente consustancial al hombre y donde se impone dicho relato como una presuposición axiomática, sin serlo. El padre, como principal orquestador de la reglamentación normativa, como garante del orden y de la moral; puede ser tiránico, cierto. Pero no existen bases fácticas ni empíricas para establecer que lo es en todos los casos y en todos los escenarios; o que su condición de padre –o de hombre-, escapa al resto de las dimensiones y matices propios de la existencia y de la

culturización. No escapa en tanto que es un ente, un ser, natural, social y cultural por sí mismo.

Por otro lado, el rechazo categórico a la normatividad olvida tomar en cuenta la alternativa. La norma social existe porque la necesitamos para defendernos de la naturaleza, como explica Paglia: “Society is an artificial construction, a defense against nature’s power. Without society, we would be storm-tossed on the barbarous sea that is nature” (1). Las normas, aun cuando son perfectibles, son también preferibles.

Para Machillot, en su análisis de la obra de Arredondo, da lo mismo el padre que el “pelado”; el violentador que el estudiante; el sacerdote que el macho empotrador; incluso el que es humillado en su virilidad por prostitutas a causa de su impotencia sexual. Son todos lo mismo porque todos tienen falo: “Así pues, las burlas de una prostituta permiten medir hasta qué punto el poder masculino gira alrededor del órgano sexual y cómo éste [sic] deviene su símbolo principal” (240). Es decir, que por un lado, pierden la cabeza cuando se les habla de diferencias innatas entre los sexos: psíquicas, biológicas, evolutivas y genéticas; pero por el otro, consideran que el falo es -esencial y simbólicamente-, fuente metafísica de poder y significado, consustancial a la naturaleza del hombre. De este tipo de afirmaciones –incongruentes, por decir lo menos-, se sirve el relato del feminismo cultural para sostener que la sexualidad masculina es destructiva y dominante *per se*, incluso cuando el ejemplo es un hombre impotente y quienes lo humillan son mujeres.

Más grave que eso es que, para sostener este relato de la masculinidad simbólicamente destructiva y narcisista, sea necesario sostener también un relato igualmente falaz de la feminidad, donde la mujer es entendida únicamente como un “otro”

sumiso en función de un “uno” dominante. La identidad de la mujer queda reducida a nada, en tanto que solamente reacciona y no acciona. Se la anula insertándola dentro de los límites de otra presuposición axiomática, igualmente falsa que la primera. El resultado son dos esencialismos deterministas, uno masculino y otro femenino, que son complementarios por una fuerza que solo puede explicarse como metafísica, mucho más allá de como la naturaleza complementa sexualmente a hombres y mujeres. Esta moral del feminismo cultural sobre la sexualidad sería exactamente igual a la patriarcal, si no fuera porque el Patriarcado sí diferencia entre la honorabilidad masculina y el macho empotrador (al que castiga severamente cuando trasgrede la norma). Pero en cuanto a la sexualidad femenina, cualquier relato que no reconozca a la mujer por su autonomía, y la presuponga como un ente vulnerable *a priori*, es idéntico al patriarcal, aunque se haga llamar feminismo. Machillot continúa:

. . . **cuando el género masculino** construye un reflejo de sí mismo, lo que busca es una relación egoísta y narcisista. Cada vez que **el hombre** se mira en los ojos de su pareja lo que quiere ver ahí es su reflejo en un espejo pulido, una imagen sublime y complaciente . . . Para el falócrata, la mujer no es más que un fuego fatuo, un espejo ardiente en el que sacrificar fugaces y sádicos deseos, **por naturaleza insaciables**, puesto que se sabe desde Freud que el deseo es indisociable de la falta, y que se manifiesta para luego desaparecer en incontables horizontes imposibles. (247)

A esto se le llama razonamiento circular, una afirmación tras otra que en conjunto pretenden ser evidentes en sí mismas, pero que solo encuentran explicación hacia adentro del mismo sistema de valores y creencias. Una sola contradicción inherente en el relato,

desde un acercamiento puramente lógico, puede derribar por completo el entero esquema argumental. Cada eslabón de esta cadena de afirmaciones es susceptible a desmontarse en sus falsedades, que es lo que pretendo hacer hasta aquí y a continuación, después de la siguiente cita, donde ocurre nuevamente una cadena de afirmaciones con las que se complementa el relato, pero ahora sobre la mujer:

Así pues, a menudo en los cuentos de Arredondo, mientras que la mujer solo aspira a encontrar en los ojos de su amante un reflejo tierno y sincero de sí misma, la mirada del hombre la juzga, la censura y la remite a otro ícono, también idealizado, de la feminidad, pero tal y como él la concibe y a la cual le gustaría verla ajustarse. (Machillot 247)

Aquí quien reduce a la mujer y pretende ajustarla a esa feminidad sumisa, etérea, asexuada y amorosa; es el relato que acabamos de leer. Machillot nos muestra afirmaciones que dan sustento al feminismo cultural sobre el entero género masculino, sobre el hombre mismo y sobre la naturaleza de su sexualidad, que presume esencialmente brutal y narcisista. Desde este relato, la sexualidad humana se ve limitada, simbólica y no naturalmente, por un constructo eminentemente ideológico: La sexualidad masculina confinada a la monstruosidad y la femenina al amor. Agudamente, Virginie Despentes explica algunos de los orígenes y causas de este relato esencialista sobre la sexualidad:

La mística masculina debe construirse como si fuera peligrosa, criminal e incontrolable por naturaleza. Por ello, debe ser rigurosamente vigilada por la ley, gobernada por el grupo. Detrás del velo de control de la sexualidad femenina aparece el objetivo principal de lo político: formar el carácter viril como asocial,

pulsional, brutal. La violación sirve como medio para afirmar esta constatación: el deseo del hombre es más fuerte que él, no puede dominarlo . . . Creencia política construida y no evidencia natural –pulsional- como nos quieren hacer creer. (33)

Del mismo modo se construye también la mística femenina, por el mismo camino y por el mismo motivo, sin duda. Desportes, quien se dedicó ella misma al oficio más antiguo del mundo señala con su característico tono irónico:

. . . lo que cuenta es poder transmitir una única idea: ninguna mujer debe sacar beneficios de sus servicios sexuales fuera del matrimonio. En ningún caso ella es lo suficientemente adulta como para negociar con sus encantos. Prefiere forzosamente tener un trabajo honesto. Honesto según las instancias morales. Un trabajo no degradante. Porque el sexo para las mujeres, sin amor, es siempre degradante. (49)

Así pues, todo aquel relato que parte de dichas presuposiciones, no importando que sea conservador o feminista, está perdiendo la marca; y pretende mantener el entero espectro de la sexualidad humana dentro de los límites de lo “moralmente correcto”. Los muy restringidos límites. Son presuposiciones desde las cuales no se permite la liberación femenina, al suponer a la mujer como un ente vulnerable *a priori* que requiere de tutelaje y protección.

Este es el relato de la pureza social del que deviene el feminismo cultural en su genealogía, atraviesa la presente tesis en diversas dimensiones (sobre la moral, mayormente) y voy a retomarlo en las conclusiones para explicar algunos de sus mecanismos y actuales manifestaciones. El relato de la pureza social es la clave, el eslabón perdido, entre la patriarcal tradición conservadora y lo que hoy se hace llamar feminismo.

“Tú no vas a caer como esta vieja, que dejó de cantar por un amor”

- Mon Laferte

ANÁLISIS I – La Inocencia

El semáforo moral del contexto cultural y el primer desengaño de Laura

“Sombra entre Sombras” es la historia de la vida de Laura, narrada por ella misma en retrospectiva desde una casa donde vive marginada y presa de su pasado. Destruída la casa. Destruída Laura, a causa de su inocencia y su pasión desbordada. Desde la tierna lozanía de los 15 años, hasta la decrepitud de los 72, Laura nos narra circularmente los acontecimientos que la llevaron al caos y a la destrucción. Se casó a los 15 años con Ermilo Paredes, un hombre rico de 47, se “enamorado” perdidamente –digámoslo así por lo pronto-, a los 35 de Samuel Simpson, el hombre que la arrastró hasta el último círculo del infierno. Los detalles de esta historia, los iré revelando conforme avance el análisis. Prefiero mantener una lectura lo más libre de prejuicios posible, dado que la misma naturaleza de los eventos narrados en el cuento hace casi imposible el distanciamiento del lector.

Los hechos se desenvuelven en algún pueblo de México, seguramente en Eldorado, Sinaloa o en algún pueblo de iguales características. Es común en la obra de Arredondo acudir a este contexto cultural, que fue el suyo propio. Como señala Gabriel Osuna:

Sabemos que una de las premisas en la obra narrativa de Inés Arredondo era la búsqueda de una verdad a través de la experimentación formal, y también a través de la reproducción de un mundo complejo y perdido en Eldorado, Sinaloa, en donde se ubican muchos de sus cuentos. Por otra parte, si de alguna manera se quiere dar

cuenta de esa compleja, informe y abstracta realidad –intuida, vivida y también transformada a través de las artimañas de la escritura creativa-, y su relación con la libertad de crear realidades alternativas que den cuenta de cómo está compuesto el mundo con su inaccesible complejidad, Inés Arredondo lo logra no solo creando este espacio mítico apartado del resto del mundo de la época en que fue creado, sino además por querer dar orden a aquellas cosas expulsadas del mundo de la normalidad y que conforman muchas de las acciones y situaciones que pasan alrededor de su narrativa. (25)

Un pueblo católico, como buen pueblo mexicano, de usos y costumbres que son familiares a quienes hemos crecido en un lugar como este. La historia de Laura ocurre en un tiempo anterior a la luz eléctrica, en este pueblo donde los detalles privados de la vida de la gente van y vienen de boca en boca, tanto a modo de entretenimiento, como a modo de garantía de las llamadas “buenas costumbres”.

El asunto es este: cuando la moral cumple la función de restringir la sexualidad, siempre es doble. Eso son “las buenas costumbres”, las fronteras morales que la sociedad dibuja sobre la sexualidad y desde las cuales ejerce sus normativas e interdictos de comportamiento. Sin embargo, dado que la sexualidad es irrefrenable en su totalidad y muchas veces imposible de clasificar (normalizar), la moral se ve forzada, no sin resistencia, a relajarse en ciertos casos. Esto genera cierta tolerancia hipócrita a ciertas prácticas, y otra cierta tolerancia condescendiente a ciertas circunstancias. Ambas necesarias. Es lo que se conoce como doble moral, aplicar unos valores morales para unos y valores morales distintos para otros.

Por ejemplo, en el pueblo de Laura, la moral es hipócritamente relajada ante las prácticas sexuales de Ermilo, que al parecer son de conocimiento común. Lo cual se sabe por los rumores: “Tenía fama de sátiro y depravado” (Arredondo 315). Sin embargo, él regentea sin problemas su almacén, mientras que la restricción moral lo confina solo a las habladurías. Por otro lado, la madre de Laura es madre soltera en una sociedad patriarcal, pero goza de indulgencia social a causa de ostentar uno de los cargos de mayor valor y reconocimiento, precisamente la maternidad. Cuando la pequeña Laura tiene ya 15 años y ha desarrollado una belleza sobresaliente, empiezan ambas a ser procuradas por Ermilo quien, como es natural –diría Laura- la corteja a través de su madre. Le dice Ermilo:

-No, doña Asunción, no crea usted en chismes amamantados por la envidia. Yo trataré a su hija como una princesa y seguirá siendo pura y casta, exactamente igual que ahora. Pero en otro ambiente social y moral, se entiende. He corrido mundo, pero sé aquilatar la limpieza del alma, y respetarla. ¿Y por qué he escogido a Laura? Por sus dotes y su belleza notable, sin duda, pero también por ser hija de una mujer tan virtuosa que no ha podido darle sino magníficos ejemplos. Usted lo verá, yo no mancharé a su hija ni con un mal pensamiento. (315)

Está plagado de ironías el texto, tanto es así que si no fuera porque es la moral imperante lo que habla, lo llamaría abiertamente hipocresías. Voy a replantear con un análisis del discurso lo que en realidad está diciendo Ermilo.

No, doña Asunción, no crea usted en chismes amamantados por la envidia. *Todos sabemos, usted incluida, que todo cuanto se dice de mí es cierto.* Yo trataré a su hija como una princesa y seguirá siendo pura y casta, exactamente igual que ahora. *No, no lo haré.*

Pero es conveniente decirlo dada mi fama, y también es conveniente que usted lo crea, o aparente creerlo. Pero en otro ambiente social y moral, se entiende. He corrido mundo, pero sé aquilatar la limpieza del alma, y respetarla. Continuando con la farsa del respeto, no está de más recordarle que soy inmensamente rico. ¿Y por qué he escogido a Laura? Por sus dotes y su belleza notable, sin duda, Sin duda. pero también por ser hija de una mujer tan virtuosa que no ha podido darle sino magníficos ejemplos. Vamos, doña Asunción, usted también tiene cola que le pisen y no le fue tan monetariamente bien como ahora a Laurita. Usted lo verá, yo no mancharé a su hija ni con un mal pensamiento. Después de todo no importa que lo haga, dado que será una mujer casada. No hay tal cosa como malos pensamientos entre marido y mujer.

Aunque al día de hoy la moral lo juzga escandaloso (lo cual está perfecto, no pretendo hacer un caso para lo contrario), en esos tiempos no tenía nada de raro ni de moralmente incorrecto que un hombre adulto de mediana edad, siendo rico, cortejara a una jovencita y se casara con ella, tampoco era reprochable que lo hiciera por su belleza. Es preciso observar que los valores morales de la época lo permitían sin problema, sobre todo matrimonio mediante; como en el caso de “La Sunamita” donde la moral incluso permite un matrimonio incestuoso entre tío y sobrina en favor de una herencia.

Pero al margen de los valores socioculturales, en una aproximación eminentemente de orden natural, evolutiva, y por lo tanto **amoral**; tiene todo que ver con los machos de mejor calidad siendo escogidos por la hembra de mayor capital erótico. La selectividad sexual de la especie humana se basa en que la hembra invierte más en la reproducción y el macho invierte más en la competencia. La mujer es, literalmente, la selección natural en acción. Si bien, en nuestro primitivo pasado, el “macho alfa” era avalado por sus dotes

físicas (como fuerza), en la era del capitalismo se manifiesta en el poder adquisitivo. Por su parte, el capital que dota a la mujer del poder de la selectividad sexual, es su juventud por la fertilidad y su belleza por jerarquía. De una u otra manera, como especie animal, aún accionamos estos mecanismos.

No es diferente en el cuento. Si bien el consentimiento de ninguna manera excluye el hecho de que Ermilo prácticamente está comprando para esposa una “mujer florero”, y a pesar de que el arreglo de matrimonio ocurrió entre doña Asunción y Ermilo, Laura fue quien tuvo la última palabra. Engañada por omisión, seducida por el dinero y convencida por su madre, decidió casarse con Ermilo en un arreglo, para ella, ciego.

Mi madre vacilaba entre el consejo de las vecinas y la necesidad de poder y riqueza que sentía ella misma. Cuando me habló de si quería o no casarme con él, a mí lo mismo me daba, pero al describirme el vestido de novia, la nueva casa que tendría, y el gran número de sirvientes que en ella había, pensé en la repugnancia que yo tenía hacia los quehaceres domésticos, y en la posibilidad de unirme después a un pobretón como nosotras, llena de hijos, de platos sucios y de ropa para lavar, y decidí casarme. Ermilo no me importaba ni para bien ni para mal. **Era un asiduo amigo de mi mamá. Y por eso debía ser un buen hombre.** (Arredondo 316)

¡Inocente Laurita! Como borrego al matadero se entregó ignorante de su suerte confiando absolutamente en su madre, quien le habló de vestidos y de joyas, pero omitió completamente los fuetes y los disfraces de Ana Bolena que se avistaban hacia el futuro con Ermilo. Nunca la perdonó por estos hechos. A pesar de que su matrimonio no fue la peor de sus desgracias, su madre la traicionó de muerte, porque la vendió a su inocencia –

que no a un hombre- por dinero, y nunca se atrevió a que el arreglo tambaleara a causa de la verdad. El día de la boda:

Mi madre me arrastró tras unos arbustos.

-¿Tienes miedo?- me preguntó

-¿Miedo de qué?

Pareció muy turbada. Al final dijo: -De quedarte a solas con Ermilo.

-¿Por qué? Él llevará la conversación y yo lo seguiré.

-Aunque no sea conversación, tú síguelo- el tono de voz de mi madre era medroso, y de pronto me apretó contra su pecho y empezó a sollozar-. Yo debí hablarte antes... pero no pude... Esta noche pasaran cosas misteriosas y tendrás que ser valiente –mi madre siguió sollozando un breve rato, luego compuso su rostro y se despidió de Ermilo. Fue la última en salir. (317)

Queda de manifiesto que su madre no era ni inocente ni ingenua y que no estaba engañada por las promesas de Ermilo sobre mantener a Laura “pura y casta”. La única engañada en todo este arreglo, fue Laura. Ya a solas con Ermilo:

-Ahora vas a ir a tu camarín, que está a la derecha y te desnudarás. Cuando estés desnuda te tiendes sobre la cama y me esperas. Pero no te tardes.

¡Desnuda! Sí que mi madre debió de hablar antes conmigo. (317)

En mis primeras lecturas, esta expresión de Laura me causó una gracia tierna dada su candidez. Después de todo, lo que estaba a punto de ocurrirle es la cosa más natural del

mundo entre marido y mujer. Pero lo que realmente le ocurrió no fue eso, su noche de bodas de hecho la disfrutó. Lo que en realidad ocurrió fue un encontronazo con sus nuevas circunstancias, uno que tal vez hubiera querido evitar, o por lo menos estar prevenida a la luz del conocimiento. La inocencia de Laura marcó su vida. Inocencia entendida como ingenuidad o ignorancia. Este es un momento donde se rasga por primera vez el velo de su inocencia. No por el encuentro sexual y la pérdida de la virginidad, sino por la omisión de su madre. Laura se da cuenta de que su decisión no fue suya y que el engaño le vino del lugar más inesperado, lo cual empeora cuando se entera –por medio de Eloísa, “su” muchacha a cargo- que su madre estaba al tanto de la clase de “depravado” que es su ahora marido. En ese momento, para Laura, el engaño se transforma en traición. Nunca la perdonó.

Laura y su Madre

A pesar de su candidez, Laura no tuvo en todo el cuerpo un solo pelo de sumisa u oprimida, ni antes ni después de casarse. En la primera parte del cuento y hasta que cumple 53 años, su universo gira en torno a ella, y ella lo sabe. En su forma de hablar, de pensar, de relacionarse con sus amigas, con Eloísa y con el resto de la servidumbre, con su madre, con Ermilo y con Samuel; la personalidad de Laura y su carácter hedonista se manifiestan ampliamente en diversas etapas.

A los 15 años es un animalito del bosque, completamente pulsional pero feliz. Su hedonismo voraz puede confundirse fácilmente con energía juvenil. Es alegre, vivaz, extrovertida, parlanchina, materialista, determinada. Sabe lo que quiere, cómo lo quiere,

cuándo lo quiere y cómo conseguirlo; no se intimida ante nada y ante nadie; y se apersonó desde el día uno en su papel de dueña y señora de su casa. Para los 35, cuando conoce a Samuel es, además, consciente de su belleza y de su capital erótico, los cuida acuciosamente y los usa. Es sofisticada, elegante, vanidosa, instruida, y persisten su voz y su actitud de mando. Después de eso... ya veremos más adelante.

Arredondo, inicia el texto dejando caer una duda ontológica: ¿Qué es la pureza? Esa conceptualización la voy a dejar para el final del segundo análisis. Voy a empezar por aquello en lo que no deja duda alguna: La inocencia. Sobre todas las cosas, Laura es inocente. Pero no una inocencia entendida como “libre de culpa”, más bien es ingenua, ignorante de los peligros de la vida y de las consecuencias de sublimar el placer. Está exenta de eso que llaman “malicia”.

La lectura que pretendo sostener en adelante, atendiendo a la premisa de que la transformación del individuo –y del personaje-, debe provenir del conflicto interior; es que cada rasgadura en el velo de la inocencia es, para Laura, germen de transformación. La primera rasgadura la hizo su madre cuando la vendió a un “depravado”. Eso la transformó en un ser rencoroso. Así pues, en todo su carácter voluntarioso y caprichoso, nunca perdió oportunidad de poner los puntos necesarios sobre las íes correspondientes, tanto a su madre, como a Ermilo.

El día posterior a la boda, su madre viene a buscarla, ansiosa, y Laura la recibe con la puerta en la nariz. “y cuando calculé que su cara de luna iba a aparecer entreabriendo la puerta, eché ostensiblemente el cerrojo” (Arredondo 319). Es decir, con agresividad y que se note. Agresividad desde el discurso porque eso de “su cara de luna” (319), es lo primero

que atisba el rencor que ahora le prodiga: “Un rencor negro hacía que quisiera que mi madre se fuera lo más pronto posible, ni sabía bien por qué” (319). Entre la duda del motivo y el hecho mismo de que sea su propia madre, parecen dejar entrever que era un rencor temporal, pasajero. No lo fue. Duró mientras su madre vivió y fue uno de los motivos que consumió a Laura en el infierno de la culpa, puesto que actuó activamente en castigarla.

El siguiente encuentro entre ellas ocurre después de que Laura la evita por 15 días, declarándose enferma de una enfermedad contagiosa y mandándola de regreso a su casa por medio de Eloísa. Tenía una herida en la piel a causa de una pelea con Ermilo, pero no estaba tan grave –ni física, ni anímicamente-, como se lo hizo creer a su madre: “-Eloísa, que no entre nadie, nadie. Solamente tú tráeme las comidas. Di que tengo una enfermedad contagiosa y que el doctor ha prohibido las visitas. ¡Ah! Y cuando vengan Lidia y Esther que las hagan pasar al salón de juegos y les sirvan sorbetes. A mí también me traes” (324).

Lo que hizo Laura, premeditadamente, fue mandarle decir a su madre una mentira con Eloísa -confinamiento por supuesta enfermedad contagiosa-, para no darle la cara y rechazar sus visitas y sus cuidados a pesar de que su madre los considerase su “sagrado deber” (324). Un duro golpe para su madre del que Laura estaba plenamente consciente: “Quince días son pocos y muchos. Mi madre venía cotidianamente y acurrucada delante de la puerta del saloncito lloriqueaba, gemía. Eso me ayudó a comprender que ella **me había vendido** a sabiendas de la vida licenciosa de Ermilo que él no ocultaba” (324). Pocos para Laura, muchos para su madre. Ante el llanto y el gimoteo, Laura no se inmutó ni por un segundo, permaneció absolutamente imperturbable. Al transcurrir los 15 días, le mostró la herida ocasionada por Ermilo:

-¿Cómo es posible que ese canalla...?

-Calle, madre. Con ese canalla me casó usted y **con él vivo en esta casa donde no puede ser insultado su nombre.** De él vive usted y hasta tiene una muchacha de servicio. No le conviene que nadie sepa esto. Métselo en la cabeza: estoy enferma de una enfermedad dolorosa y contagiosa, y tengo prohibido recibir visitas. **Hasta las suyas, porque me lastiman.**

No quise ver sus lágrimas y me volví a mi diván sin recoger la bata. Eloísa cerró.”

(324)

Este es uno de los dos certeros movimientos con los que Laura deja claro tanto a Ermilo como a su madre, quién manda en el nuevo orden que ellos tuvieron a bien establecer a su costilla, confabulando a sus espaldas y manteniendo oculta la pieza más importante de información. Abusando de su inocencia.

Con su madre, invoca la autoridad del Patriarcado y del rigor moral del pueblo manifestado en el “qué dirán” para mantenerla a raya, deja caer la leve insinuación de que podría ser ella misma quien lo divulgue, y le echa en cara los beneficios obtenidos. Pero la autoridad patriarcal invocada por Laura no proviene de Ermilo sino de ella, y lleva el doble filo del escarmiento y del reproche. Esto se comprueba cuando hace lo propio con Ermilo, quien claramente no mandó callar a doña Asunción. Antes del fatídico incidente que le provocó la herida pero después de estrellarle a su madre la puerta en la cara:

Mientras tomaba el café, me miró fijamente y preguntó:

-¿Qué le dijiste a tu madre?

-Nada absolutamente.

-Pues resulta que llegó al almacén descompuesta, llorosa, como si fuera a pedirme perdón por algo. Pero no se supo expresar o yo no le pude comprender. Nunca la había visto así, lo único que entendí es que estuvo aquí y que te encontró muy extraña. ¿Extraña en qué sentido?

-Bueno, me he casado y he dejado de ser la hija de mamá.

-Eso está bien, aunque debes ser indulgente con ella, mimarla.

-¿No lo haces tú ya, por mí?- **lo vi turbarse.** (320)

Lo que este diálogo pone de manifiesto es que a Laura no la oprime ningún patriarcado. Esa jugada fue completamente una estrategia femenina. Certera y precisa, desnudó a Ermilo y le dio un escarmiento con una sola pregunta insertada en el momento correcto con la intención correcta, que fue suficiente para no volver a ser inquirida o molestada con ese tema, mucho menos recibir instrucciones de cómo proceder. Solo tenía 15 años cuando lo hizo y fue al día siguiente de haberse casado.

El último golpe a su madre, el más certero pero también el más vil, lo asestó Laura en la sala de su casa, frente al cura Ochoa que fue convocado por su madre ante los rumores, ya de absoluto dominio público, sobre las “perversiones” que ocurrían dentro esas paredes y de las cuales Laura era partícipe. Ella desvía la atención del reproche por su conducta moral, hacia la conducta moral de su madre: "-Los ricos somos gente excéntrica, padre; ya mi marido lo era antes de que me casara con él y **nadie me lo advirtió.** Además,

señor cura, Dios es el único que ve realmente lo que sucede, por qué sucede, y mira dentro de nuestro corazón. Yo me atengo a su juicio” (333).

Análisis del discurso: Madre, no traigas a Dios a mi casa, Él es quien sabe lo que hiciste y por qué lo hiciste, atente a su juicio que yo haré lo propio. Es claramente un caso típico del clásico: “Te lo digo, Juan; para que lo entiendas, Pedro”. Sobre este pasaje, Alfredo Rosas Martínez opina que:

En este ámbito lunar de sombras, y para que resalte más la perversión, la mujer tiene que lidiar con los interdictos representados por la actitud puritana de su propia madre y con la presencia de un cura. Ante estas instancias propias de la ortodoxia social, moral y religiosa, Laura recurre a la falsa inocencia, a la ironía y al cinismo para combatir y poner en crisis las censuras. (18)

Sin embargo, creo que está soslayando, lo que dice Laura en el párrafo inmediato anterior: “Como suele suceder en estas cosas, mi madre fue la última que se enteró de las murmuraciones. **No queriendo abordar el asunto a solas conmigo**, una mañana se presentó con el señor cura Ochoa, **hombre prudente y al que yo tenía mucho respeto**. Comenzó por abordar el tema del escándalo” (Arredondo 333).

Su madre tendría sus motivos para no querer hablarlo a solas, pero ninguna de las hipótesis en las que puedo pensar la incluyen como una autoridad moral para Laura, es por eso que se ve forzada a acudir al sacerdote. Laura a su vez se ve forzada a acudir a la indirecta, dado que no puede hacer ni decir otra cosa en presencia del hombre prudente al que respeta mucho. Claro que, para Rosas, la lectura general del cuento es que Ermilo pervirtió a Laura, y Laura a su vez pervirtió a Samuel. No es de extrañar entonces que él

vea cinismo en donde yo veo una sutil insinuación. A quien Laura pone en crisis con su indirecta, no es a la censura puritana y religiosa, es a su madre. Sobre esta, mi línea de interpretación, dice Angélica Tornero que:

Se podría pensar que la aceptación de este pacto de conveniencia [uno que veremos más adelante entre Laura y Ermilo] supone ya cierta corrupción de sus principios morales [los de Laura]. No obstante, esto no se expresa así en el relato. La intención es seguir la línea de interpretación que hace pensar en Laura como víctima de la madre que prácticamente la vendió al viejo Ermilo. (239)

Creo haber demostrado más allá de la duda razonable que la intención de seguir esa línea de interpretación es completamente legítima. El rencor hacia su madre constituye el primer conflicto transformador de Laura, precisamente porque no atiende a la moral, sino al fuero interno. A la ruptura de la inocencia. La moral socialmente operante se adquiere del exterior, del proceso de socialización, no es cosa inherente al individuo. La madre, en cambio, es la relación más íntima y primigenia del ser humano con el mundo. Es una relación ontológica. Asimismo, es una línea de interpretación que se sostiene ya avanzado el relato, tanto en los sucesos, como en las decisiones que ha tomado Laura. El mantenimiento de esa línea es lo que ocurre, precisamente, en la intervención del cura Ochoa, y posteriormente en la muerte de su madre y en la culpa de Laura.

Si bien es cierto que no es precisamente trata de blancas, “vender” es la palabra que eligió la autora para expresar el sentir del personaje; a pesar de que el texto está plagado de ambigüedades, no me parece pertinente disminuir la intención, dado que hay motivos para suponer que no es una elección gratuita. Explica Peterson, que cuando nuestra percepción

de funcionalidad del mundo sufre una disrupción, un resquebrajamiento en su normal operatividad, se genera un Caos en la psique. Dependiendo de la gravedad de la “disfuncionalidad” puede hacernos cuestionar nuestras competencias e incluso, en los casos más graves, nuestra identidad. Esto puede ocurrir en pequeña o gran escala, desde cosas cotidianas como que no encienda el coche por la mañana antes de ir a trabajar, hasta la traición de un ser amado, que es lo que le pasó a Laura con su madre.

A pesar de ser el comprador, a Ermilo no le guarda rencor porque tal vez –y esto es solo una hipótesis-, de haber tenido los detalles faltantes, por lo menos a grandes rasgos, también hubiera aceptado casarse con él, dado que claramente la vida lujosa no le era indiferente. Pero, aún más importante que eso –y esto sí lo sostengo con mayor certeza-, porque Ermilo no le debía ni los buenos días, siendo un perfecto desconocido. No así su propia madre, ella le debía por lo menos la verdad.

Laura y Ermilo.

Sobre los sexos, las “buenas costumbres”, las dobles morales (que a veces son triples o cuádruples) y las excentricidades de los ricos; Virginie Despentes dibuja una nítida ilustración con la siguiente anécdota:

Cuando París Hilton se pasa de la raya, se presenta a cuatro patas y aprovecha la difusión de la imagen para hacerse mundialmente famosa, entendemos algo importante: ella pertenece a su clase social, antes de pertenecer a su sexo. Así, en el plató de televisión del programa francés “Nulle Part Ailleurs”, frente al cómico de origen popular Jamel Debouza, sucede una escena interesante. El joven cómico

busca inmediatamente el modo de reasignarla, de ponerla en su lugar de mujer caída: “Yo te conozco, te he visto, te he visto por internet”. Él habla en nombre de su sexo, cuenta con su superioridad intrínseca para ponerla en una situación delicada. Pero, Paris Hilton no es una actriz porno local, antes de ser la chica a la que le hemos visto el coño, es la heredera de los hoteles Hilton. Para ella resulta impensable que un hombre de clase social inferior la ponga en peligro, ni siquiera un segundo. Ni se inmuta, apenas le mira, cero desestabilizada. Simplemente nos indica a todos que ella puede permitirse el lujo de follar delante de todo el mundo.

Pertenece a esta casta que tiene históricamente el derecho al escándalo, a no adecuarse a las reglas que se aplican al pueblo. (65)

Efectivamente, lo que Laura le dice al cura es cierto: “Los ricos somos gente excéntrica, padre” (Arredondo 333). La moral de castas existe en la vida, como nos muestra Paris Hilton, y se manifiesta también en el cuento. Mucho antes de los hechos que llevaron al cura Ochoa a la casa de Laura, la vida licenciosa de Ermilo era asunto del dominio público. La evidencia para Laura no se hace esperar, se le presenta al segundo día de casados. Ermilo la encierra en la biblioteca todo el día a estudiar la vida de Enrique VIII –y sus esposas-, y lo que ella creía que era solo para el cultivo de su educación, resultó ser un fetiche sexual de *role play*, y además al más puro estilo carnavalesco, es decir, con pomposos disfraces.

De nuevo, Laura en su inocencia, confundió su disfraz de Ana Bolena con la invitación a un baile de máscaras, pero Ermilo no tardó ni un segundo en sacarla de su error. Este fue el encuentro que definió su relación de una vez y para siempre. A favor de Laura, a decir verdad. El intento de Ermilo de incorporarla a sus juegos se tornó en una

batalla campal, física y violenta, en la que ambos resultaron heridos, pero a partir de ese día, Laura ganó con su fiereza el absoluto respeto de Ermilo. No cabe duda de que al principio él intentó por diversos medios someter el carácter indómito de Laura. Falló todas las veces. Pero fue a causa de ello que la entendió como su igual. La intención de convertirla en “mujer florero”, pronto se convirtió en respeto y posteriormente en amor. Transcurridos quince días de estos hechos:

Por la tarde mandé preguntar a Ermilo cómo se encontraba y a pedirle algunos libros que considerara que yo debía leer.

Vino en persona a traérmelos y de rodillas ante mi diván me pidió mil veces perdón, besando mis manos semidesolladas.

. . . Pero ambos callamos sobre su herida y las mías. Las cicatrices que nos hicimos perdieron importancia.

A partir de ese día, hicimos un pacto silencioso en el que yo aceptaba de vez en cuando sus fantasías y él acataba mis prohibiciones, y se puede decir que fuimos felices más de veinte años. (Arredondo 325)

La lectura de Tornero al respecto de este pacto de convivencia: “Si bien la madre ‘vende’ a Laura, ésta [sic] no parece sufrir, sino adaptarse e incluso disfrutar. Su moral relajada la conduce a aceptar a ese marido y a ser feliz, consintiendo de vez en cuando las caricias que le producen asco” (Tornero 241). Mi lectura, en cambio, es que el rencor de Laura hacia su madre y el acuerdo tácito de convivencia con Ermilo son dos cosas separadas y relaciones causales entre una y otra cosa, no son requeridas. Es decir, no requiere perdonar a su madre para disfrutar de los beneficios de haberse casado con Ermilo.

Tampoco requiere despreciar a Ermilo para sentir rencor por su madre. Ese rencor se deviene de la sola acción de venderla y no de las consecuencias –buenas o malas- derivadas de esa acción.

En la entrevista que le hizo Quemain, Inés Arredondo dijo: “. . . en el último cuento invento cuanta barbaridad se puede inventar para llevar hasta sus últimos límites ésta [sic] inquietud mía [saber qué era la pureza y qué la prostitución], para decir si ésta [sic] mujer es una prostituta, pero no, sigo con la duda, porque ella hace toda esa serie de aberraciones, o se presta a ellas, por amor, entonces yo todavía no me atrevo a juzgarla” (Quemain). ¿Y si yo me atreviera a sostener que Inés se refiere más al amor por Ermilo que al amor por Samuel? Es solo una hipótesis pero, en todo caso, la relación primera que establece la prostitución, es el sexo a cambio de dinero. Y en este cuento el de mayor poder adquisitivo es Ermilo, no Samuel. Tornero, por ejemplo, no estaría de acuerdo conmigo (probablemente tampoco Inés). No dice que Laura sea una prostituta, pero sí dice que tiene una moral relajada en virtud de la cual acepta caricias que le producen asco a cambio de una vida de lujos: La prostitución es un pacto que negocia sexo a cambio de dinero (o bienes), así entiende Tornero el pacto entre Ermilo y Laura. Hombre con dinero, más mujer con moral relajada, igual al pacto de convivencia en el que Laura se prostituye. Para Tornero es más relevante este hecho que la traición de la madre de Laura.

El amor también es un pacto. Pero el amor es un pacto que negocia entre la prohibición y el consentimiento. Cuando Inés dice que duda que Laura sea una prostituta, porque se presta a estas “aberraciones” por amor; y cuando Laura dice que ella aceptaba sus fantasías y él acataba sus prohibiciones... pues entonces yo tampoco me atrevo a juzgarla, ciertamente no de prostituta. Una adolescente de 15 años no puede tener una moral relajada

como señala Tornero, porque para relajarla primero tiene que adquirirla. A esa edad la moral es cosa rústica. Laura atiende a sus pulsiones juveniles más primigenias: brinca en la cama, come dulces avorazadamente, se ríe a carcajada limpia, juega a dar órdenes, y responde a las caricias de Ermilo, tanto con placer, como con asco; es pues, una niña desbocada. Para sostener que Laura solo sentía asco hacia las caricias de Ermilo, es necesario ignorar este pasaje:

Ermilo comenzó a besar las flores, una por una, y yo no sentí sus labios sobre mi piel. Cubierta de frescura y perfume lo dejé que besara una a una las abiertas flores de limonero y, como ellas, me abrí. Sentí algo que acariciaba mis entrañas con una ternura y un dulce cuidado como el que había en acariciar con los labios los azahares. No hubo abrazos ni besos, ni sentí apenas el roce de su cuerpo sobre el mío. Diría más bien que una sombra me había poseído, muy para mi placer, únicamente para mi deleite. (Arredondo 318)

Quince días es el tiempo que a Laura le tomó restablecer el orden interno arrebatado por la traición de su madre. Durante quince días rechazó sus visitas, la atención médica y por supuesto a Ermilo. Se encerró a piedra y lodo, dejando decaer su salud, a evaluar su situación y a tomar decisiones. Al término del plazo, le mostró a su madre la herida supurante en su costado y la desterró de su vida, hizo traer al médico, y le mandó a Ermilo una ofrenda de paz con dos mensajes tácitos. El primero, que le importaba su bienestar, al preguntarle cómo se encontraba; el segundo, la aceptación implícita de las implicaciones de su nueva realidad, al solicitarle los libros que a su consideración ella debía leer. Ermilo se presentó ante ella y se arrodilló penitente: “Venía con un gorro alto de astracán, que no

tenía nada que ver con la estación” (325). ¿Acaso por la herida en su frente? “Su cara estaba roja e hinchada” (325). ¿Acaso de mucho llorar?

El pacto silencioso entre Laura y Ermilo se configura en la narración como un *continuum*, un evento de temporalidad permanente congelado por encima del trayecto del tiempo: “ambos callamos sobre su herida y las mías. Las cicatrices que nos hicimos perdieron importancia” (325). La herida como momento presente, las cicatrices como momento continuo, constituyentes del pacto unas y otras: “y se puede decir que fuimos felices más de veinte años” (325).

Le creo. Le creo que fue una felicidad legítima. Ermilo le prodigó a Laura un amor paternal, cosa nada extraña dada la diferencia de edad y el padre ausente de Laura (aunque tal cosa no excluye el amor de pareja ni el deseo sexual). Ermilo prácticamente la terminó de criar, la educó, la protegió, la mimó y acató todas sus restricciones. Se lo dio todo, en vida y muerte. Tal vez, el hecho de no restringirla nunca y no negarle nada fue el peor daño que le hizo. Ella a su vez, le permitió continuar con su vida de excesos, probablemente porque el exceso es algo que Laura sabe entender muy bien, como explicaré más adelante.

Tenían 20 años de casados cuando conocieron a Samuel Simpson, de quien Laura se “enamorado” perdidamente en el instante mismo que lo conoció: “¿Cómo decirlo? Lo vi en lo alto de la escalera: alto, rubio, ágil, seguro de sus movimientos y con un dedo desdeñoso en la cabeza que me recordó el grabado de alguien –¡Aquiles! Era lo más bello vivo que había visto” (325).

Ermilo se dio perfecta cuenta de ello. Entre él y Samuel establecieron una relación de negocios que los hizo muchísimo más ricos de lo que ya eran. Samuel, por conveniencia

para los negocios, se mudó a vivir a la residencia Paredes, mientras que Laura vivía atormentada por su presencia, al tenerlo tan cerca y tan lejos. Vivía consumida en su pasión y en su deseo por Samuel. Por primera vez había algo que no podía tener. Una tarde:

Cuando comenzaron a llegar las maravillas de Oriente tuve que ir al almacén a verlas. Pero solo veía los movimientos elásticos de Simpson mostrándomelas. Ermilo estaba presente.

–Escoge algo... encapríchate con alguna cosa- me animaba.

Pero yo no podía ver más que los ojos de Simpson. Él me llenó de telas, de perfumes, de objetos, explicándome siempre de donde procedían. Yo me los llevé porque venían de sus manos. (Arredondo 329)

Después de pasar veinte años casado con una mujer voluntariosa, vanidosa y materialista, ¿quién puede negar que Ermilo se diera perfecta cuenta de qué fue aquello con lo que se encaprichó su esposa aquella tarde? No fueron perfumes ni telas, ciertamente, y Ermilo lo supo ahí mismo, si no es que antes.

Pero como sabemos, por lo menos hasta aquí, el de moral relajada es Ermilo. La obsesión de su esposa por Samuel, no solo no lo perturbó en lo más mínimo, la aprovechó para su beneficio y placer, al igual que para beneficio y placer de Laura. Una o dos noches después, ella cae por fin en la tentación de ir en busca de Samuel, llena de remordimiento, pero entregada por completo al impulso. Para su sorpresa los encuentra a ambos en pleno acto sexual. Y dice Ermilo:

-Te dije que algún día vendría... que vendría... está loca por ti –me arranca la capa y me desgarró la ropa.

-Ya verás qué hermosura es, está hija de... ya verás qué hermosura.

Mientras me desnuda con manos torpes, Simpson hinca una rodilla ante mí, me besa la mano y dice dulcemente: “Mi señora”. Yo miro sus ojos de niño y olvido lo que he visto poco antes. (Arredondo 330)

No solo olvida lo que ha visto, por lo pronto y mientras dura lo que después le da por llamar “el círculo infernal y glorioso” (331); Laura también olvida el remordimiento, entregándose enteramente al goce. El hecho de que Ermilo esté presente y además sea partícipe, es innegablemente algo que libera a Laura de remordimiento, porque en otro escenario (ella a solas con Samuel), Ermilo sería el afrentado: “Ermilo no solo lo ha permitido sino que lo ha propiciado” (331), se justifica Laura mientras se debate en su remordimiento, ahora sí, por su moral, por la educación recibida y por “los principios de toda una vida” (332). No es lo mismo permitir que participar. Sobre este evento dice Tornero:

La pasión que Laura siente por Simpson le impide evitar la situación. Aquellos veinte años en los que puso las condiciones para guiar la relación con Ermilo se venían abajo. Él tenía ahora el poder de hacer que ella se humillara, aceptara sus propuestas, incluso, la de tener relaciones sexuales los tres al mismo tiempo, con tal de estar cerca de Simpson. (Tornero 241)

Difiero de dicha lectura. Pero debe ser porque a diferencia de Tornero, yo no veo en estos acontecimientos ni humillación ni poder. Veo a tres adultos capaces de consentir un

trío voyerista, *role plays*, dominación y sumisión, etc. Tampoco considero que el conflicto, germen de transformación en Laura, ocurra impactándola desde el exterior hacia adentro. Mientras que Tornero justifica las acciones de Laura dada la pasión que siente por Simpson; y condena las acciones de Ermilo, depositando en él la entera responsabilidad por estos hechos; yo hago lo contrario. La pasión que Laura siente por Simpson es su conflicto, y no su justificación. Esa pasión insensata, no es lo que le impide evitar la situación, es lo que la empuja a consentirla. Parece lo mismo, pero no lo es. Desde la perspectiva de Tornero, Laura es víctima de sus circunstancias; desde la mía, es víctima de sus pasiones.

Pero sobre todo no veo a Ermilo humillando a Laura, ni ejerciendo poder sobre ella. Lo que Ermilo tuvo se llama paciencia. Desde el día siguiente de la boda en el que dijo: “Poco a poco” (Arredondo 318) cuando intentó besarla y fue rechazado por ella, pasando por las fantasías que le fueron permitidas de vez en cuando; y llegando hasta aquí, donde le dice: “Tú no sabías lo que era esto, ¿verdad, querida? Pero ahora sabrás muchas cosas más” (331); de principio a fin, no la obligó nunca a nada.

Si bien es cierto que el poder es algo que Ermilo disfruta, nunca lo ejerció sobre ella. Vemos su fascinación por el poder en su pasión por el dinero, porque el dinero da “el poder de humillar a los demás” (Arredondo 329); la vemos en sus fetiches sexuales, le gusta representar a Enrique VIII, y le gusta fustigar con su gran cinturón profiriendo palabras soeces cuando otro hombre posee a su esposa... solo Dios sabe que más le gusta a Ermilo. Pero en cuanto a poder y humillación para con Laura, eso no existe, no desde que la hirió y fue herido por ella. No desde que sus mutuas cicatrices perdieron importancia. Laura llegó a esa habitación por su propio pie, y consentir ese trío, ese día y los que siguieron, fue su prerrogativa:

Eloísa entró con un paquete que habían mandado del almacén para mí. Esperé a que se fuera para abrirlo: era un aderezo de rubíes que traía una tarjeta que decía así: “Mi amor es más grande que el tuyo porque para conseguirte he tenido que llorar rojas lágrimas de humillación sin nombre. Samuel”.

Poco después llegó un paquete más pequeño con un anillo que hacía juego con el aderezo: ‘Para la puta más bella que he conocido. Ermilo’. Estaban de acuerdo. Eloísa vino a decirme que el señor y el señor Simpson vendrían a comer y que era necesario que me vistiera inmediatamente. Me negué. Mandé decir que los esperaría a cenar. **Yo mandaba en todo esto.** (Arredondo 332)

Laura fue castigada socialmente, como veremos más adelante, por la trasgresión moral de los tres. La dinámica entre ellos prosiguió igual por muchos años, en los que ella dedicaba todo su tiempo a mantener con ejercicio y mascarillas la juventud y la belleza que se le escurrían de las manos, tanto como a Ermilo la vida:

Pero hubo alguien que pensó en mi futuro: Ermilo. Redactó un testamento según el cual el señor Samuel Simpson no debía casarse ni vivir en amasiato con otra mujer que no fuera yo, su querida esposa, y si no se cumplía esta cláusula, la sociedad quedaba disuelta en términos muy desfavorables para Simpson; en cambio a mi muerte, quedaba como único heredero de la fortuna completa. Samuel, riendo, aceptó, y dijo que no me abandonaría jamás. (334)

Es decir, a la muerte de Ermilo, Laura y Samuel permanecerían siendo socios con estrictas condiciones para él. El punto ciego de Ermilo fue que Laura estaba muy lejos de

ser la mujer de voluntad férrea que él conoció. Pensó que la dejaba protegida pero no supo protegerla de ella misma, ni de Samuel.

Al principio tampoco fui ajena a la lectura general que repudia al personaje de Ermilo, ni a la repugnancia que producen sus fetiches, su libertinaje y sus formas vulgares y grotescas. Ermilo es feo y “depravado”. Pero, ¿es el amor privativo del virtuoso? ¿Cómo ama el desposeído? ¿Desde qué coordenadas ama quien está roto? Necesité de muchísimas lecturas para entender el amor que Ermilo le prodiga a Laura, porque la felicidad que ella declara haber tenido con él no dejaba de martillarme. No me apresuré a descartar esa felicidad ni me aventuré a desestimarla. No existe la clase de amor que anula las pulsiones y las perversiones de corte moral, pero existe el amor que negocia entre el deseo y la prohibición. El único personaje de “el círculo infernal y glorioso” (331) que camina la línea que separa el deseo de la norma, es Ermilo. No debido –obviamente- a una falta de propia decadencia y perversidad, sino debido a su disposición para acatar la restricción.

¡Ah! Pero eso no quiere decir que al cuento le falten humillaciones, vejaciones, ultrajes, atentados contra la vida y la libertad, no quiere decir que al cuento le falte mal o maldad. Lo tiene todo. Lo tiene de sobra.

Dice Inés que no cree en determinismos, pero en “Sombra entre sombras” ¡Vaya que acudió al maniqueísmo como recurso estilístico! De una manera magistral, imperceptible, oculto a plena vista. Ninguno de los personajes es completamente “malo” ni completamente “bueno”, salvo Samuel.

Doña Asunción cometió un solo error que le costó para siempre el amor de su hija, pero no era una mujer malvada. No había maldad en lo que hizo, y se puede achacar más a

un breve lapsus de inconsciencia y a otro de avaricia, antes que a alevosía. No hay maniqueísmo aquí, sin embargo, se lee como si lo hubiera cuando se soslaya su avaricia.

Laura es dominada por el placer pulsional desde niña. En su infinita inocencia (ingenuidad), se entrega al goce sin medir que tiene consecuencias, sin medir que cada ganancia implica una pérdida. Es rencorosa, vanidosa, materialista, lujuriosa... ¡Vaya! Si fuera gorda sería el entero espectro de los Pecados Capitales. Tampoco hay maniqueísmo aquí. Aun así, sus vicios y defectos pasan desapercibidos.

Ermilo es despreciable y vulgar, amante del poder y del dinero, desertor de los interdictos morales. Compra a Laura para “mujer florero”, la viste de Ana Bolena, le manda decir con los rubíes que es “la puta más bella que ha conocido” (332). Grotesco, vejete y panzón... pero le cumplió a Laura todos sus caprichos, incluido Samuel, y la amó y protegió hasta el último día de su vida, e incluso después. Tampoco hay maniqueísmo aquí, y aun así también pasa desapercibido.

Pero Samuel... ¡Ah Samuel! A él solo lo vemos a través de los ojos de Laura. Es joven, gallardo, guapísimo, el mismísimo Aquiles encarnado. Le manda a Laura poemas con los rubíes, besa sus manos, admira su belleza, le jura amor eterno, dice riendo que no la abandonará jamás... Después de las orgías que él mismo organiza, donde a ella la descuartizan, la destrozan, la humillan, la ultrajan... él la baña, la cura, la besa con dulzura, le hace el amor tiernamente a solas y le permite descansar. Tan perfecto y tan hermoso que parece que Dios mismo lo mandó desde el cielo. Un dechado de virtuosismo y de belleza. En contraste con el “depravado” de Ermilo, ¿quién en su sano juicio podría objetar que

semejante criatura divina sea merecedora de la adoración que Laura le prodiga? Yo. Yo me opongo. Objeción, su Señoría.

Magistralmente, y a golpe del más puro maniqueísmo, Arredondo gira la tuerca del virtuosismo y la belleza hacia la maldad pura. Lo hace tan exquisitamente que no se lo ve venir y es imperceptible al ojo desnudo. Está logrado con tal éxito, que cuando la crítica de Tornero busca en este cuento el consabido Mal en la obra de Arredondo, la encarnación misma del diablo le pasa desapercibida. Pero esa historia, es de otro análisis.

El castigo social por la trasgresión de la norma

Los humanos necesitan casi siempre de un miembro que signifique el límite entre los otros y el grupo, es esa persona la que se salta la normativa grupal de alguna manera . . . Es una forma de conservar el orden, de identificar la desobediencia y situarla en un espacio funcional a la dinámica del grupo. (Khyal 223)

La factura social es precisamente el momento climático en la trama del texto:

La servidumbre no calló, como había supuesto Ermilo que lo haría, dándoles sueldos fabulosos. Todo el pueblo supo que algo raro pasaba en nuestra casa, y todos sospechaban de qué se trataba.

Como suele suceder en estas cosas, mi madre fue la última que se enteró de las murmuraciones . . . comenzó a adelgazar y a palidecer y pronto murió.

En el momento en que su cadáver descendía por la fosa, alguien gritó:

-¡Asesina!

Y a continuación, una piedra me abrió la frente.

Ermilo gritó: -¡Alto! Ya te vi, Ascensión Rodríguez, arrojar la piedra. Esta misma tarde te verás con mis abogados, y a todo aquel que de algún modo u otro ofenda a **mi esposa**, se le cobrará el adeudo total de su cuenta en el almacén so pena de embargo inmediato.

Además del remordimiento por la precipitación de la muerte de mi madre, aún tengo en la frente la cicatriz de la pedrada como un recordatorio perenne. (Arredondo 333)

El Patriarcado, en atención a la normatividad socio-cultural, otorga valor a la mujer en tanto que virgen, esposa o madre. Pero más poderoso que el patriarcado mismo es el garante social de la moral, el cual adquiere dimensiones que se arraigan fuertemente a la cultura dado que constituye la identidad grupal. La trasgresión de esos valores es una trasgresión al grupo. Los valores morales transgredidos por Laura y compañía (Ermilo y Samuel) se hacen patentes en este pasaje del cuento.

En la afirmación de Laura, “Como suele suceder en estas cosas, mi madre fue la última que se enteró de las murmuraciones” (Arredondo 333), se denota una forma regular y continua de proceder de un pueblo chismoso que guarda respeto y silencio ante la figura real y simbólica de la Madre, resguardando así su paz mental y su bienestar, al parecer los únicos de consideración y de importancia. Es de uso común que así ocurra, como bien lo dice Laura, así suele suceder.

En contraste y en este mismo sentido se deja entrever que, al no ser madre por su cuenta, su matrimonio con Ermilo es una burla ante la sociedad patriarcal, que habiéndoles otorgado tanto el permiso de ejercer su sexualidad, como el sacramento religioso (porque el matrimonio significa ambas cosas), no le hayan devuelto a la sociedad el fruto de su vientre y su semilla, lo cual se presupone como el propósito último de la sagrada unión matrimonial; y en cambio se hayan dedicado a exhibir sus perversiones morales, en tanto que sexuales. Así pues, el matrimonio entre ellos solo representa para el pueblo católico conservador la perversión del máspreciado valor social derivado de la unión entre hombre y mujer, entre sociedad y naturaleza: La procreación. La maternidad es un valor natural, social, cultural, moral y patriarcal. Este tipo de moral, grupal y sagrada, está por encima de la moral de castas, o de cualquier otra, que dé privilegios trasgresores a los excéntricos ricos, y su rigor se aplica sobre la mujer.

Así pues, el castigo social se hace necesario para la preservación del orden, pero se impone sobre Laura porque, para la sociedad, es la mujer quien tiene el deber de ser madre sin dejar de ser asexual. Para el relato de la pureza social, la relación maternidad/sexualidad es correspondiente pero proporcionalmente inversa, adentrarse en una lleva implícito el alejamiento de la otra. La mujer que se atreve a exhibir el ejercicio de su sexualidad y además no tiene hijos, es juzgada como perversa y solo puede ser una puta, no importa que esté casada. Aquí la definición de perversión que ofrece Rosas y que mejor lo ilustra, aunque no respalda que toda conducta que tome la dirección opuesta al interdicto moral sea necesariamente patológica:

Las conductas poseen, en principio, una dirección adecuada, conveniente, normal.

Por alguna circunstancia, hay un momento en que esa dirección sufre un trastorno,

una perversión. El desvío es en sentido contrario. Si la dirección hacia delante es la correcta, ésta [sic] tiene que ver con el bien; la dirección contraria tendrá que ser incorrecta y estar en relación con el mal. La perversión remite al campo de las aptitudes patológicas permanentes del ser en relación con la desviación de las tendencias normales del instinto. (15)

En el dogma católico de la inmaculada concepción del hijo de Dios, es decir, en la virginidad de su madre; es donde metió la cola el diablo; en este caso particular, la simbiosis entre el Patriarcado y el poder de la institución eclesiástica católica (que no se repite en el resto de las manifestaciones del cristianismo en general). Hacer de la virginidad algo consustancial a la mujer a pesar de la maternidad misma, es una de las ideas más perversas (incluso en el sentido patológico) que se le pudo ocurrir al ser humano en toda la historia de la humanidad, y contribuye directamente en la concepción de la sexualidad dicotómica de la mujer dividida entre la virtud y la putería. Así pues, lo patológico es esta idea, y no la mujer que renuncia a la maternidad, renuncie o no a su sexualidad.

Las referencias al catolicismo en el texto son por demás evidentes, así como la relación simbólica entre el valor moral de la religión y la identidad grupal de un pueblo, lo cual se materializa en la piedra del castigo por adulterio (a la mujer sexuada) como referente bíblico, así como en la marca cainesca en la frente de Laura. En este pasaje, la moral religiosa se manifiesta con los siguientes elementos del texto: 1) El llamado al orden a la mujer sexuada y no maternal; 2) La condena social que relaciona el sexo con la culpa, en este caso por ser Laura la supuesta ejecutora directa de la muerte de su madre, blandiendo como principal arma su putería; y 3) El castigo físico y simbólico.

Ermilo, en su calidad de patriarca, sale en defensa de su esposa sin tener realmente resultados favorables. No hay mucho que él y su orden patriarcal puedan hacer para redimir, resarcir o rescatar a Laura de la condena social o de la culpa. A pesar de las mejores intenciones de Ermilo, Laura está condenada en cuerpo y alma por una fuerza superior a él y a ella misma. Nos lo dice la marca perenne en su frente, que es al mismo tiempo la marca de Caín y la Letra Escarlata, el catolicismo y el puritanismo accionando juntos: La descastada por puta. Samuel, aunque maligno, no es más que el objeto material de su expiación. Laura es católica por educación (más adelante, también lo será por devoción); la percepción de culpable que tiene el pueblo sobre ella, ella misma la juzga correcta. Como demostraré más adelante, se sabe y se siente merecedora de esa culpa por la muerte de su madre, no a causa de su putería, eso para ella es circunstancial. La culpa de Laura es a causa de no haberle perdonado nunca su traición, y de haber actuado con alevosía en castigarla.

Pero sobre los chivos expiatorios que ayudan a observar los límites del orden, pregunta Leyre Khyal:

¿Qué nos enseñan las “putas”? Nos muestran el corazón de las relaciones sociales, aquello contra lo que se levantan. Por eso una mujer que se apropie de su sexualidad y la exhiba siempre será peligrosa a los ojos de los demás y tendrá que asumir el riesgo de que el entorno la castigue, pues aún quedan conquistas que no pasan por los discursos ni las políticas, sino por posiciones que solo las mujeres pueden tomar, sin nadie que las tutele. (111)

El conflicto ontológico de ser Mujer

El tema de la naturaleza como condición inmanente a la feminidad, así como su representación simbólica como Caos, es recurrente en el arte y en la religión. La mujer dicotómica: La Virtuosa vs la Bruja. La Virgen vs la Puta. La Diosa de la Fertilidad vs La Diosa de la Guerra. Son dos representaciones del caótico poder femenino que convergen en el epicentro de la vida: el vientre y por lo tanto, el sexo. El Caos (la naturaleza) es origen de vida y origen de muerte. Es lo Dionisiaco en las tragedias griegas, el embate de la naturaleza, el poder devastador de lo impredecible; y es así como se representa simbólicamente el poder sexual femenino. La Puta o la Bruja es el arquetipo de la mujer poderosa y sexualmente hechicera: la *femme fatale*, la vagina dentada, la amazona, la emasculadora, la que somete con sus misterios la voluntad del hombre. Es así como Hamlet, en su locura, percibe a la cándida Ofelia y también a su madre.

En la serie de televisión *Penny Dreadful*, el personaje de Vanessa Ives se debate entre el poder de su virtud y el poder de su sexualidad, este último representado como su lado demoniaco, el cual toma literal posesión de su cuerpo y libera todo su poder de bruja cuando se entrega al placer concupiscente de la carne.

En la película *Antichrist*, Lars Von Trier da vida a esta simbología a través de sus personajes, una mujer conflictuada entre el deber maternal y una sexualidad demoniaca, que al contacto con la Naturaleza se vuelve con ella una sola; y el hombre en quien irrumpe con toda su fuerza destructiva, y quien intenta desesperadamente devolver el Orden. El Hombre contra la Naturaleza es el principio de la Tragedia Griega: “(Greek) Tragedy’s inhospitality to woman springs from nature inhospitality to man” (Paglia 12).

La Virtuosa es la Diosa de la Fertilidad y el arquetipo de la madre nutricia. Pero fue el catolicismo el que tuvo la “brillantísima” idea de hacerla además asexual, y por lo tanto, inmaculada. La Virgen María, representación misma de la pureza virginal, que recibe la Gracia de Dios por su disposición al sacrificio. La maternidad entendida como un mandato divino para el perdón de los pecados. La maternidad como virtuosismo y sacrificio expiatorio que purifica. La madre bondadosa y llena de amor. La redondez y el confort. La vuelta a casa.

Toda esta simbología de la mujer dicotómica es mucho anterior al Judeo-Cristianismo y se pueden rastrear sus manifestaciones hasta los cimientos de la cultura occidental:

“The identification of woman with nature was universal in prehistory. In hunting or agrarian societies dependent upon nature, femaleness was honored as an immanent principle of fertility . . . The Old Testament asserts that father God made nature and that differentiation into objects and gender was after the fact of his maleness. Judeo-Christianity, like Greek worship of the Olympian gods, is a sky-cult. It is an advanced stage in the history of religion, which everywhere began as earth-cult, veneration of fruitful nature. The evolution from earth-cult to sky-cult shifts woman into the nether realm. Her mysterious procreative powers and the resemblance of her rounded breasts, belly, and hips to earth’s contours, put her at the center of early symbolism. She was the model of the Great Mother figures who crowded the birth of religions worldwide. But the mother cults did not mean social freedom for women. On the contrary, as can be seen in Hollywood history, **cult objects are prisoners of their own symbolic inflation**. Every totem lives in taboo” (14)

El conflicto de ser mujer está adherido ontológicamente a esta dicotomía simbólica. Impacta a hombres y mujeres, no solo en Hollywood, sino en todas las dimensiones existenciales y socioculturales de la psique humana. Va más allá de las consideraciones morales sobre lo que constituye o no la pureza, la perversión, la dignidad, la maldad o cualquiera otra de esta índole. En la jerarquía de valores sobre los que se construye el mundo occidental, es el primero. Antes que un Dios Padre, existió una Madre Tierra.

La relación con la madre es lo más cognitivamente relevante para el ser humano, es el primer contacto con el mundo. Un contacto empírico, afectivo y simbólico. La madre es, para todo individuo, la relación ontológica más íntima y primaria con su propia existencia, y la relación con la madre determina la relación con el mundo. Pero no pretendo escribir una tarjeta *Hallmark* aquí. No estoy sublimando ni romantizando esta relación ontológica. Así como “Every totem lives in taboo” (14), así esto significa también que la madre representa siempre el primer conflicto existencial del Hombre. En el devenir histórico del ser humano como especie, lo más sagrado, más sagrado incluso que Dios, es la Madre. En el caso de la mujer el conflicto es triple: tener una madre y ser una, o renunciar a serlo. Y por supuesto, la sexualidad es el conflicto inmediato directamente ligado a ello.

SEGUNDA PARTE:

De la elaboración de sentido a lo trascendental

“Everybody wants a box of chocolates, and a long-stem rose... everybody knows”

-Leonard Cohen

II

MARCO TEÓRICO

El dominio de la Forma. El Rito como agente significador

Me es imposible hablar de ritos sin hacer referencia a –y explicarlos desde- *El Principito*, por siempre, mi mejor ejemplo:

[El Rito] es también algo demasiado olvidado -dijo el zorro-. Es lo que hace que un día sea distinto de otros días, una hora, distinta de otras horas. Entre los cazadores, por ejemplo, hay un rito. Los jueves bailan con las muchachas del pueblo. Entonces el jueves para mí es un día maravilloso, porque puedo ir de paseo hasta la viña. Si los cazadores bailaran en cualquier momento, todos los días serían iguales y yo no tendría vacaciones. (Saint-Exupéry)

Para explicar El Rito de forma teórica me voy a servir de las mismas referencias con las que lo explica Khyal y que extraigo también de su libro. Khyal, en la búsqueda de los conceptos que expliquen el humor, la libertad de expresión, o libertad en general; nos refiere a diversos autores de los cuales me he servido a mi vez para formular una concepción y conceptualización del rito como agente resignificador, que en mi caso es pertinente para explicar el rito instituido por Laura, Ermilo y Samuel.

El primer concepto que se requiere entender es el de erotismo según Georges Bataille, quien -a decir de Khyal-, propició una reveladora teoría sobre el erotismo en su cualidad genésica como condición de la humanidad. Consiste en resumidas cuentas en lo siguiente:

El erotismo está asociado a la prohibición, restricción y censura; y también a la fiesta. La prohibición constituye una restricción a un objeto o conducta que queda excluido del circuito de valor ordinario. La fiesta supone un desbordamiento de ese valor que ha sido acumulado a partir de la restricción . . . Es decir, existe una relación entre la restricción y el periodo en que la norma se relaja y ocurre la fiesta . . . El erotismo está inscrito en el corazón de la cultura; así, el ser cultural, es el ser erótico. (Khyal 220)

Aunque mucho más grandilocuente, en realidad dice lo mismo que en el ejemplo del Zorro. La fiesta no es de los cazadores, dado que no es en ellos en quienes opera la restricción. La fiesta es del Zorro, que tiene vacaciones los jueves porque los cazadores salen a bailar con las muchachas del pueblo, es decir, levantan la restricción por un día – siempre el mismo- dando paso a la fiesta. Esto significa que no hay fiesta sin normativa. “Si los cazadores bailaran en cualquier momento, todos los días serían iguales y yo no tendría vacaciones.”

Son ambas, la normativa que acumula y la fiesta que libera, las dos caras de una misma moneda llamada erotismo. En este sentido se vuelve pertinente reconocer el valor social de la norma, la cual puede ser – ciertamente- opresiva, pero al mismo tiempo esa

opresión es la paridora del deseo de liberación y también del placer de la fiesta. No conviene “desechar al bebé con todo y tina”.

Del concepto de erotismo pasamos al concepto etimológico de rito: el lingüista Émilie Benveniste (Citado en Khyal) afirma que la etimología de rito, *ritus*, significa “orden establecido”. Y Dice Khyal: “Sabemos que el ser humano es un animal ritual, la repetición de un orden establecido colabora en la elaboración de sentido de una experiencia. El orden es necesario no solo para funcionar sino para dotar de sentido a la realidad” (220).

El rito, respondiendo a una necesidad humana de sentido, se establece como un orden en la observación de un sistema de reglas y de acciones que le dan estructura (rituales), y un valor simbólico que le da significado. En virtud de la repetición del conjunto de acciones que representan un valor simbólico, el rito aporta sentido a la experiencia. La repetición de este orden establecido (ritual y significado) es necesaria para concretar el rito, puesto que al renovarse a sí mismo en cada evento acumula su valor. No es lo mismo celebrar el primer aniversario de matrimonio, que las llamadas Bodas de Oro al cumplir 50 años. La repetición le da plusvalía y lo consolida.

En cuanto al orden establecido, hay diferentes tipos de ritos, y aunque todos ellos cumplan formalmente con lo que podemos llamar una estructura de valor y forma (parecido al arte); hay ritos cotidianos que son de carácter personal. El rito cotidiano puede ser individual o colectivo, pero sus significaciones les pertenecen de forma exclusiva a los participantes, lo cual lo habilita para operar al margen del orden mayor, que es aquel establecido por la cultura. Al ser una estructura formal y de valor que constituye una unidad de significado personal, el rito cotidiano es en sí mismo un orden establecido que se

encuentra anidado en el orden de la normatividad sociocultural. Es un metaorden. No deben confundirse porque ambas ordenanzas pueden coincidir o no en valores.

Todas las culturas tienen sus propios ritos, asimismo todas las personas tenemos ritos cotidianos. La canción “El 7 de Septiembre” de Mecano, ilustra un metaorden coincidente en valores con el orden establecido. Por su parte, el rito de Laura, Ermilo y Samuel, ilustra un metaorden trasgresor de dichos valores, como explicaré más adelante.

Bien, hasta aquí llevamos entendido el concepto de erotismo, como restricción y fiesta; y el concepto de rito, como la repetición establecida de un orden (o un metaorden) que dota de sentido a la experiencia. Pasamos pues al rito explicado en su estructura. Aquí, Khyal desarrolla:

La liminalidad es un concepto aportado por Victor Turner pero extraído de Arnold Van Gennep para el análisis del rito. Este antropólogo descubrió tres fases en el rito: la preliminar (de separación), la liminal (de transformación) y la posliminal (de agregación). **La liminalidad se refiere al estadio de separación, de marginación y de agregación que permite la actualización del estadio cultural.** En el rito del matrimonio, las mujeres se transforman de hijas a esposas pasando por un estado liminal en el que se pierde la virginidad. (220)

Estas fases, como podemos observar en el ejemplo, refieren al rito en su forma cultural. Lo que me interesa rescatar, además de las fases que le dan al rito un tipo de estructura, es lo que recoge y aporta la antropóloga Mary Douglas (Citada en Khyal), quien descubrió que los efectos del rito son la modificación de la experiencia: “Esa modificación puede ocurrir en el periodo de la fiesta –un espacio liminal- cuando las reglas habituales

son trasgredidas: la vida es nocturna en lugar de diurna, no se trabaja, etc.” (Khyal 220). Es decir, Douglas contempla el desfase entre el orden cultural y el individual e introduce la idea del rito como un agente que actualiza al individuo mismo y no tanto a su entorno, dando lugar también al poder transformador del caos que existe dentro del orden, y dando pie a que la transformación de la experiencia personal aporte nuevos significados.

En este entendimiento de la liminalidad del rito ocurriendo en la fiesta, hablamos de aquel rito que es susceptible a la erotización, porque ocurre en el desbordamiento del placer y no en la norma. Cumple con todas las fases de la siguiente manera: 1) La repetición de un metaorden (ritual) prohibido, constituye la fase preliminar -de separación- en la que el individuo suspende temporalmente la restricción del orden cultural para adentrarse en el relajamiento de la norma; 2) Da paso a la fiesta que constituye la fase liminal -de transformación- la cual incide directamente sobre la experiencia, resultando en: 3) La fase posliminal -de agregación-, que aporta valor a la experiencia, y agrega no solo sentido, sino resignificación de la realidad, es decir, opera en la dimensión simbólica, la del significado.

Este tipo de liminalidad permite la actualización del individuo más que de la cultura. Al transformar la experiencia, el rito erotizado, transforma también la percepción de la realidad y de esa forma nos renueva y nos actualiza. El rito cultural solo reviste de sentido la experiencia, la explica. El rito erotizado la transforma y con ello transforma también la realidad al aportar nuevos significados. A través de este rito erotizado, todos tenemos la facultad de establecer el metaorden (acciones y sus significados) que dará paso a nuestra propia fiesta, que dotará de sentido a nuestra existencia y que renovará nuestra realidad desde la experiencia. El rito erotizado es la unidad de significación que nos separa de la moral y nos descende al caos interno, es un transformador de experiencias y un

agregador de placer, pero también de identidad. Y como toda descendencia al caos, puede salirse de control y destruirlo todo.

El dominio del Fondo. Orden y Caos.

El trabajo teórico de Jordan Peterson, cómo maestro universitario, psicólogo clínico y autor de dos libros; está estrechamente ligado a una conceptualización muy particular del Orden y el Caos. La encuentro particular dado que abarca tanto lo material como lo simbólico; más aún, tiende un puente entre ellos, llevándolos a lo cotidiano cómo recurso ilustrativo. Por el mismo motivo me es útil referir el resumen de estos conceptos, y la manera en la que los relaciona con otros elementos (como cultura y naturaleza), en palabras del mismo autor:

En *Maps of Meaning* sugería que los grandes mitos e historias religiosas del pasado, en particular los que se basan en una tradición oral anterior, poseían una intención moral más que descriptiva. Así pues, no trataban de lo que era el mundo, como podría haberse escrito desde la ciencia, sino de cómo debería actuar el ser humano. Planteé, así, que nuestros antepasados representaban el mundo como un escenario – una obra de teatro- y no como un lugar con objetos. Describí cómo había llegado a la conclusión de que los elementos que constituían el mundo como una obra de teatro eran el Orden y el Caos.

El Orden, es allí donde las personas de tu alrededor actúan de acuerdo con las normas sociales asumidas, de tal forma que todo resulta predecible y cooperativo. Es el mundo de la estructura social, el territorio explorado y la familiaridad . . . la sociedad es, simultáneamente, estructura y opresión.

El Caos, por el contrario, es allí donde –o cuando- ocurre algo inesperado. El Caos se manifiesta de forma banal cuando cuentas un chiste en una fiesta con gente que crees conocer y se produce el más embarazoso silencio. A un nivel más catastrófico, el Caos aparece cuando de repente te encuentras sin trabajo o cuando sufres un desengaño amoroso . . . Es todo aquello que resulta nuevo e impredecible y que irrumpe en la familiaridad de los lugares comunes. Es la creación y la destrucción, el origen de lo nuevo y el destino de lo que muere (ya que la naturaleza, por contraposición a la cultura, es al mismo tiempo nacimiento y muerte).

El Orden y el Caos son el yin y yang del famoso símbolo taoísta, dos serpientes, de la cabeza a la cola. El Orden es la serpiente blanca; el Caos su equivalente negra. El punto negro en la parte blanca y el punto blanco en la parte negra indican la posibilidad de transformación: solo cuando todo parece seguro puede irrumpir lo desconocido de forma brutal e inesperada. Del mismo modo, es precisamente cuando todo parece perdido que un nuevo orden puede surgir de la catástrofe y el caos.

En el taoísmo, se encuentra sentido en la línea que separa estos eternos opuestos. Recorrerla es mantenerse en la senda de la vida, el camino divino. (*12 Rules for Life*. 13)

Solo me queda agregar que esa línea, es una liminalidad, y que el Orden y el Caos es la simbología que opera en el rito de Laura, Ermilo y Samuel, como explico a continuación.

“Más que amor lo que siento por ti es el mal del animal”

-Luis Eduardo Aute

ANÁLISIS II – La Romantización del Instinto

El Rito en el Presente Histórico

Dentro de los tiempos narrativos existe el tiempo de la historia que es el orden cronológico de los eventos (y que puede ser dispuesto por el lector que los ordena de forma lineal); y el tiempo del relato, que es el orden dispuesto por el narrador. Este último puede coincidir o no con la cronología lineal de los eventos, es decir, con el tiempo de la historia.

En el caso de Laura, narrador personaje de “Sombra entre sombras”, el tiempo de la historia es cronológicamente lineal y el tiempo del relato es en retrospectiva. Es decir, hay un momento presente de enunciación y el relato transcurre cronológicamente desde un punto en el pasado, hasta dicho momento del presente. Adicional a esto, se puede usar tiempos verbales y modos verbales diversos como recurso estilístico que, asimismo, pueden coincidir o no con la cronología de la historia y/o del relato. Pero vamos al ejemplo.

Dentro de los tiempos narrativos empleados en “Sombra entre Sombras”, hay dos momentos en el relato donde Laura -narrador personaje- usa el tiempo verbal presente: El momento de la enunciación, desde donde narra en retrospectiva; y el presente histórico, que es un evento que ocurre en el pasado, pero se narra en tiempo presente. Desde el momento de la enunciación, coincide el tiempo verbal con el tiempo del relato. Tiempo verbal presente para los acontecimientos presentes y tiempo verbal pasado para los acontecimientos pasados. Hasta que llega un momento en el relato donde existe un

desfasamiento que refiere eventos del pasado, en tiempo verbal presente. A esto se le conoce como presente histórico y tiene impacto a nivel de fondo (en significado) y no solo a nivel formal.

Mi propuesta de lectura a ese cambio de tiempos verbales es que el presente histórico insertado en el tiempo del relato se constituye como un evento pasado, presente y futuro, lo cual lo hace atemporal y permanente. Un momento congelado en la eternidad. Una unidad de significado –para Laura- que fue, es y será. En una palabra: Un Rito. Vamos por partes:

(1) Hacia el final de la fiesta comencé a beber champaña. Mucho champaña, hasta que Simón me llevó a mi cuarto y me cubrió con una cobija.

(2) La luna está sucia de nubes negras. Enciendo la vela y las sombras de las cosas se me echan encima causándome más miedo. Todo me acusa por lo que sufro; comprendo que mi miedo no es más que un remordimiento disfrazado, que mis cosas queridas me rechazan con repugnancia por sentir el amor que siento. Mi amor, sin embargo, no se bambolea como me bamboleo yo.

...

(3) Leche y miel bajo su lengua fina. Delicia en mis dedos al tocar su piel. Simpson me recorre con sus manos, con su boca abierta. Todo es lento y frenético al mismo tiempo. Parecía que los dos habíamos esperado desde siempre este encuentro. [...] luego de un rito largo, muy largo, quedamos extenuados uno sobre otro, acariciándonos apenas, con dulzura infinita. Hasta entonces me doy cuenta de que

Ermilo nos ha estado mirando y fustigando con su gran cinturón y palabras soeces.
No me importa.

...

(4) La lucha dentro de mí continúa. No es fácil olvidar los principios de toda una vida por más justificaciones y amor que haya por el lado contrario. ¿Qué pensarían mi madre y mis amigas si supieran lo que había sucedido? Lo que hubiera pensado yo apenas unos meses antes: nada, no lo hubiera comprendido, me hubiera escandalizado al máximo y hubiera llamado, por lo menos, degenerada a la que tal había hecho. **Y ahora esa degenerada era yo.** Pero Samuel, Samuel...de seguro que ni madre ni mis amigas habían ni siquiera soñado un amor así.

(5) Eloísa entró con un paquete que habían mandado del almacén para mí.”
(Arredondo 332)

La Fiesta liminal de Laura, Ermilo y Samuel.

Me he servido de las marcas numéricas para señalar cada una de las fases del rito como lo he explicado anteriormente y que veo reflejado en este presente histórico. Asimismo, voy a ofrecer una lectura del impacto que observa en el nivel del significado, no solo de los acontecimientos narrados, sino del texto en su unidad.

(1) “Hacia el final de la fiesta” (330) es una paradoja involuntaria que no puedo dejar de señalar, porque este pasaje lo retomo para ejemplificar cómo llegado este momento del relato está operando tanto el orden normativo de la cultura (a nivel de fondo), como el

tiempo verbal en pasado (a nivel de forma). Luego entonces, no es aquel tipo de *fiesta* donde se relaja la restricción, sino todo lo contrario. Esta fiesta está ocurriendo dentro de los márgenes de la normatividad sociocultural, es decir, dentro de Orden. Es una fiesta de celebración ofrecida en casa de marido y mujer, para celebrar el éxito de la asociación de negocios entre Ermilo y Samuel Simpson. Por su parte, Laura se encuentra en el filo del abismo. En un último momento de contención, justo antes de ceder ante su impulso: “comencé a beber champaña. Mucho champaña.” (330) La reiteración y la preliminar rienda suelta al exceso, nos dan cuenta de ello.

(2) A nivel formal, es aquí donde empieza el presente histórico, el primer momento en el relato donde se da el cambio de tiempo verbal de pasado a presente: “La luna está sucia de nubes negras” (330).

A nivel de significado, es el momento del descenso y del paso al primer estadio del rito: La fase preliminar –de separación–, el abandono de la restricción en la búsqueda de la relajación de la norma para dar paso a La Fiesta. La simbología que opera en el texto es la del Orden vs Caos (La Cultura contra la Naturaleza), lo cual no es gratuito dado que la liminalidad ocurre en la línea que los separa, y el impulso sexual es obra y gracia del instinto. Relajar la norma es separarse del Orden, y dar paso a la fiesta es adentrarse al Caos, a lo desconocido, a lo misterioso. La luna, la noche, la sombra, el misterio, la voluptuosidad, la concupiscencia; son todos agentes y representantes del Caos.

En este momento se manifiestan en Laura tanto el deseo (el impulso, el ímpetu) como el remordimiento, no por algo hecho, sino por algo a punto de hacerse, de abandonarse. Es un remordimiento por la inminencia y la inevitabilidad, pero que no

existiría si no fuera por el desprendimiento de la propia moral, de la propia restricción y de la propia realidad. Un desprendimiento del Orden. La metamorfosis también es una marca de Caos. En este momento, Laura se desdobra entre la mujer que es y la mujer en la que se va a convertir.

“Mi amor, sin embargo, no se bambolea como me bamboleo yo” (332). El amor es una tragedia porque invariablemente lo sacude y lo transforma todo, así como el rito, es también una liminalidad. En inglés, por ejemplo, enamorarse es “Caer en el Amor” (*Fall in Love*). Nuevamente, la caída es una marca del Caos. Caer en el amor, significa un descenso y un sumergimiento. Un sumergimiento que arropa, transforma y da origen. Pero no es amor lo que Laura siente por Samuel, es deseo, lujuria. Esta vez no podemos acusarla –no completamente- de inocente. Nunca nadie le ha dicho como se llama eso que siente.

Desde el Romanticismo y hasta la fecha, tanto en la vida como en el arte, el amor es el único marco conceptual para entender el deseo sexual femenino. Es, pues, la única forma en la que la inocente de Laura, cual Madame Bovary, puede poner en palabras esa pulsión que la arrastra, a través del remordimiento, hacia la habitación de Samuel, hacia la profundidad de la noche.

La lujuria es una pulsión natural (caótica) más fuerte que la voluntad, que fácilmente puede salirse de control. No es la línea que camina entre las dos serpientes del famoso símbolo taoísta, es el dominio absoluto de la naturaleza que opera desde lo primigenio. Es una poderosa fuerza disruptiva que somete al individuo. Eso significa “no se bambolea como me bamboleo yo” (332). Una fuerza pulsional superior a la voluntad que emerge desde adentro. Llamarle amor a esta poderosa fuerza es romantizar el instinto,

dándole a este dimensiones de significado que expliquen su potencia, que justifiquen los actos y que liberen –por lo menos un poco- de remordimientos.

Para los hombres se entiende en sentido opuesto. La sexualidad masculina se percibe siempre como pulsional, irrefrenable y violenta. Recordando acá la explicación de Virginie Despentes: “La mística masculina debe construirse como si fuera peligrosa, criminal e incontrolable por naturaleza . . . Creencia política construida y no evidencia natural –pulsional- como nos quieren hacer creer.” (33). Creencia cultural que ha permeado de tal forma en el imaginario que la lectura de Tornero sobre la sexualidad de Ermilo y de Laura nos da ejemplo: La sexualidad masculina confinada a la monstruosidad y la femenina al amor, a pesar de que ambos están disfrutando de lo mismo y por lo mismo. Sobre esta poderosa fuerza disruptiva y caótica, dice Camille Paglia:

Sex is daemonic. This term . . . derives from the Greek *daimon*, meaning a spirit of lower divinity than the Olympian gods . . . The word came to mean a man’s guardian shadow. Christianity turned the daemonic into the demonic. The Greek daemons were not evil –or rather they were both good and evil, like nature itself, in which they dwelled. Freud’s unconscious is a daemonic realm. In the day we are social creatures, but at night we descend to the dream world where nature reigns, where there is no law but sex, cruelty and metamorphosis. Day itself is invaded by daemonic night. Moment by moment, night flickers in the imagination, in eroticism, subverting our strivings for virtue and order. (7)

(3) La fase liminal -de transformación- impactando directamente la experiencia: La Fiesta de Laura. El momento de la entrega donde la restricción, la contención, la duda, el remordimiento, las sombras... Todo se suspende temporalmente en virtud del abandono al desbordamiento del placer. Es aquí donde la experiencia, en este caso el contacto con la piel del ser deseado, tiene poder transformador y resignificador de la realidad (que es la siguiente fase).

En este momento hay un guiño de la autora para el lector, un pasaje autorreferencial hecho de paralelismos –y de otro guiño bíblico-, que ilustra sobradamente el contraste para Laura entre el contacto físico con Ermilo y el contacto físico con Samuel: “Leche y miel bajo su lengua fina. Delicia en mis dedos al tocar su piel. Simpson me recorre con sus manos, con su boca abierta. Todo es lento y frenético al mismo tiempo.” (Arredondo 330).

En contraste con:

Me apretó contra él. Yo jadeaba. Me fue calmando con sus manos sobre mi cuerpo semidesnudo. Lugo comenzó a acariciarme y de pronto me sujetó por la trenza y me besó: metió su enorme lengua en mi boca y su saliva espesa me inundó. Sentí un asco mayor que el miedo a la muerte y desasiéndome como pude escupí su saliva espesa.

-Prefiero morir ahora mismo a que me vuelvas a besar con boca abierta. (323)

Las caricias, la lengua, la saliva, la boca abierta, el contacto con la piel. El uso del elemento formal de adjetivación para describir un encuentro y otro. Todo ello refiere a la única clase de experiencia que Ermilo nunca pudo proporcionar. Es Ermilo quien causa aversión en este trío perverso, lo cual no es gratuito. Sin embargo, Ermilo es el

representante, tácito y explícito, del Orden. Es quien organizó el primer encuentro, atendiendo a su deseo, pero también al de su esposa; y continuó propiciando los que siguieron. Es quien fustiga con su cinturón marcando el tempo. Es quien, mientras vivió, mantuvo la fortuna y la cordura de todos. Es quien cumplía los caprichos de Laura, entre ellos poseer y ser poseída por Samuel; y es quien verdaderamente la amó. De alguna manera -más mansa y tierna- ella también lo amó a él. Bajo su tutela y su protección, Laura se abandona al placer de pertenecer a Samuel: “Hasta entonces me doy cuenta de que Ermilo nos ha estado mirando y fustigando con su gran cinturón y palabras soeces. No me importa” (331).

El fustigamiento de Ermilo con su gran cinturón, recuerda al aspecto simbólico de las botas del padre en la obra de teatro “Señorita Julia”, donde el padre está presente por metonimia y es regulador del Orden entre Julia y Juan durante los eventos transcurridos en la noche de celebración de la fiesta de San Juan, que es La Fiesta de relajación de la norma por excelencia. La noche en la que se abren las puertas del infierno y en la que todo puede suceder. *The most daemonic night*. En el caso de “Sombra entre Sombras”, aplica el mismo simbolismo del orden pero también de forma explícita. Ermilo, quien no tiene la restricción del incesto, es parte de La Fiesta para su propio placer. Es el Orden dentro del Caos, el agente regulador. Todo se desmorona tras la muerte de Ermilo, que era el pilar fundamental, en el que descansaba está dinámica.

(4) Fase posliminal (de agregación). El momento de resignificación a partir de la experiencia. A la mañana siguiente del encuentro ya no hay sombras acusadoras, ya no hay miedo, ya no hay nubes ni luna; y ahora la experiencia tiene mayor peso que el remordimiento. Pero, el tiempo verbal presente no ha terminado: “La lucha dentro de mí

continúa” (332). La fase de agregación –y actualización- es la última fase del rito, y de manera formal se incluye en el relato del día siguiente continuando con el presente histórico. ¿Qué es aquello que fue agregado? El punto álgido del hedonismo, la romantización del instinto, eso que Laura en su inocencia (inconsciencia) necesita justificar y por eso le llama Amor.

Antes de la experiencia con Samuel, la realidad de Laura era su vida con Ermilo y “los principios de toda una vida” (332). Después de la experiencia sublimadora se pregunta: “¿Qué pensarían mi madre y mis amigas si supieran lo que había sucedido?” (332). Es un momento de reflexión y de confrontación, en el que está reordenando los nuevos valores y significados que se han agregado a su interpretación de la realidad por medio de la experiencia sensorial y ritual. Se compara a sí misma con -y se imagina expuesta a- aquellas con las que antes compartía una realidad en virtud de ciertos principios y quienes son, por lo tanto, el referente más inmediato de lo que ella solía ser y ya no es.

Se contesta: “Lo que hubiera pensado yo apenas unos meses antes: **nada**, no lo hubiera comprendido, me hubiera escandalizado al máximo y hubiera llamado, por lo menos, degenerada a la que tal había hecho” (332). En efecto. No lo hubiera comprendido, dado que el único medio para comprenderlo es experimentarlo. Ese “nada” es muy significativo en ese sentido. Por supuesto que hubiera pensado muchas cosas, ella misma dice cuales, las mismas cosas que hoy pensarían de ella sus amigas o su madre: nada. Total y completa ausencia de entendimiento y por lo tanto de significado.

Así pues, al compararse con su antiguo ser, y confrontar su nueva realidad con el orden social operante y los interdictos morales, Laura adquiere consciencia de las

dimensiones de marginación que su nueva realidad representa. Ahora tiene un secreto que debe permanecer en absoluta opacidad, porque así como se agregó significado a su realidad, también entiende las implicaciones que la alcanzan desde su realidad anterior: “**Y ahora esa degenerada era yo**” (332). Se desgarran un poco el velo de su inocencia, descubre las dimensiones y los alcances de un goce que hasta ahora le era desconocido, y se entrega a ello sublimando el deseo y el placer, es decir, el instinto.

(5) Se retoma el tiempo verbal en pasado, dando fin al presente histórico para dar paso al clímax y a la resolución.

La metamorfosis en este caso la adjudico completamente a la experiencia ritual. No es una transformación profunda en su *ser*, es la transformación de su realidad y del significado de esta. Laura, en sí misma, sigue siendo una persona hedonista que agregó un placer más. El mayor de todos ellos y el más peligroso también, porque en esta ocasión la experiencia placentera es tan intensa, que es elevada al estatus de amor; lo cual es – además-, una justificación a la altura de la experiencia sensorial capaz de confrontar y combatir el remordimiento. Si “amando” se autopercibe como degenerada, sin amor sería una puta.

El remordimiento y el pudor de Laura no son marcas de inocencia –no esto-, ni de ausencia de placer, ni de falta de consentimiento. Sobre todo no de este último. Como expliqué anteriormente, Laura llegó a esa habitación por su propio pie, y una vez ahí se entregó voluntaria y voluptuosamente al goce –Arredondo hizo suficiente énfasis sobre una y otra cosa-; así como consentirlo todas las veces consecuentes fue enteramente su facultad. El remordimiento y el consentimiento, el pudor y el deseo; no son excluyentes entre sí, todo lo contrario. El pudor por la desnudez, por ejemplo, es anterior a la moral. Es muy

primigenio porque se asocia instintivamente con vulnerabilidad y aparece desde edades tempranas. Asimismo, el remordimiento que genera el sexo siempre será, sin lugar a dudas, directamente proporcional a lo vergonzoso que uno mismo juzgue el acto; y lo vergonzoso será directamente proporcional al placer. Camille Paglia lo explica así:

Sex is a far darker power than feminism has admitted. Behaviorist sex therapies believe guiltless, no-fault sex is possible. But sex has always been girt round with taboo, irrespective of culture. Sex is the point of contact between men and nature, where morality and good intentions fall to primitive urges. I called it an intersection. This intersection is the uncanny crossroads of Hecate, where all things return in the night. Eroticism is a realm stalked by ghosts. It is the place beyond the pale. Both cursed and enchanted. (6)

Hago tanto énfasis en estas categorías porque no comparto la lectura que sostiene que en este rito, Laura está siendo despojada de su dignidad o de su voluntad, mientras se deja “humillar” y “arrastrar a la ignominia” a causa del amor por un hombre. No ama a Samuel, lo sublima. No es obligada a nada, lo goza. Y el sexo consentido y disfrutado no es humillante, no importa que tan “moralmente relajado” le parezca a quien lo observe. Laura es hedonista, la misma pulsión inconsciente, insensata, que la hacía comer dulces con voracidad cuando era adolescente, y que la lleva a vivir en función de su vanidad, es lo que la arrojó al disfrute sexual en los brazos de Samuel. El pudor y el remordimiento son solo lógicos, mientras que el velo de su inocencia permanece resguardado por Ermilo, lo cual le permite sublimar a Samuel.

Laura y Samuel

La mayor ambigüedad de entre todas en este relato, radica en la configuración formal de Samuel como personaje. Todo lo que sabemos de cada uno de ellos lo sabemos a través de la voz narrativa de Laura. El nombre para ello es narradora-personaje. Pero a diferencia de cómo va revelando y configurando a todos los demás personajes, de Samuel lo oculta todo. A su madre y a Ermilo los describe hasta cierto punto con distanciamiento suficiente, con sus vicios y sus virtudes. Pero en la construcción del personaje de Samuel, la narradora/personaje se fusiona en una sola, la voz narrativa se focaliza en la mirada de su propio personaje, en Laura misma. Así, solo sabemos de él lo que ella quiere mostrarnos.

Por esta ambigüedad y por el maniqueísmo empleado a la inversa, me tomó incontables lecturas percibir a Samuel como un ser más patológicamente perverso que Ermilo. Y lo es, muchísimo más. Sin embargo, la narradora personaje focalizada en sí misma, redime a Samuel totalmente y solo se le conoce a través de unos ojos sumidos primero en la embriaguez concupiscente, y después en el rito sagrado del sacrificio redentor (que explicaré más adelante); donde el punto de quiebre entre la primera mirada y la segunda es la muerte de Ermilo.

Ermilo murió a los ochenta y cinco años. Yo tenía cincuenta y tres y Samuel apenas cuarenta. A pesar de mi aspecto juvenil, cuando me encontré a solas con Simpson, sin el apoyo de Ermilo, apenas ahora me daba cuenta de eso, de que había sido mi apoyo, me entró un terror que me hacía castañear los dientes. ¿Por qué no confiaba yo en Samuel? En todos aquellos años había sido tan amoroso conmigo que debía

estar segura de que su pasión era tan intensa como la mía. Pero ahora tenía miedo de mi dulce Samuel. ¿Por qué? (Arredondo 334)

Porque fue una premonición, porque es el momento inmediato anterior al punto absoluto de no retorno para Laura. Lo llama Simpson, lo cual es también autorreferencial: “Ya se llama Samuel, ya no es el señor Simpson.” (331) Vuelve a serlo después de la muerte de Ermilo, en el preámbulo al último desgarramiento en el velo de su inocencia.

Anteriormente cité a Alfredo Rosas Martínez en su análisis sobre las dimensiones de la perversión para ilustrar los motivos por los que una mujer sexuada no maternal es percibida como perversa en el entorno social. Retomo a Rosas ahora para establecer una distinción entre dos tipos de perversión que aunque operan de igual manera (revirtiendo el orden de las cosas), son de muy distinta naturaleza. Este es el tipo de perversión de Laura:

Los ambientes en los que surge la perversión implican un punto de referencia ortodoxo, el cual da lugar a las prohibiciones o interdictos. En el religioso: la Ley de Dios; en el moral: la conciencia, las costumbres; en el jurídico: el derecho; en el sexual: también la conciencia moral. La actividad del perverso consiste en violar el interdicto, pero no en combatirlo; por el contrario, necesita de él para validar su acción perversa. Desde este mismo enfoque, la perversión se relaciona con la abyección, a propósito de las conductas que humillan o que se dejan humillar. (15)

Este es el tipo de perversión de Samuel (la primera y de ningún modo la segunda):

La perversión presenta dos dimensiones: una negativa y otra positiva. En la primera prevalece una actitud **reprobable en relación con la libertad**: la aniquilación, la deshumanización, el odio, la destrucción, el dominio, la crueldad, el goce ilimitado;

también entran aquí las dictaduras como la expresión soberana de una fría destrucción de todo vínculo genealógico. En la segunda hay un aspecto sublime: abarca a los rebeldes de carácter prometeico que se niegan a someterse a la ley de los hombres, incluso a costa de su propia exclusión. (16)

Hay una perversidad que subvierte los interdictos morales, como la de Laura; y otra que subvierte el sentido de la existencia, atentando sin remordimiento contra la vida y la libertad del otro, con direccionalidad e intención; como la de Samuel. En Samuel opera una fuerza pulsional muy lejana al amor; hay perversidad patológica en erotizar la muerte y la decrepitud, y en continuar activamente destruyendo un cuerpo y un espíritu ya destruidos. Es una perversidad que rebasa los límites de la marginalidad social y de la transgresión moral, llevándolos hasta el mismo infierno. Esto es Samuel:

Hay algunas acciones que son tan intrínsecamente espantosas que se oponen a la misma naturaleza del Ser humano [en la versión en inglés dice *Being*. Es importante porque no es lo mismo el ser humano como especie que el sentido ontológico del Ser]. Esto es algo que resulta válido de forma esencial para todas las culturas, para cualquier tiempo y espacio. Se trata de acciones perversas y nada puede justificar realizarlas. Deshumanizar a otro ser humano, reducirlo al estatus de parásito, torturar y masacrar sin pensar ni siquiera en la inocencia de cada individuo o en la culpa, elevar el dolor a categoría de arte, todo eso está mal. (Peterson *12 Reglas para vivir*. 254)

Después de un breve paraíso tras la muerte de Ermilo: “Empecé a inquietarme cuando repetía todas las noches que hacía falta Ermilo, que todo había sido mejor con él, que

extrañaba la presencia de Ermilo. Me sentía herida pero no podía decirlo” (Arredondo 335).
Hasta que finalmente, Samuel muestra su verdadera cara:

“-Laura, éste [sic] es... bueno, para abreviar, lo llamaremos Ermilo, ¿te parece bien?
Comprendí inmediatamente y acepté” (336).

Después de este enunciado, la autora separa con punto y aparte. Lo encuentro muy significativo. Me indica que hay un antes y un después en más de un sentido. Es el momento en el que Samuel manifiesta su verdadero ser y Laura lo ve por primera vez tal y como es, no amoroso sino malvado. Se desgarrá por completo el velo de su inocencia, una vez más, un poco demasiado tarde. Como siempre para Laura, la revelación le llega después del punto de no retorno, cuando ya es imposible dar marcha atrás.

La primera vez que se desgarró el velo de su inocencia fue a causa del engaño de su madre, esta vez deberá acudir al autoengaño, porque de inocencia ya no le queda nada. Más de una cosa comprende Laura en este momento. Comprende que las decisiones y las acciones tienen consecuencias que nunca previó. Comprende quiénes fueron los que en verdad la amaron. Comprende que ahora está sola, sin su madre, sin Ermilo y atada a este hombre al que ni siquiera conoce y quien no siente ningún aprecio por ella. Comprende los pasos dados que la llevaron a este punto. Esta insoslayable confrontación con sus propios demonios da paso a la última transformación: La fe. Laura comprende y asiente. Se inicia voluntariamente en el calvario doloroso, proceso de purificación, que deberá devolverla a la Gracia de Dios. Dice Inés: “Muchas veces encontramos la pureza en el corazón del perverso, de la perversión misma . . . No digo que el mal no exista en mi literatura, pero

existe como el mecanismo más eficaz para devolverle la pureza a alguno de mis seres.”
(Quemain)

La Inocencia, la Pureza, el Instinto, la Culpa, el Pecado, la Maldad y la Divinidad

Creo que no me equivoco en afirmar, que el tema de la pureza es lo que ha hecho correr más tinta que ningún otro cuando se escribe sobre este cuento. Una cosa es muy cierta: Laura, ni lo puso fácil, ni lo tiene resuelto. Claramente, esta es una duda ontológica que a ella misma la ocupa:

Antes de conocer a Samuel era una mujer inocente, pero ¿pura? No lo sé. He pensado muchas veces en ello. Quizá de haberlo sido nunca hubiera brotado en mí esta pasión insensata por Samuel, que solo ha de morir cuando yo muera. También podría ser que por esa pasión, precisamente, me haya purificado. Si él vino y despertó al demonio que todos llevamos dentro, no es culpa suya. (Arredondo 315)

Una segunda cosa también es cierta, no importa desde qué perspectiva se analice y se aborde el concepto; la pureza, en su acepción ontológica, solo puede ser un estado absoluto. Por su propia naturaleza metafísica, el estado de Pureza es un concepto que no admite gradación. Se es o no se es. Se tiene o no se tiene. Independientemente de qué sea, o desde qué marco teórico se conciba.

La propuesta de lectura de Angélica Tornero sobre la pureza en “Sombra entre sombras” se inclina a sugerir que la dicotomía puro/impuro son conceptos intercambiables; que la intención de la autora es subvertir la semántica de la metahistoria del cristianismo

que es familiar al lector: “Las tensiones entre lo puro y lo impuro y el bien y el mal, que se constituyen en relación con la distinción culpa/pecado” (Torneró 229), son los polos de estas dicotomías que “se invierten, en un primer momento, para después, perder el sentido encastado en la tradición” (229). En esta lectura, el desarrollo de la trama revierte estos valores para al final hacer de lo profano algo divino. Concluye Torneró:

El procedimiento, en general, en este relato, consiste en mostrar la reflexión inicial para adentrarse en el mundo de los acontecimientos que, en primer término, exponen la dicotomía puro/impuro, como polos opuestos, para paulatinamente ir acercándolos y, finalmente, invertirlos.

En ambos cuentos, la mancha, radicada en el abuso sexual, es símbolo del mal; en ambos conduce al infierno. En ‘La Sunamita’ el infierno simboliza el no ser; en ‘Sombra entre sombras’, guarda una promesa: la gloria. (247)

A mí, por el contrario, me parece que Arredondo recupera estos misterios incrustados en un metarrelato religioso, no para invertirlos, sino para actualizarlos. Voy a dar primero mi interpretación respecto al cuento, y retomaré a Torneró en las conclusiones para analizar los motivos por los que, a pesar de que aparentemente partimos de la misma premisa, llegamos a conclusiones opuestas; pero, básicamente: si Laura está siendo transformada por un mal que la impacta desde el exterior, ¿qué diferencia hay, en estos términos, entre ser impactada por su marido o ser impactada por el diablo?

Torneró asocia las referencias simbólicas a una metahistoria en torno al cristianismo en general, pero no hace la distinción con el catolicismo en particular. Al haber sido criada yo misma en el catolicismo, sé de cierto que en relación a todas las enseñanzas del

cristianismo, el catolicismo se cuece totalmente aparte. Es intrincado en su teoría. Sin embargo, no le hubiera dado importancia a la falta de distinción, si no fuera porque sabemos de cierto que Inés Arredondo recibió una educación privada en escuela católica, siendo sobresaliente en el estudio de la doctrina. Al margen de que profesara fe alguna, Inés era una experta en la teoría.

Me di entonces a la tarea de investigar qué tanto de estos conceptos se encuentran entre los misterios del catolicismo, y cuál fue mi sorpresa al descubrir que son todos parte de un mismo marco conceptual y que encuentran una estrecha relación causal entre sí. Todo encaja perfecto. Muy escuetamente un panorama general puede vislumbrarse así:

No es la pureza sino la culpa lo más interesante de todo el asunto. A diferencia de lo que a uno le da por pensar, la culpa no es ni la responsabilidad por los actos, ni el remordimiento. La culpa es la huella literal que deja el pecado en el alma inmortal y que permanece en ella aun cuando el pecado ha sido absuelto y perdonado. La penitencia y el sacrificio no son para expiar los pecados, porque los pecados se perdonan y se absuelven. Son para expiar las culpas y devolver al alma su estado impoluto, puro. No existe, antes de morir, plena consciencia del estado del alma. Solo después de la muerte se levanta el *velo del saber*, y el alma se revela, cual retrato de Dorian Gray, tal y como es. La fe permite tener una idea previa, antes de morir, de cuáles son las culpas que habitan el alma. Pero la fe, por definición no es certeza, es inocencia y confianza. El alma impura, culposa, no puede estar en presencia de Dios, aun cuando ya no sea un alma pecadora. Así pues, la purificación es el proceso mediante el cual se expían las culpas con penitencia y sacrificio. Los polos de la dicotomía no son culpa/pecado, sino culpa/pureza.

Los siete pecados capitales representan los instintos y los defectos de carácter. Cada pecado capital se “combate” con una virtud que le es opuesta. Laura fue dominada por la avaricia, está expiando esa culpa viviendo en la miseria: “Mi casa... lo que queda de ella . . . es el marco exacto que me corresponde” (Arredondo 336).

Fue dominada por la soberbia y la ira en su vanidad y en el rencor hacia su madre; está expiando esa culpa con su fealdad y “amabilidad” hacia los Ermilos: “A medida que fui envejeciendo, perdiendo los dientes, arrugándome, poniéndome fea, fui atrayendo personajes más importantes, los que me habían deseado cuando era joven, y los jóvenes para gozar algo de una diosa de la belleza” (336).

La lujuria es la culpa que ya no puede expiar, se combate con castidad y la castidad para una mujer casada es la maternidad, que es para el catolicismo el único propósito de la sexualidad. La concupiscencia es el mayor de los pecados de Laura y es la única culpa que no puede expiar en vida, por eso solo ha de morir cuando ella muera. Y tiene la culpa por la muerte de su madre que lleva no solo en el alma, también en la frente.

“Desde la ventana rota de uno de los cuartos de servicio, que hace tanto que nadie habita, miro pasar a un pueblo que no conozco.” (315). Algo me dice que se refiere al cuarto de Eloísa, en quien Laura encontró, no solo una amiga, también el afecto maternal que le renunció a su propia madre. En su ausencia, encuentra un pequeño refugio en su habitación.

Si se pregunta por el estado de su pureza antes de conocer a Samuel es porque se encuentra en pleno examen de consciencia. El acto de contrición del ritual del sacramento de penitencia necesario antes de la muerte. El reconocimiento de la falta y la renuncia a los

pecados. La Confesión es el relato al que asistimos y a falta de sacerdote, la Absolución deberá provenir del lector. Samuel es el pecado al que no puede renunciar, porque es precisamente su penitencia, por ese mismo motivo tampoco puede culparlo: “Si él vino y despertó al demonio que todos llevamos dentro, no es culpa suya.” (315). Samuel es la penitencia y el sacrificio con el que Laura está expiando sus propias culpas, las que aún puede. Literalmente en el pecado está llevando la penitencia.

Tornero señala que al momento de conocer a Samuel “la narradora-personaje se confronta con la culpa y el pecado” (240). Difiero. Me parece que en aquel momento del relato, la confrontación de Laura está marcada por su inocencia, y se da entre lo que quiere tener y no puede, por preocupaciones morales, mundanas y no divinas. “Pero ¿qué era aquello? Aquellas ganas de reírme y de ser feliz, ¿eran pecado? **Mas sabía en el fondo de mí que me mentía, que era Simpson**, Simpson el que me sacaba de mi manera de ser” (Arredondo 327). Son las ganas de reír las que asocia al pecado, mas, en el fondo sabe que se miente. Mientras que, por otro lado, en los primeros dos párrafos del texto y en los tres últimos, correspondientes al momento de la enunciación, se encuentra en un estado de plena consciencia con relación a su pasado. Así como el presente histórico marca el rito de la romantización del instinto, el momento de la enunciación hace lo propio con el rito del Acto Penitenciario. La fe de Laura es tardía, y surge como consecuencia de su confrontación con una verdad, y no como consecuencia de “la educación recibida”.

Aquel momento en la temporalidad del relato (ubicado en el pasado) está marcado por la inocencia; este otro (ubicado en el tiempo de la enunciación) está marcado por el recuento y el reconocimiento. La fe, la culpa, el pecado y la pureza, son categorías de naturaleza divina que se manifiestan en su significado ontológico solo en el momento de la

enunciación, donde Laura se encuentra en un estado penitente de plena consciencia. Es importante considerar que es imposible ser la misma persona tras el devenir del tiempo.

En el Acto Penitenciario no le llama amor a lo que sintió por Samuel, le llama pasión insensata, mientras asiente ante el entendimiento de las consecuencias de sus propias decisiones, de su ingenuidad e inocencia. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Al final, Laura ya no es, ni ciega a la malevolencia de Samuel, ni inocente. Pero la caída de la Gracia de Dios no puede verse de frente, necesita cubrirse con el velo del autoengaño.

El amor de Samuel por Laura es inexistente y ella lo sabe: “No tengo dientes, solo puedo chupar y ya no hago nada para disimular mi edad, pero Samuel me ama, no hay duda de eso”. (Arredondo 336). No hay duda de eso. En la negación está la afirmación. También lo está en el contraste entre la gerontofilia macabra de Samuel y la aparente ingenuidad de Laura. ¿Quién puede creer que Samuel la ama después de lo que acabamos de leer, que parece más un grito de ayuda ahogado en el silencio de su absoluto confinamiento?

El sacrificio expiatorio de las culpas de Laura son las orgías. Constituyen un ritual sagrado que tiene su estadio de agregación en Dios, no en Samuel. Señala Angélica Tornero:

Lo que importa es el sentido que adquiere el ciclo [de las orgías]: destaca la idea del ritual sacro. Desde luego no todo el ciclo tiene carácter sagrado, solo la parte en que, tras ser ultrajada, Laura es amada y mimada por Samuel. Aquí la vuelta a lo mismo no conduce al desgaste sino al renacimiento, al florecimiento; se trata de la abolición del tiempo profano mediante la repetición. Eliade dice: “En la medida en que se repite el sacrificio arquetípico, el sacrificante en plena operación ceremonial

abandona el mundo profano de los mortales y se incorpora al mundo divino de los inmortales” [Citado en Tornero 244]. El ritual de ser ultrajada y luego amada, que imbrica humillación y pasión, conduce a lo sagrado, a la gloria. (244)

Estoy de acuerdo con Eliade, no con Tornero. El abandono del mundo profano y la incorporación al mundo divino ocurre a través de la repetición ritual del dolor. El deseo carnal, pasional, pulsional, que Laura sintió por Samuel pertenece al mundo profano, y después de la muerte de Ermilo llamarle amor a lo que le hace Samuel es para Laura un artilugio, una conjura contra el dolor de la existencia necesaria a su alma para preservar el ritual sagrado del sacrificio. El ciclo repetitivo, constituido tanto del ultraje como de los mimos de Samuel, conforma el sacrificio ritual sagrado que conduce a la gloria de Dios a través de la purificación, la expiación de las culpas.

“Simpson se erige, así, como el objeto de adoración de Laura” (Tornero 245). Este es un ejemplo de estos tiempos seculares a los que se refiere Camille Paglia. Tornero arraiga la simbología metafísica y trascendental de la existencia de Dios presente en todo el texto, al mundo profano y terrenal, presente también; pero, ¿cómo puede existir un rito sagrado si no existe una divinidad? Si Samuel terminó siendo la divinidad para Laura, entonces Laura terminó siendo la meretriz del diablo, y nunca hubo en ella transformación alguna, solo devenir. La divinidad no es Samuel. Samuel es la puerta ancha y el camino espacioso que llevan a la perdición.

Es en la penitencia de Laura y en su sacrificio purificador ofrecido a Dios –y no en la adoración a Samuel-, donde lo impuro y lo divino, en tanto que extremos absolutos, se tocan. Tornero reconoce el carácter sagrado del sacrificio ritual de Laura, pero saca a Dios

de la ecuación e ignora la perversidad de Samuel. Para Laura, el ritual erótico y perverso no es sagrado en virtud del amor, lo es en virtud del sacrificio, el cual ofrece a Dios, por eso cree que Él la entiende aunque no lo sepa de cierto, lo cual es la definición misma de fe.

Si Samuel es la divinidad para Laura, entonces ¿por qué la aqueja la duda sobre su pureza si ya se encuentra supuestamente en presencia de Dios? Laura es católica. Al final de sus días es también creyente ¿Cómo no creer en Dios cuando Samuel le ha mostrado al Diablo? El Hombre creó al Dios del cielo para protegerse a sí mismo de los embates de la Naturaleza y darse un sentido de gravedad, una ilusión apolínea de control, una pequeña balsa en la tempestad. La idea del amor solo pudo hacer lo mismo por Laura mientras Ermilo vivió, porque su balsa era él pero su muerte la arrojó a la tempestad. Ante el embate del demoniaco Samuel, solo le queda acudir a Dios, igualmente poderoso.

La lectura de Tornero huye de la simbología religiosa sacando a Dios de la relación entre lo mundano y lo divino, mientras que eleva el deseo pulsional al carácter de sagrado, romantizando el instinto de Laura y llamándolo amor. Laura hizo exactamente lo mismo, pero cuando se queda a solas con Samuel existe ese punto de quiebre en el que la transformación final es turnarse hacia Dios. Su fe tardía surge de una lectura lúcida de su vida. La narración misma observada en su conjunto es un ritual, de ahí su forma circular.

Duda de su pureza porque anidó en su corazón y alimentó el rencor negro hacia su madre. Duda, porque el “demonio” de la lujuria la habitaba, dormido, antes incluso de conocer a Samuel. Es una pulsión que reconoce preexistente en ella y no orquestada, sino detonada, por él. Duda, porque dio la espalda al mandato divino de la maternidad y la castidad, entregando su sexo al placer voluptuoso y por lo tanto, pecaminoso, culposo. Sin

embargo, el dolor y el sufrimiento también son expiatorios, purifican el alma de las culpas. “Todo lo doy por estas primaveras cálidas colmadas de amor” (Arredondo 336), dice entregada a su fe en un ejercicio sacramental, cuando ya no quedan primaveras, ni calidez, ni amor. Solo pérdida y dolor: penitencia.

No duda de su inocencia. La inocencia no es más que la bendita ignorancia. Tal vez si hubiera sabido entonces lo que sabe al final de sus días, nunca lo hubiera dejado suceder. Pero, ante las leyes de Dios y ante las leyes de los hombres, la ignorancia no exime de responsabilidad. La inocencia tuvo un precio muy alto para Laura. Y al final, cuando de inocencia no le queda nada, aparece el autoengaño: “Mi alma florece **como debió de haber florecido cuando era joven**” (336). Nótese el tiempo y modo verbal además de la metáfora maternal, sobre lo que debió ser y nunca fue, en contraste directo con el horror macabro que provoca la imagen inmediatamente anterior: “él besa mi boca desdentada sin labios, con la misma pasión de la primera vez y yo vuelvo a ser feliz” (336). Es el intercambio de un florecimiento por otro, aquello que debió ser por aquello que es: el intercambio de la casta maternidad agradable a Dios, por el sacrificio purificador del dolor. No habla de amor, habla de la maternidad a la que renunció por inconsciencia o vanidad. “y creo que Dios me entiende, por eso no tengo ningún miedo la muerte” (336), dice en pleno Acto de Contrición aceptando voluntariamente su sufrimiento, mientras purga sus culpas en un infierno vivo y arroja la esperanza de recibir nuevamente la Gracia Divina, junto con la Paz de la Muerte.

TERCERA PARTE: CONCLUSIONES

La Literatura como herramienta hermenéutica para el estudio de la sexualidad desde la óptica del feminismo disidente.

El Superhombre de Nietzsche es el planteamiento de una ética, individual y trascendental, ante la muerte de Dios; es la renuncia a la moral dictada por la religión y la búsqueda del propio orden de valores éticos atendiendo a la naturaleza. No es un exhorto a abandonar la norma, es un exhorto a construirla. Porque el bien y el mal nos habitan a cada uno, y la lucha entre ellos es una lucha interior e individual. Pero, ¿puede realmente un ser humano construir por sí mismo, de la nada, dicho sistema de valores éticos? ¿A partir de qué categorías o de qué coordenadas se construye ese sistema cuando se abandona lo conocido? En la naturaleza humana, la *voluntad-de-poder* es la fuerza pulsional del instinto que requiere ser llamada al orden. Ese es el conflicto ético del Ser en la relación directa con su propia naturaleza. De eso se deviene la relación entre lo mundano y lo trascendental, entre el instinto y la divinidad.

Esta lucha dicotómica y existencial, eminentemente humana, se ha representado incesantemente a través de la historia occidental (de la religión, de la filosofía, del arte...) de diversas formas: El cielo y el infierno, el bien y el mal, el orden y el caos, Dios y el diablo. Pero son todas representaciones simbólicas de un mismo fenómeno existencial: La eterna lucha entre el Hombre y su Naturaleza, entre el animal y el Ser; que permanece siendo la duda fundamental que atraviesa la existencia, permanentemente cuestionada; y que se actualiza una y otra vez en sus representaciones simbólicas a través del tiempo, sin resolverse jamás. Es la más existencial y ontológica de las preguntas del ser humano. Es lo que escarba la narrativa de Inés Arredondo en su búsqueda de una verdad. Es lo que dice Herman Hesse en este pasaje: “El hombre no es de ninguna manera un ser firme y duradero

. . . es más bien un ensayo y una transición, no es otra cosa sino el puente estrecho y peligroso entre la naturaleza y el espíritu. Hacia el espíritu, hacia Dios, lo impulsa la determinación más íntima; hacia la naturaleza en retorno a la madre, lo atrae el más íntimo deseo: entre ambos poderes vacila su vida temblando de miedo” (*El lobo estepario*).

Es una responsabilidad ética del Ser triunfar sobre sí mismo, gobernar la propia *voluntad-de-poder*, en la cual residen tanto la violencia, como el placer. Nietzsche rechaza la moral del cristianismo pero esboza una noción de divinidad en su concepción de la Verdad. Por su parte, Jordan Peterson dice que para buscar la verdad debes golpear tus relatos sobre la realidad con el mazo más duro que tengas, ver si resiste. Es lo que hace Inés con su narrativa y es por eso que cuestiona. Cuestiona, no solo la moral religiosa del pueblo católico que señala y castiga a Laura; no solo la moral social que en cualquier época dicta sus interdictos sobre la sexualidad; cuestiona también lo incuestionable: los relatos preconcebidos y encastados en el imaginario sobre la maternidad, el deseo y el amor. Sobre el amor de una madre, el amor de un hombre, el amor de una mujer. En “Sombra entre sombras” nada es lo que parece. O más bien, nada es lo que nos han dicho que debe ser. Considero, que un análisis hermenéutico del texto exige el abandono o suspensión del propio sistema de presuposiciones, antes que la elección del marco conceptual.

“Nature remains the supreme moral problem”

-Camille Paglia

El misterio no es Dios. El misterio es la Naturaleza.

El placer es la puerta de entrada por donde el instinto (la naturaleza) se abre paso al mundo. El Marqués de Sade sabía esto. Era cínico, no contradictorio. Su presunto libertinaje es una sátira y se ha interpretado con literalidad. Es suficiente liberar un poco la restricción moral para liberar al instinto que hay en cada ser humano, y nadie conoce el verdadero poder destructivo de lo que yace en sí mismo hasta que lo libera totalmente. Sade lleva esta tesis al extremo, todo es cuestión de relajar por completo la restricción moral para conocer los alcances posibles de la devastación de la que es capaz el individuo. El placer máximo, con preferencia a ningún otro, es el sexo. La crueldad y la violencia le pisan los talones: “Sade follows Hobbes rather than Locke. Aggression comes from nature; it is what Nietzsche is to call the will-to-power. For Sade getting back to nature (the Romantic imperative that still permeates our culture from sex counseling to cereal commercials) would be to give free rein to violence and lust. I agree” (Paglia 5).

La propuesta de Sade no es darle a tu cuerpo alegría, Macarena. Su invitación al libertinaje y a la rienda suelta al exceso del placer voluptuoso no es un exhorto a la inmoralidad, es una advertencia: El placer de los sentidos es la manifestación amoral del instinto natural del ser humano. Levantar por completo la restricción libera a la bestia. El velo que separa a la consciencia de los horrores del instinto es mucho más frágil de lo que la mentalidad secular, materialista y científicista del siglo XXI está dispuesta a admitir. La

idea romántica –muy occidental- de que la naturaleza es sabia, la naturaleza es bella, la naturaleza es buena; es una ilusión. La naturaleza es brutal. Oculta la violencia, la crueldad, el instinto, *la voluntad-de-poder*.

En Angélica Tornero y su análisis de Laura hay un vacío conceptual que se genera a partir de entender el Mal únicamente como la activa agencia de poder sobre el “otro”, como la transgresión o aniquilación del Ser orquestada desde el exterior, y no en su absoluto poder de autodestrucción. Es la misma laguna que existe cuando se interpreta al diablo como un ente metafísico externo al Hombre que lo impacta desde afuera, cuando en realidad el diablo es una representación simbólica del instinto; y el infierno, de sus consecuencias. Creo -me parece que-, lo que Tornero entiende como el Mal es en realidad maldad: la direccionalidad, la intención premeditada y alevosa. Pero el Mal y la maldad no son la misma cosa, aunque tengan un mismo origen.

Inés Arredondo, en su búsqueda de una verdad, de la esencia misma de la existencia, adopta y desarrolla la hipótesis comprobada por Sade. Para Arredondo, el Mal en el Ser humano es la premisa, no la meta. Su tesis no es demostrar que el Mal es consustancial al Ser, ese es su punto de partida. Así pues, ¿cuál es la verdad que escarba y nos revela, tomando en cuenta que una verdad existencial debe ser aquello que sea común a todos nosotros? La verdad es: “Tragedy is a precondition for Being.” (Peterson) *What you gonna do about it?*

“Sombra entre sombras” es un tratado Sádico. El Mal se aborda por Arredondo en diversas dimensiones que van de la direccionalidad a la intencionalidad, pero que parten de la misma premisa: proviene del interior. Sin embargo, para ilustrar la eterna lucha entre el

bien y el mal, el maniqueísmo en Arredondo se manifiesta de forma muy distinta que en Sade. Laura no es Justine. No es la encarnación de la virtud sirviendo de contraste ilustrador frente a la perversidad humana. Laura es perversa en sí misma y contra sí misma, pero no por su sexualidad, sino por su inocencia. Es abatida y aniquilada por su propio instinto, por su propia pasión insensata. Samuel, sin embargo, sí es el diablo y sí reina en el infierno. Construidos ambos lentamente por Laura, como un traje sastre a la medida, proporcional a su pulsión.

Arredondo, como consagrada experta en la simbología del catolicismo, aborda el tema del Mal, no invirtiendo los valores ni los conceptos religiosos. Lo que hace es depurarlos y actualizarlos, recuperando solo aquello que presiente verdadero y afirmando su sentido. La búsqueda de una verdad no consiste en descartar y desechar todos los principios aprendidos sobre una tradición religiosa milenaria. Tampoco consiste en subvertirlos. Si es una tradición milenaria, algo debe guardar de cierto. Buscar en ella una verdad implica adentrarse en sus misterios simbólicos para rescatar de entre ellos lo que es ontológica, existencial y trascendentalmente verdadero: “Uno no lucha más que con sus propias pasiones; con nada externo ¿ves?” (Arredondo citada en Tornero).

El simbolismo religioso que usa Arredondo no es gratuito, es ilustrativo. Samuel es la representación de la Maldad Pura, maniquea, como el diablo mismo, alevoso y ventajoso; pero aun así, es consecuencia de las decisiones de Laura, un infierno para ella proporcional al abandono absoluto del orden en favor del placer. Esa siempre ha sido la función simbólica del infierno, advertir al ser humano que las consecuencias de desbocar el instinto caerán proporcionalmente sobre sí mismo. La ignominia y el sufrimiento de Laura son

consecuencias de su instinto, no del amor. La romantización del instinto es elegir el camino del mal y darle el sentido trascendental opuesto.

Dios y el diablo no son entidades metafísicas externas, son representaciones simbólicas de estados anímicos, de estados de consciencia. El cielo y el infierno no son lugares metafísicos, son representaciones simbólicas de los mapas, son las coordenadas de la existencia. Un Caín y un Abel coexisten dentro de cada Ser. Ángeles y demonios nos habitan, somos nosotros. Conviene apuntar hacia arriba y evitar el infierno. Para ello, el primer lugar para buscarlo es el abismo interior:

Algo que se representa no es un hecho, ni una serie de hechos. Es, por el contrario, una personalidad, o más bien una elección entre dos personalidades opuestas. Es Sherlock Holmes o Moriarty. Es Batman o Joker. Es Superman o Lex Luthor, Charles Francis Xavier o Magneto. Thor o Loki. Es Abel o Caín y también Cristo o Satán. Si sirve para ennoblecer al Ser, para establecer el paraíso, entonces es Cristo. Si sirve para destruir al Ser, para generar y propagar dolor y sufrimiento innecesarios, entonces es Satán. Esa es la realidad arquetípica ineludible. Lo conveniente [lo *expedient*, lo placentero] dicta seguir el impulso ciego. Es beneficio a corto plazo, es estrecho y egoísta. (Peterson, *12 Reglas para vivir* 256)

Estas relaciones simbólicas no son verdades en sí mismas, son vehículos que nos permiten acercarnos a los propios límites entre lo conocido y lo misterioso, pero transgredir esos límites –o no- es una decisión individual. Una decisión temeraria porque lo que se encuentra más allá nos es desconocido y por lo tanto nos produce terror. Más allá de la sociedad, de la cultura, de la religión, de la filosofía, o del arte, más allá de la moral o de la

constatación de la realidad, se encuentra el lugar donde la naturaleza se nos manifiesta como una verdad, donde se presenta la oportunidad de reconciliación con los instintos o el abandono total a ellos. La oportunidad del cielo o la entrada al infierno. Es un estado de consciencia que ronda los horrorosos confines del despeñadero donde la decisión es observar el propio abismo o caer en él. En este umbral limítrofe, develada la inocencia y descifrados los enigmas, los principios morales y las normativas sociales se nos revelan como lo que son: una ilusión de control.

El peligro de vivir en la inocencia, en el Aquí y el Ahora, es confundir lo instintivo con lo trascendental (lo demoniaco con lo divino, lo caótico con lo ordenado). Es romantizar el instinto como hizo Laura, por ejemplo, con la lujuria y el amor. Aquí, entendiendo la perversión únicamente como una subversión del significado entre un camino y otro, Laura es perversa al haber asignado el valor contrario a cada camino, a cada decisión. Arredondo no está glorificando esta perversidad, nos la advierte: la concupiscencia que arrastra a la ignominia no lleva la promesa de la gloria, nunca; la inocencia –que no es otra cosa que la reticencia a confrontarnos con la verdad- nos pone en el riesgo de no advertirlo a tiempo. En “Mariana”, de la misma Arredondo, se hace también una alusión a este tipo de inocencia en el personaje de un hombre que sufre una condena por asesinato, sin entender él mismo como llegó a consumarlo: “[dice que] Él ha sido bueno siempre, puedo preguntárselo a cualquiera en su pueblo. Le contesto que lo sé, porque los premios a la inocencia son con frecuencia así. Para él son extrañas mis palabras, y sigue llorando.” (Arredondo 146)

Dice José Antonio Marina en su libro *La inteligencia fracasada*: “La inteligencia fracasa cuando se equivoca en la elección del marco. El marco de superior jerarquía para el

individuo es su felicidad. Es el fracaso de la inteligencia aquello que le aparte o le impida conseguir la felicidad.” (Citado en Osuna 22). Es común confundir el placer (lo *expedient*) con la felicidad para romantizar el instinto, pero ese tipo de “felicidad” es solo un fuego fatuo. Es errar tanto la elección como el marco, tanto el camino como el significado. Es un doble fracaso de la inteligencia.

En “Sombra entre sombras”, la direccionalidad del Mal contra el otro, aunque presente, existe en segundo plano; porque la premisa de esta hipótesis es que no somos víctimas del entorno sino de nosotros mismos. Si algo destruyó a Laura fue su pasión insensata por Samuel, más incluso que la trasgresión de su madre. En su lectura, Tornero soslayó algo importante: la primera implicación del Mal inmanente al Ser, es que este tiene sus efectos sobre el individuo mismo que lo manifiesta, es un autoatentado contra la propia libertad. A ese tipo de maldad autoinfligida, se le conoce como las consecuencias de tus actos, y las consecuencias pueden perfectamente ser un infierno, real o simbólico. Más aun, irremediamente nos alcanzan sin importar cuánto intentemos huir de ellas.

La direccionalidad contra el “otro” se relaciona con intención y acción. Aquí tomaré prestados los términos jurídicos: premeditación, alevosía y ventaja. La madre de Laura, por ejemplo, no es malvada en su intención, no quería perjudicarla, pero fue premeditada y ventajosa en su engaño por omisión, motivada por el Mal de su avaricia, lo cual provocó una disrupción en la funcionalidad del universo de Laura, una transgresión a su Ser. Por su parte, ella no accionó contra su madre con premeditación, pero sí lo hizo con ventaja y alevosía, con un rencor negro y cruel que la empujó activamente a la venganza primero, a la culpa después. La maldad de Samuel es premeditada, alevosa y ventajosa. Ermilo es vicioso pero es el único con autogobierno suficiente para negociar su instinto con la restricción.

Ermilo, así de repulsivo como lo percibimos, entiende que la existencia no es atender a la rigurosidad moral dictada por la sociedad sino al movimiento entre la restricción y el instinto. Que el exceso de Orden enferma, y el exceso de Caos destruye. Encuentra el sentido de la vida caminando la línea que divide las dos serpientes. Un pie en el orden y un pie en el caos, siempre en movimiento. Ermilo era disciplinado, por eso era rico. Su “perversión” se encuentra en el juicio moral de quien lo mira (nosotros). Pero él vivió y murió feliz, pleno y satisfecho, sin atentar nunca en contra de la libertad del “otro”.

En un ejemplo de la vida real sobre la negociación entre el instinto y la restricción, tengo un botón de muestra donde cualquier parecido o semejanza con Laura no es ninguna coincidencia: Rocco Siffredi. Una estrella de la industria del porno, un hombre que ha vivido una vida sacudida por los mismos conflictos internos, y por las mismas razones, que mi ficticia protagonista femenina. Netflix le hizo un documental, ahora que se ha retirado, donde nos muestra que no solo los personajes literarios pueden descender al Caos. El documental empieza con la siguiente entrada, en voz del mismo Rocco:

Yo creo que soy una persona que ha pagado por ser la persona que quiere ser. He pagado con la propia existencia. Siempre he soñado al diablo. De niño le decía: “Si tú me haces famoso, un día te lo pagaré”. Mi sexualidad es mi diablo. A veces he pensado cosas, de oscuridad, de autodestrucción real. Cuando eres atraído al vacío, a una sexualidad que no existe, a imágenes que harían vomitar a cualquiera; algo no está bien. Y cuando pierdes el control, eso te lleva al caos.

Es italiano, católico devoto, felizmente casado y tremendamente exitoso en su carrera. Pero, disciplinar a la bestia instintiva que lleva dentro requirió de muchísimo

esfuerzo interior, constancia, disciplina, ejercicio físico y mental, dolor físico y dolor emocional, y el pago irrevocable de la factura social que acarrea su trasgresión de la norma y su marginalidad. Todo necesario. Un precio altísimo y aun así más barato que lo que hubiera ocasionado la represión del instinto –al que él como Laura llama diablo-, o bien, lo que hubiera ocasionado dejarse arrastrar hacia el vacío, la pérdida de control que lleva caos, que fue lo que hizo Laura. En ninguno de los dos casos el vacío es la cultura.

Creer que la sexualidad es un asunto que se construye culturalmente, o que se apega a la moral imperante de cada época; solo puede partir de una ingenuidad que raya en lo peligroso. Nos puede condenar en lo individual a la inocencia de Laura, y en lo social a la vigilancia y al autoritarismo sobre la vida privada. Las sexualidades que subvierten los interdictos morales operantes -como la de Rocco, la de Ermilo o la de Laura-, no necesariamente implican una disrupción el orden común. Si bien es cierto que el sexo es la intersección con propia naturaleza (el instinto), y que en la naturaleza se encuentran la crueldad y la violencia; la sexualidad es por lo general un espacio creativo y recreativo, que solo debe restringirse socialmente cuando atenta en contra de la libertad sexual del “otro”.

“No tree can grow to Heaven, unless its roots reach down to Hell”

-Carl Jung

Mientras tanto, en el equipo de Rousseau

Tanto el que niega al diablo como el que niega la brutalidad de la naturaleza humana está corriendo el mismo riesgo: Quedarse sin mapa en su paso por esta vida. Al negar la existencia del instinto, el feminismo cultural se encuentra completamente ciego ante estas cuestiones de carácter trascendental, que son fuente misma del carácter opresivo de la existencia, y cuando se erran los diagnósticos se erran las soluciones.

Acá el concepto de Libertad es clave, pero definirlo es un asunto que da para una tesis por sí mismo. Incluso me declaro incompetente para tal misión. Sin embargo, puedo hacer algunos esbozos sobre lo que NO es Libertad. En primer término acudo nuevamente a la Literatura para ello. Pedro Calderón de la Barca nos explica en “La Vida es Sueño”, a través del memorable soliloquio de Segismundo, que tener alma o mejor instinto que una bestia no otorga al hombre Libertad, así como tampoco lo hacen tener vida o albedrío:

¿Qué ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave
excepción tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?

Tampoco es un derecho natural y no puede ser otorgada a quien no se esfuerce por alcanzarla. No es ausencia de normativa, no es ausencia de opresión, no es ausencia de sufrimiento y no es ausencia de responsabilidad. Sobre todo de esta última. Decía Simone Weil: “Nadie que pretenda ser libre puede aspirar a reivindicar únicamente derechos” (Prado Esteban en “Feminismo, herramienta del hipercapitalismo” 2015). Por mi parte sostengo, que la libertad solo es posible través de la adquisición de responsabilidad.

El feminismo cultural es la actualización teórica del doble opuesto del Marqués de Sade, el filósofo Jean Jacques Rousseau. La idea de que el hombre nace libre en la naturaleza y vive encadenado por la sociedad y la cultura, es una falacia de fatales consecuencias para la estabilidad anímica del individuo, es una romantización del instinto en sí misma. En resumidas cuentas, es sencillamente al revés: el ser humano nace siendo esclavo de una naturaleza que no entiende, y su anhelo de libertad siempre se verá más coartado por ella que por la sociedad. La búsqueda de la libertad se encuentra estrechamente ligada a la búsqueda de lo trascendental, pero debe negociarse con el carcelero: el instinto.

La libertad solo puede entenderse cuando se entiende el valor social de la norma y la importancia de la restricción. La sociedad es estructura y sin estructura no hay Libertad. Retomando lo ya citado de Camille Paglia: “Without society, we would be storm-tossed on the barbarous sea that is nature” (1). O, como lo dice Jordan Peterson: “Something we cannot see protects us from something we do not understand. The thing we cannot see is culture, in its intrapsychic or internal manifestation. The thing we do not understand is the chaos that gave rise to culture. If the structure of culture is disrupted, unwittingly, chaos

returns. We will do anything-anything-to defend ourselves against that return” (*Maps of Meaning* 10).

Al creer ingenuamente que el ser humano ha nacido libre, y que la libertad es un derecho natural; la inconmensurable opresión de la existencia se vuelve insoportable. El feminismo cultural acciona aplicando la misma lógica del fanático religioso: “El Mal” es malestar y proviene del exterior. Asigna arbitrariamente al “demonio” causante de la opresión existencial: la masculinidad; y orquesta sobre la sexualidad una moral autoritaria y recalcitrante con ilusorias pretensiones de contener a la indómita naturaleza. El resultado es el cultivo de un pensamiento dogmático, no solo inútil, amenazante a la Libertad misma.

La lectura de Tornero sobre la sexualidad de Laura y Ermilo propone una perspectiva congruente con la percepción de la libertad del feminismo cultural, que es tanto herencia del conservadurismo patriarcal, como herencia del feminismo de la pureza social: La moral, garante del orden social, entendida como La Verdad. No hay nada de eso en el texto, por el contrario, es esta la idea que Arredondo pone en crisis. En la Literatura el conflicto interno del personaje es el eje fundamental; sin libre albedrío no hay conflicto. Laura no está sometida por Ermilo ni fue sexualmente abusada por él, me atrevo a decir que ni siquiera lo fue por Samuel. Lo que le hizo Samuel es mucho peor, quebrantó su espíritu y así su voluntad. Yo no me atrevería a sostener que eso es amor.

Con su lectura conservadora, Tornero aborda una sexualidad... divergente - digamos-, como la acción que ella juzga reprobable, ejercida por un hombre sobre una mujer. Un “abuso”, un “oprobio”, llevado a cabo con alevosía y con ventaja. Sea el deseo (masculino o femenino) una fuerza interior o exterior, provenga del cielo o del infierno, sea

metafísica o concreta, real o simbólica, esté hecha de la sustancia que esté hecha y signifique lo que signifique, para Tornero la sexualidad de Ermilo es destructiva, monstruosa y con un propósito único: someter y humillar a Laura. Incluso cuando nunca la despojó de su voluntad, Tornero considera que el despeñadero hacia el abismo es el acto sexual “humillante” al que Laura es “sometida”: “Haber aceptado vivir con un tipo con la moral de Ermilo . . . parece haberla situado en la puerta del infierno” (240). Defiende lo indefendible. La puerta del infierno es el hermosísimo Samuel, y fue su pasión insensata (la de Laura) lo que la puso frente a ese umbral. “Haber aceptado...” y, ¿qué opciones tenía?

Así pues, Tornero encuentra el Mal en Ermilo, en lo que llama “abuso sexual”, mientras que lo ignora en el engaño ventajoso de la madre, en el rencor alevoso de Laura, y en la premeditada maldad de Samuel. Digamos que primero parte de la premisa en la que encuentra a Ermilo repulsivo y moralmente reprobable, lo demás lo ajusta a esa visión, sin importarle mucho que termina glorificando al diablo. Más aún, equipara a Ermilo con el tío de Luisa (“La Sunamita”) y los coloca al mismo nivel de “perversidad”, cuando son diametralmente opuestos en un aspecto fundamental: El reconocimiento de la mujer como sujeto autónomo. Ermilo no atenta en contra de la libertad de Laura; el tío de Luisa, sí.

Observado de esta forma, el abuso sexual está en el ojo de quien lo mira, con sus criterios morales como único mapa, y no en quien lo sufre o en quien lo ejerce. Restringir el acto que se juzga reprobable, sin detenerse a evaluar si constituye o no un atentado en contra de la libertad sexual del “otro”; son las coordenadas desde las cuales se orquesta la moral autoritaria que designa un chivo expiatorio *a priori* y restringe el ejercicio de la sexualidad en virtud de lo que el grupo define como moralmente perverso o patológico, tal y como vimos en el aparatado “El castigo social por la trasgresión de la norma”.

Tornero prosigue en esta dirección: “Aun cuando no es evidente, me parece que a lo largo del cuento se ofrecen indicios que caracterizan la moral de Laura: es tambaleante. A diferencia de Luisa en ‘La Sunamita’, que muestra ser una mujer con una consciencia escrupulosa en toda su grandeza y magnitud” (241). A lo largo del cuento se ofrecen indicios de que Laura es vanidosa, materialista, rencorosa, vengativa, voluntariosa, voluptuosa, pulsionalmente hedonista, ingenua, inconsciente; hasta pecadora, impura y culpable, todo ello susceptible a considerarse inmoral, pero lo que a Tornero le ocupa y le preocupa es la tambaleante y relajada moral de Laura asociada solo a su sexualidad. Salvo, por supuesto, cuando hay “amor” de por medio.

Bajo este criterio de lectura, el escrupuloso virtuosismo de Luisa radica en su castidad. Así pues, hay sobrado énfasis sobre las razones por las que el sexo mismo es una pendiente resbaladiza hacia la inmoralidad. Por un lado, exaltando la castidad de Luisa como virtud (obviando su arrogancia); por el otro, evaluando reiteradamente los estándares de calidad de la moral de Laura, aun cuando es una mujer casada aceptando al marido que primero aceptó su madre. Tornero evita hacer una evaluación de las alternativas que tiene el personaje dadas sus circunstancias. Aceptar las caricias del marido o... ¿qué? ¿Qué debió de haber hecho Laura para satisfacer el estándar moral que se le exige? Ahí radica la importancia de entender las razones por las que de ninguna forma hubiera regresado a vivir con su madre. No siempre se atiende a los principios morales para tomar tales decisiones. Decisiones a veces imposibles, a veces difíciles, a veces dolorosas.

Así pues, Tornero exalta la castidad en la mujer como una virtud moral prioritaria, por encima de cualquier otra consideración. Lo cual lleva como consecuencia asumir que el deseo sexual femenino solo puede ser conceptualizado en relación con la dicotomía

castidad/putería, con la honrosa excepción de la maternidad, y a regañadientes con el permiso de ejercerse por amor. Ya en el apartado de “Laura y Ermilo” establecí que Tornero percibe a Laura como una prostituta. Y yo me pregunto, vender a tu hija de 15 años a un “pervertido” de 47, engañándola por omisión, motivada por avaricia, ¿no es inmoral?

Si bien es cierto que en una primera lectura (y en una segunda y en una tercera), los acontecimientos narrados en el cuento son chocantes a primera vista, perturbadores, completamente ajenos a lo familiar y a lo cotidiano; la preocupación de Tornero por la moral de la protagonista la lleva a caer invertiblemente en contradicciones internas. Como dije anteriormente, la naturaleza misma de los acontecimientos narrados hace casi imposible el distanciamiento para el lector, pero para un análisis certero de este universo construido por Arredondo, es preciso profundizar. El texto lo demanda con muy sofisticados niveles de significación y de estructura. El *shock* inicial es solamente el primero de esos niveles y el más superficial de ellos.

En la introducción lo propongo y en las conclusiones lo afirmo: Inés Arredondo habla como mujer y hace de ello un arte. Es ambigua de palabra pero precisa en la intención. No hay una sola cosa dicha en todo el texto que sea gratuita, que no se diga de determinada manera por determinado motivo. El significado de “Sombra entre sombras”, que a mi gusto es su *Opus Magnum*, no se encuentra a golpe de vista, se oculta calladamente en la reticencia. Está en lo sugerido, en lo implicado, en lo susurrado. En cada lectura, capas y capas de significación nos alejan de la casilla de salida.

“No conseguirán engañarnos a todos / Aunque a veces parecemos tontos”

-Enrique Bunbury

Bueno y, ¿qué tiene que ver todo esto con el feminismo?

La pureza y la moral lo tienen todo que ver. He aquí una última propuesta de lectura: En “Sombra entre sombras”, Inés hace un certero análisis de la hipocresía social y colectiva, reconstruyendo un universo pasado en un lugar donde el pueblo -permisivo con las prácticas de Ermilo- condena las acciones de Laura, castigándola por puta y condenándola a la indignidad. Lo reconstruye para mostrar que nada había cambiado para el tiempo que a ella le tocó vivir. Hoy, el día que corre es otro, los espacios de linchamiento y los chivos expiatorios también; pero la hipocresía es la misma, así como los mecanismos de expiación. No es diferente –en pleno 2019- cuando el mero ejercicio de ciertas prácticas sexuales permanece siendo motivo de señalamiento. La pureza social, hasta la fecha, sigue dividiendo a las mujeres entre decentes e indecentes; dignas e indignas, en estrecha relación con su sexualidad. Mientras también nos cuenta un relato en el que todos los hombres son depredadores naturales de la pureza femenina.

Laura es impura, sin duda, pero qué significa serlo, qué implicaciones guarda. A mi parecer, hay una segunda lectura –complementaria- sobre la pureza que también se encuentra presente en “Sombra entre sombras”. Está el marco conceptual desarrollado en esta tesis, el religioso, que es el que encuentra cohesión simbólica hacia adentro de la trama, dándole un significado global; y está el marco conceptual que atraviesa, no solo el texto, sino la cultura y la religión misma, dándole un significado transversal: El Patriarcado.

Aun cuando la idea de la pureza radicada en la virtud de la mujer pareciera un cliché de la edad media, es un relato que ha encontrado la manera de permanecer vigente hasta nuestros días. Hoy mismo, las novias aún se visten de blanco y son “entregadas” por sus padres en el altar; y ojalá fuera esa la única manifestación de su permanencia. Hoy por hoy, la mujer aún se juega en este juego, no solo la dignidad, también la identidad. La impureza es un estado liminal, una mujer que ahí permanezca sin trascenderlo –como le ocurre a Laura a causa de su ingenuidad- es profundamente vulnerable en el contexto social.

No hay escapatoria. Fue así como Tornero, desmitificando el relato religioso, se explayó de lleno en el relato de la pureza social. Ocurre que, cuando se es mujer, el mismo acto material -el acto sexual- puede corromperte o dignificarte. Este es, junto a la maternidad, el conflicto ontológico de ser mujer que se desarrolla hacia adentro del cuerpo de mi tesis: La Virtud vs el Deseo. La Pureza vs el Erotismo. La maternidad dignifica, el amor dignifica; pero sentir deseo es putería. Hay mujeres, como Luisa (“La Sunamita”) que afianzan su identidad en la virtud; mientras que otras, como Laura, se saben impuras. Ella solo se pregunta si la manifestación de su impureza ocurrió antes o después de que apareciera el objeto material de su deseo. Pero se percibe, en efecto, como una degenerada.

Recordemos acá la explicación de Patriarcado desarrollada en el primer marco teórico: Es el pacto de solidaridad y honor entre los hombres, cimentado sobre la restricción sexual al padre, donde la virginidad de la mujer (que no tiene autonomía sobre su cuerpo) se instituye como un valor cultural. El matrimonio es el rito donde dicho pacto se sintetiza, donde pureza y virginidad son una misma cosa, más material que simbólica. La maternidad dentro del matrimonio es para el Patriarcado la consolidación de la pureza femenina y el paso a la pureza social, siendo el primer momento en la formación del núcleo primario: La

Familia. La espada que blande la pureza social no es la religión como se cree, es la moral; y puede rastrearse hasta los cimientos de la cultura; orquestada también -o con mayor razón- por mujeres. Por mujeres como Luisa, por ejemplo.

Como también vimos, es debido a esta restricción al padre que la mujer se erotiza. Así pues, es el atributo de la pureza, más que ningún otro, el que hace a una mujer sexualmente deseable; ya sea porque la tenga o porque le falte; ya sea la virgen, ya sea la puta. El erotismo radica en la tensión que existe entre la prohibición y la trasgresión. Lo trasgredido es la pureza. De esta forma, puede existir acto sexual sin erotismo, preservándola; o erotizado, transgrediéndola. El hombre es el perpetrador, el activo trasgresor; la mujer, es el receptor, el pasivo trasgredido. Es la mujer quien se debate en la elección entre la dignidad o el placer, porque es ella el receptáculo del atributo a trasgredir.

Así como, en determinado momento, el sexo dentro del matrimonio no vulneraba el estado de pureza, pero sí lo hacía fuera de él; a partir del romanticismo el amor se convierte en un parteaguas para el relato. Esencialmente, una mujer enamorada conserva su virtud aun cuando no conserve su virginidad. Es ahí donde la pureza da su primer paso fuera del cuerpo para comenzar su integración metafísica, inmanente, a la mujer. Bajo el amparo del amor, el virtuosismo femenino adquiere un poder redentor, con el cual puede purificar y rescatar a un hombre “maldito”; como en el caso de Don Juan Tenorio en el pasado y de Cristian Grey en el presente. Es el atributo de la virtud el que la hace elegible para él por sobre todas las demás. En este relato es donde se ubica Tornero en su Lectura de Laura.

Con la llegada de la modernidad y el entendimiento de la mujer como sujeto político, libre y autónomo, la virtud femenina conocida como pureza perdió por completo

su residencia material en el cuerpo, pero no desapareció; se posicionó en un estado ontológico, identitario. Es así como la pureza sigue siendo hasta la fecha un valor cultural, reformulado pero presente. Como consecuencia de esto, la relación que guarda la mujer con su propia sexualidad –y muchas veces con la ajena- esconde desde siempre y hasta la fecha la complejidad de la contradicción: Si la pureza reside en la mujer de forma ontológica y no material (como antes) entonces, qué es o en qué consiste; cuáles son sus límites; dónde o cómo se pierde, o qué se hace para conservarla.

Por ejemplo, el cuento “Lección de Cocina” de Rosario Castellanos, mediante el recurso narrativo de la analogía, también aborda este conflicto ontológico. La narradora personaje se siente inapropiada en presencia de la immaculada cocina blanca de su nueva casa, de su nueva vida. Se siente farsante en la albura de su camión de mujer casada, aun cuando “llegó virgen al matrimonio”. Se siente humillada cuando su otrora marido se lo agradece y se compara a sí misma con un trozo de carne cruda en liminal proceso de cocción. Se cuestiona –como hace Laura, como hacemos muchas- si ella pertenece realmente a ese mundo o si ese mundo le pertenece a ella. El conflicto primario del personaje no es tanto el patriarcado, la cultura o la sociedad -con sus reglas e interdictos, con sus usos y costumbres-; el conflicto es identitario. Su posición como mujer dentro del universo construido por estos relatos y su posición como individuo en relación con ellos. ¿Quién soy yo cuando no encajo en mi lugar? ¿Este es el lugar que me pertenece o el que me corresponde? Bajo este escudriño, no siempre se puede concluir la feliz resolución.

Y así pasan los años, y el relato se reformula y se actualiza. Hoy, en estos tiempos relativistas de la “liberación”, se entiende la emancipación sexual de la mujer como una equivalencia a la del hombre, es decir, inclinada a la promiscuidad sin afectos; mientras que

la pureza radica ahora -más simbólica que nunca- en la libertad, en el albedrío y en la voluntad, es decir, en el consentimiento. Sin Dios Padre en el cielo, sin Patriarcado en la tierra, sin limitaciones físicas (gracias a los anticonceptivos), sin la Pureza residiendo en el cuerpo; en otras palabras, sin autoridad explícita que trasgredir, la moralina ha hecho del acto sexual la cosa más peligrosa del mundo. Cualquier paso en falso en el terreno del consentimiento se convierte en violación, y nada tiene que ver con que haya intención, y no hay manera de saberlo antes de que ocurra.

Ese emperador va *bichi*. Esto no es más que mojigatería. Porque, aquí va la pregunta obvia que nadie quiere formular: si la libertad sexual es el consenso en igualdad de condiciones, ¿por qué es ella y solo ella quien guarda la facultad de los límites del consentimiento? Si esto no es el antiguo “el hombre llega hasta donde la mujer quiere” no sé qué sea. La mujer conserva su rol pasivo dentro del cortejo y la seducción, pero tiene el rol activo en la selección. El problema es la ingenua y errónea creencia de que el rol pasivo equivale a ausencia de participación. Eso solo es pureza social, es descarada hipocresía.

Solía pensar que para este relato “purireformulado”, el acoso y la violación son una pendiente resbaladiza, pero no es así. Se me ocurre una mejor analogía, son una pendiente que asciende en la escala del consentimiento hasta que él -nunca ella- se precipita al abismo sin previo aviso, y lo peor de todo es que ese abismo puede tener efecto retroactivo *after the fact*, incluso después de años. Cualquier mujer que reproduzca y asuma este relato no se percibe a sí misma como una adulta sexualmente emancipada, y aún más grave que eso, contribuye a poner en crisis la identificación asertiva de aquellos factores que sí constituyen delitos sexuales. Los pánicos morales no solucionan los problemas que plantean, porque no atacan el *Quid* de dichos problemas. Señala Marta Lamas:

El pánico sexual es una vertiente del pánico moral. El concepto pánico moral nombra una reacción inapropiada de la sociedad ante cuestiones menores, e implica un miedo desproporcionado ante el peligro real de que ocurra lo que se teme . . . Dos elementos asociados al pánico moral son su irracionalidad, y su conservadurismo. Por ello, los pánicos morales suelen transformarse en batallas culturales, como ha ocurrido con la sexualidad. (56)

Con tal de conservar el relato de la pureza, el feminismo cultural ha revertido hasta el concepto mismo de Patriarcado. Nos cuentan una delirante historia en la que aquel pasó de ser el principal celador y guardián de la virtud femenina, a ser su principal depredador. Esto, como hemos visto, en realidad es al revés. Mientras tanto, la percepción de que la entera pureza de la sociedad reside en la pureza de la mujer permanece, cual debe de ser (léase con ironía), sin mácula. Esta incongruencia da origen a un sinnúmero de contradicciones internas.

Contra el Patriarcado no se lucha, al Patriarcado se renuncia. Las mujeres “de a pie” no van por ahí atribuyéndole a los hombres la causa de sus crisis ontológicas o existenciales, pero es más fuerte la necesidad de pertenecer a un grupo que la de cuestionarle su legitimidad. Es más fácil compartir un meme o una pictografía en redes sociales, que rastrear los orígenes y los fundamentos del relato. No las culpo, a mí me tomó casi dos años dar con ellos. Pero en esencia es muy simple: Es *Can't have it both ways, kind of thing*, el relato guarda contradicciones internas. No digo que no sea comprensible, la pureza se adhiere a la mujer como un valor ontológico y cultural y eso es algo difícil de renunciar, pero estamos las que entendemos que haber nacido con vagina no nos confiere ningún valor intrínseco, sobre todo porque no viene gratis y el costo es alto.

Laura es ejemplo del pánico moral de su tiempo. El actor Kevin Spacey, el *pornstar* James Deen, el comediante Louis C.K, el tenor Plácido Domingo, son ejemplos del pánico moral del nuestro: son los chivos expiatorios. Primero que nada, antes de continuar, huelga decir que no meto las manos al fuego por ninguno de estos hombres, su integridad no me consta (ni me interesa); PERO, lo importante aquí, es que tampoco lo hago por las mujeres que los acusan, y con esto –lo crean o no- les extiendo a ellas el mayor honor que puede extender una mujer a otra: Las reconozco como adultas, soberanas de sus cuerpos y responsables de sus propias decisiones, capaces –como los hombres- de cualquier indignidad, incluida la de mentir, incluida la de guardar innobles intenciones bajo la apariencia de virtud. Porque la pureza es *bullshit*, y la idea de que reside en la mujer, también. Yo, como Simone de Beauvoir, no creo en esencialismos. En cuanto a la credibilidad que ellas me merecen, les creo. Les creo que no buscan ser tratadas como mujeres adultas, sino como infantes.

Dicho lo anterior, lo que me interesa señalar es el mecanismo social que estas mujeres ponen en marcha. El mecanismo social que exhibe a Laura (en 19... no sé, treinta y algo) como chivo expiatorio, y que le permite al grupo observar los márgenes de la funcionalidad y castigar la trasgresión para preservar el orden; es exactamente el mismo, y por el mismo motivo, que hoy exhibe a estos hombres. Todos en la cúspide de su carrera, todos con la suficiente fama y presencia mediática como para que sea “educativo” para la sociedad verlos caer. No requieren denuncias formales, porque el linchamiento público se ha desplazado al espacio de las redes sociales. Una denuncia en Twitter cumple el propósito. Aparentemente, el femenino es un sexo tan débil y tan asexuado que una mujer adulta puede quedar traumatizada de por vida si un hombre se masturba en su presencia. Lo

que se logra exhibiendo, avergonzando y castigando a Louis C.K por estos hechos, es reformular el relato que sostiene que el sexo es intrínsecamente pulsional y violento para el hombre, y por lo tanto, denigrante para la mujer. Aleccionarnos a todos. Como consecuencia, ella se convierte en una víctima *a priori*, una niña que requiere ser protegida de su verdugo, o incluso de sus propias decisiones.

En realidad no importa quien reciba la piedra del castigo cuando no se modifican estas premisas, reproducidas hoy por el feminismo cultural, actualizador del tabú que promete la garantía del orden social y que va más o menos así: “La sexualidad masculina es monstruosa y debe ponerse bajo vigilancia; la femenina solo se circunscribe al amor o a la maternidad, de lo contrario es denigrante, inmoral y vergonzosa putería. La mujer que disfrute sexualmente de ellos o con ellos, merece ser llamada al orden o condenada a la exclusión y al tabú. Ellos deben ser llamados al orden, y condenados a la exclusión y al tabú, siempre”. Falsas políticas, falsa naturaleza. Feminismo necio que acusa a hombres y mujeres sin razón, sin ver que es la ocasión de lo mismo que los responsabiliza: La vergüenza y la culpa sobre el ejercicio de la sexualidad, así como la vigilancia y el tutelaje del Estado y de la sociedad sobre la misma. ¿El medio? Hoy por hoy, la prensa, las redes sociales y –como siempre- la política:

La idea de que “lo personal es político”, permitía abarcar el espacio de la sexualidad femenina desde el activismo, capturando la intimidad dentro de la vida política y exponiendo los placeres a la visibilización y la virtud. El feminismo cultural define la sexualidad como un peligro que impide la exploración del placer sin vigilancia.
(Khyal 129)

La postura política del sexo no alcanza ni alcanzará nunca para dimensionar la diversidad sexual humana. Hoy parece que el feminismo no tiene miras hacia el futuro, está estancado en un relato del pasado que no describe la realidad que enfrentamos y que resulta completamente insuficiente para enfrentar los retos que nos presentan nuestros tiempos. Es hora de que el feminismo busque hacer de la mujer un ser integrado y no arrancado. Ha llegado el tiempo de que se levante por el poder sexual femenino, que más allá de la presunta liberación, lo expropie para ellas. No necesitamos un feminismo conservador, puritano y patriarcal, que exija tutelajes y que quiera enseñarles a los hombres a “follar con empatía”, sometiendo a las mujeres, en acción y en pensamiento, a una feminidad infantiloides, sumisa y frágil, que no es, y nunca ha sido, una verdadera esencia femenina. Es obligación del feminismo echar luz sobre el grado de responsabilidad que tienen las mujeres en su toma de decisiones. La responsabilidad es la única forma, verdadera y legítima, de emancipación y empoderamiento:

Algunas no nos doblegaremos en la batalla final por ser reconocidas como adultas y últimas responsables de nuestras decisiones, y por lo tanto, reconocidas como las únicas detentoras de soberanía plena para tomarlas. Ni machismo ni tutelaje feminista. Ese encuentro entre extremos, hipócritamente planteado con la apariencia de irreconciliable, es el último muro que debemos derrumbar las mujeres libres. (Khyal 176)

En contraste, y totalmente en el sentido opuesto a la libertad, ¿qué nos trajo el milenio? Además de una nueva y recalcitrante censura, nos trajo la versión remasterizada de la romántica doña Inés y su Tenorio; una nueva Cenicienta, virgen, que obtiene el “amor” de un hombre abusador. Así es, no se confundan, amigos, *Fifty Shades of Grey* no

es una novela sobre BDSM, las Anastasias de la vida real terminan como Laura. Mr. Grey es un sociópata enfermo de poder, un acosador celoso, dañado y violento, que disfruta infligiendo dolor en su víctima; igual que Samuel. Eso no se “cura” con “amor”. De eso hay que huir, corriendo en dirección opuesta, y es esta la advertencia de la que nos estamos perdiendo. El BDSM, a diferencia de lo que se cree, no es sobre dolor, es sobre placer. Quien manda es el/la sumiso(a) y el amor es opcional. No hay nada de subversivo o transgresor en la novelita rosa del millonario que “desflora” a la estudiante universitaria, pobre pero bonita; aunque ella elija qué comer (en el restaurante de cinco estrellas que él paga); o aunque tenga un empleo de alto rango (en la editorial de la que él es dueño). Un cliché sobre otro, disfrazados de subversión y de emancipación femenina, renovando y actualizando el gastado relato del que pareciera que no vamos a librarnos nunca.

El deseo no es un asunto de la época (ni de la cultura, ni de la pornografía). No somos más *open mind* ahora porque vemos azotes en el cine (o porque lo intentamos en casa). Corría el año 1932 cuando Anais Nin escribía en su diario:

No quiero ser el líder. Me niego a ser el líder. Quiero vivir oscura y muellemente en mi feminidad. Quiero un hombre que se eche encima de mí, siempre encima de mí. Que me persiga, que me posea. Que su voluntad, su placer, su deseo, su vida, su trabajo, su sexualidad sean mi piedra de toque, el mandato, mi punto de apoyo. No me importa trabajar y conservar intelectual y artísticamente mi propia vida, pero como mujer, oh Dios, como mujer quiero ser dominada. No me importa que me digan que vuele con mis propias alas . . . pero me han de perseguir, follar y poseer por la voluntad de un macho, a su tiempo, cuando él lo ordene. (*Diarios amorosos: Incesto 1932-1934 / Fuego 1934-1937*)

Un deseo así, tan intenso, tan oscuro, por siempre marginal, no debe confundirse nunca con amor. Una mujer con tales deseos, debe armarse de marcos conceptuales que le permitan regentearlos y entenderlos, ampliar sus círculos mentales, su universo. Ser, como dice Anais, independiente intelectual y artísticamente, pero encontrar al hombre correcto. Si solo cuenta con la percepción de que su deseo sexual es amor, y peor aún, con el falso doble opuesto de que todo deseo sexual masculino es siempre destructivo, esa mujer está condenada a vivir en el abuso, en el desamor, en la ignominia, o en la insatisfacción. ¿No debería evitarlo el feminismo?

Los estudios de género apuntaron en la dirección correcta cuando apuntaron hacia el arte, pero apostaron por el posmodernismo y fue ahí donde perdieron la marca. No deben aplicarse los marcos conceptuales del estudio de género a la Literatura, sino al revés. Es la Literatura la que tiene algo que ofrecer en este, y en cualquier tema, que pretenda abordar la dimensión simbólica de la existencia que atañe al hombre como especie. Eso de identificar los órdenes de poder que operan entre los personajes de un texto... no, a nadie le interesa eso. Es propaganda, y como crítica literaria es pobre y deficiente. Los estudios de género en donde el arte está supeditado a la ideología, tienen 5 minutos en el mundo, mientras que la Literatura tiene toda la vida profundizando en lo que significa ser humano. La Literatura es rica fuente de estudio antropológico y simbólico. Los estudios de género, aquellos a los que me refiero, no tienen nada que aportarle a la Literatura, pero sí tienen mucho de donde beber de ella. Mi escuela del feminismo es la de Camille Paglia, catedrática de las Artes, quien dice que antes de ser feminista es intelectual. *Same here*, antes de ser feminista, soy profesional de la Literatura, aunque dice Leyre Khyal que el feminismo de Camille Paglia no es lo que fue, es lo que viene. A por él.

Bibliografía.

Aguilar, Pilar. “Aliadas del Patriarcado”. Tribuna Feminista. Publicado 9 ene. 2018.

Disponible en <https://tribunafeminista.elplural.com/2018/01/aliadas-del-patriarcado/>

Web

Arredondo, Inés. “Sombra entre sombras”. Cuentos completos. México: Fondo de Cultura

Económica. 2011. Impreso

Despentes, Virginie. Teoría King Kong. Trad. Beatriz Preciado. Editorial digital: Titivillus

2019. ePub

“Feminismo, herramienta del hipercapitalismo”. YouTube. Publicado por Amores

antifeministas el 18 mar. 2015. Web. Disponible en

https://www.youtube.com/watch?v=3_x_RZHR6bA

Hesse, Herman. “Tractact del lobo estepario”. El Lobo Estepario. Web. Disponible en

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/ObrasClasicas/_docs/EILoboEstepario.pdf

“Jordan Peterson ante la comisión de DDHH del Senado”. YouTube. Publicado por

Egosumvia el 23 jul. 2018. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=-YD9fqDeXLs>

“Jordan Peterson Destroys Q&A | 25 February 2019”. YouTube. Publicado por abcqanda.

Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=TmNSIF7lcaw>

Khyal, Leyre y UTBH. Prohibir la manzana y encontrar la Serpiente. Una aproximación crítica al feminismo de cuarta generación. Barcelona: Editorial Planeta. 2019. ePub.

Kreimer, Roxana. “Inversión parental y selección sexual”. Feminismo Científico. Trad. Juan Pablo Pardias. Admin. Roxana Kreimer. Web. Disponible en <https://feminismocientific.wixsite.com/misitio/inversion-parental-seleccion-sexual?fbclid=IwAR2VUo2Ea6v58qRDNSGabFNAYL50zTkZRS3jcGtA6b1MQPpkpY2OPeZ819Y>

Laje, Agustín. “DEBATE: Laje + Brandolino vs 2 feministas aborteras”. YouTube. Publicado 2 abr. 2019. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=KrkRGENQjCw&t=7s>.

Lamas, Marta. ACOSO ¿Denuncia legítima o victimización?. México: Fondo de Cultura Económica. 2018. Impreso

--. “Masoquista y sin jardín”. Nexos. Publicado 1 ENERO, 2018. Web. Disponible en <https://www.nexos.com.mx/?p=35255>.

Machillot, Didier. “Dominación y violencia masculina en la obra cuentística de Inés Arredondo: Un acercamiento”. Sincronía. Jul 2018: pp 234-250. Web. En http://sincronia.cucsh.udg.mx/pdf/74/234-250_2018b.pdf

Maestro, Jesús G. “Crítica a Prohibir la manzana y encontrar la serpiente de Un Tío Blanco Hetero y Leyre Khyal”. YouTube. Publicado el 19 jun. 2019. Web. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=5JQrtoFp7d0&t=1587s>

“Manifiesto completo de las intelectuales francesas contra el #MeToo, El”. Infobae.

Publicado 9 ene 2018. Disponible en <https://www.infobae.com/america/mundo/2018/01/09/el-manifiesto-completo-de-las-intelectuales-francesas-contra-el-metoo/> Web

“Marta Lamas y Catalina Ruiz Navarro discuten sobre feminismo”. YouTube. Publicado

por KENA Revista el 12 ene. 2018. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=tPTD_Ild3Xg

Mendo, Miguel Ángel. “Sobre lenguaje y sexismo”. Lo que esconden las palabras blogspot.

Jul 2013. Web. Disponible en https://laspalabras-mendo.blogspot.com/2012/03/sobre-lenguaje-y-sexismo.html?m=1&fbclid=IwAR1Aqzfc99h6nh_LVY-Vm2oc3-pwMj_7B10iX3gql2plZDEfz5R2vrrYg

“Natalie Portman speaks at Women's March”. YouTube. Publicado por CNN el 20 ene.

2018. Web. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=tXWHO14c88c>

Osuna, Gabriel. “La narración de Laura como acto creativo en ‘Sombra entre sombras’ de

Inés Arredondo”. La perspectiva de género en la Literatura: Ensayos de narrativa mexicana contemporánea. México: Pearson Educación, Universidad de Sonora. 2016. Impreso.

Paglia, Camille. “Sex and Violence, or Nature and Art”. Free Women, Free Men: Sex.

Gender. Feminism. New York: Penguin Random House LLC. 2017. Impreso.

Peterson, Jordan. 12 Reglas Para Vivir: Un Antídoto al Caos. Barcelona: Editorial Planeta S.A. 2018. Impreso.

---. “Descensus ad Inferos”. Maps of Meaning: The Architecture of Belief. New York and London: Routledge. 1999. ePub

“Prado Esteban - La destrucción de la feminidad”. YouTube. Publicado por DELIRIUMTREMENS. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=_7i60eLgf7E

Quemain, Miguel Ángel. Entrevista a Inés Arredondo: “El presentimiento de la verdad”. Inba.gob.mx. Web. Disponible en: <https://literatura.inba.gob.mx/entrevista2/3305-arredondo-ines-entrevista.html>

Rosas Martínez, Alfredo. “La búsqueda de sentido y el presentimiento de una verdad (perversión y perversidad en cuatro cuentos de Inés Arredondo)”. Contribuciones desde Coatepec. Enero-Junio. 2010. pp 13-36. Web. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28120715003>

Saint-Exupéry, Antoine de. “Capítulo XXI”. El Principito. Web. Disponible en <http://microtop.ca/lepetitprince/capitulo21.html>

Santos, Jorge de los. “El Puritanismo”. Entrevista en el programa de La2 de TVE. YouTube. Publicado el 20 jun. 2018. Web. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=2ZTQ9P4kAvE>

Rocco. Dir. Thierry Demaizière y Alban Teurlai. Netflix. 2016. Documental.

“Prado Esteban - La destrucción de la feminidad”. YouTube. Publicado por
DELIRIUMTREMENS. Disponible en

https://www.youtube.com/watch?v=_7i60eLgf7E

Tornero, Angélica. “La corrupción de la pureza”. El mal en la narrativa de Inés Arredondo.

México: Casa Juan Pablos/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2008.